



Laura  
Maqueda

Érase una vez en  
**LONDRES**

Encontró a su príncipe, ¿comerán perdices?

*Phoebe*

LAURA  
MAQUEDA





*Phoebe*

Primera edición: junio de 2016

Copyright © 2016 Laura Maqueda Galán

© de esta edición: 2016, Ediciones  
Pàmies, S.L.

C/ Mesena, 18

28033 Madrid

phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-16331-86-4

BIC: FRD

Diseño e ilustración de cubierta:

Calderón Studio

Fotografía: Andrei Park/Shutterstock

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

# Índice de contenido

[1 Aterrizo como puedas](#)

[2 La proposición](#)

[3 La huésped](#)

[4 Devuélveme mi suerte](#)

[5 Confidencias a medianoche](#)

[6 El artista y la modelo](#)

[7 Con derecho a roce](#)

[8 Evasión o victoria](#)

[9 Olvídate de París](#)

[10 Cuenta conmigo](#)

[11 Una visita inesperada](#)

[12 Ella es única](#)

[13 Quiéreme si te atreves](#)

[14 Confesiones íntimas de una mujer](#)

15 Cita a ciegas

16 Sucedió una noche

17 Una cuestión de tiempo

18 Pretty Woman

19 Algo para recordar

20 Crazy, Stupid, Love

21 La cruda realidad

22 Lo mejor de mí

23 Armas de mujer

24 En busca de la felicidad

25 Serendipity

Epílogo

Agradecimientos

*A mi padre, que siempre  
ha sido,  
es y será un luchador  
durante toda su vida*



# ATERRIZA COMO PUEDAS

—¿Nervioso?

—Sí, un poco.

—¿Es la primera vez?

—No, ya había estado nervioso  
*antes.*

Cuando Miriam Blasco bajó del avión que la había llevado al aeropuerto de Heathrow, en Londres, sintió la misma

emoción que debió de experimentar Cristóbal Colón al descubrir lo que entonces llamaban el Nuevo Mundo y que ahora conocemos como América. Y es que ante ella se abría un abanico de nuevas y magníficas oportunidades para comenzar su nueva vida en un país extranjero. El único problema era que, después de pasar cuarenta y cinco minutos esperando su maleta en la cinta transportadora que llevaba de vuelta el equipaje a sus propietarios desde la bodega del avión, y otros quince buscando al desconocido con traje y corbata que portaba el típico cartelito que la identificaba con su nombre, Miriam se dio cuenta de que había sido

estafada.

Aquella mañana había tomado el vuelo a Londres con la maleta repleta de sueños y el pecho lleno de ilusión por lo que estaba por llegar. Hacía unos meses que había contratado los servicios de una empresa de empleo llamada New Beginnings. El hecho de que el nombre estuviera en inglés había sido un extra para que Miriam decidiera elegir esa empresa y no otra. Con la situación económica que estaba viviendo España y la carencia prácticamente absoluta de empleo tanto para jóvenes como para personas de mediana edad, Miriam había tomado la determinación de buscar ayuda externa para encontrar un trabajo. Algunos conocidos la habían

animado a buscar asistencia en sectores especializados en encontrar empleo en otros países a cambio de un módico precio mensual. Así que al encontrar a New Beginnings y comprobar que la empresa estaba formada por gente joven con una amplia experiencia en el sector turístico en Inglaterra, Escocia e Irlanda, Miriam puso en ellos su plena confianza desde el primer momento.

Estaba tan desesperada por encontrar un trabajo que, después de rellenar una ficha detallando los diferentes sectores para los que se creía capacitada y proporcionarles una fotografía actual, dejó en manos de la empresa la tarea de localizar el puesto

que más se adecuaba a ella. Y aunque hubieran transcurrido seis meses desde que empezara la búsqueda, fue una grata sorpresa para ella, para sus padres y sus cinco hermanos cuando recibió la noticia de que una pequeña cadena de hoteles en los alrededores de Londres estaba interesada en ella. No es que el inglés de Miriam fuera de Oxford precisamente, pero sabía defenderse, y tampoco necesitaba mucho para ejercer la función de camarera de pisos en el hotel.

Después de realizar un desembolso extra debido a los gastos de gestión por trámite de contrato, más la comisión que New Beginnings se llevaba por conseguirle un empleo, Miriam y sus

padres hicieron un último esfuerzo económico para pagar el billete de ida en avión a Londres. Una vez aterrizara en Heathrow lo único por lo que Miriam tendría que preocuparse era por buscar su nombre entre la multitud y dejar que el chófer de la empresa la llevara hasta Luton, la ciudad al norte de Londres en la que ella trabajaría.

Pero no había ni rastro de su nombre ni del chófer. Desesperada, buscó un teléfono público para poder ponerse en contacto con el hotel, pero, al parecer, había apuntado mal el número de teléfono. Sintiendo que la angustia crecía más y más en ella, arrastró la enorme maleta que se había

comprado para poder cargar toda la ropa que le serviría para protegerse del frío y húmedo invierno inglés, y esperó pacientemente su turno en la cola de la ventanilla de información del aeropuerto.

Un amable hombre de aspecto indio hizo el tremendo esfuerzo por entender su inglés nervioso mientras Miriam trataba de encontrar las palabras adecuadas para explicarse.

—*Please... I need to find...* —  
Mientras le rogaba al hombre que la ayudara a encontrar el hotel, sacó del bolsillo de sus vaqueros la fotografía del complejo que la agencia le había dado y se la mostró al hombre señalándola con el dedo—. *The*

*Brilliant Hotel, please...*

Aparentemente contrariado, el empleado de información tecleó en el ordenador el nombre del hotel que Miriam le había dado para comprobar la ubicación exacta, pero tras intentarlo varias veces le aseguró a la española que el hotel no solo no aparecía dentro del sector hotelero de Luton, sino que parecía no existir.

*—I am sorry, ma'am. But it seems that you have an incorrect address. The Brilliant Hotel does not exist in England.*

¿Le estaba diciendo que tenía una dirección incorrecta y que el hotel no existía? ¿Es que iba a trabajar en un



hotel fantasma? Ella misma había visto las instalaciones del hotel cuando la agencia le mostró su futuro lugar de trabajo; simplemente, el amable caballero debía de estar equivocado, o su ordenador debía de haber pillado algún virus informático inglés y no aparecían todos los hoteles de la zona. ¡Pero si hasta había firmado un contrato, por el amor de Dios! Bueno, no era un contrato realmente. Su agente en New Beginnings le había hecho estampar su rúbrica en un documento informativo sobre su nuevo empleo en el que se comprometía a pagar la cantidad estipulada a la empresa por haberla ayudado a conseguir un trabajo. Más adelante, le dijeron, cuando llegara al

hotel en Luton, le entregarían su contrato.

Fastidiada, Miriam agradeció su atención al hombre y arrastró su maleta por la terminal cuatro del aeropuerto mientras intentaba poner en orden sus ideas. Tal vez todo se tratara de un malentendido y el gerente del hotel hubiera olvidado enviar a alguien a recogerla, o puede que el hotel fuera uno de esos complejos pequeñitos de difícil acceso situados en mitad de la campiña inglesa.

Repitiéndose mentalmente que no debía dejarse llevar por el pánico, Miriam trató de buscar un asiento libre frente a los paneles luminosos que

anunciaban la llegada de los numerosos vuelos provenientes de diversos países que se esperaban aquella noche, pero, a juzgar por la cantidad de personas que se movían a su alrededor, encontrar una silla libre era prácticamente imposible. Si ya lo decía su abuelo: en martes, ni te cases ni te embarques.

—Jodido martes... —murmuró Miriam entre dientes—. Tenía que haber esperado al fin de semana para embarcarme.

Repitiéndose a sí misma que no era supersticiosa, sacó unas libras del bolsillo que su madre le había cosido en el interior de la cinturilla de los vaqueros para evitar robos y se sentó en una de las mesitas que ofrecía el Costa

Café para todos aquellos pasajeros que esperaban a que su vuelo despegara. Al darse cuenta de que el uso de las mesas era exclusivo para clientes y que además era autoservicio, Miriam maldijo su mala suerte aquel día y se colocó en la cola rápida para pagar el *muffin* de limón que había elegido y que ni siquiera le apetecía. De vuelta a la mesa, sacó su teléfono móvil y marcó el número de New Beginnings para que le solucionaran el problema de verse sola y perdida en el aeropuerto de un país que no era el suyo.

Sin embargo, la grabación mecánica de la teleoperadora le informó de lo siguiente:

*«El número marcado no existe. Por favor, inténtelo de nuevo usando otro número de teléfono».*

Aquello no podía estar ocurriéndole. Esa misma mañana había utilizado el número de teléfono para ultimar los detalles de su viaje con la empresa y le habían asegurado que no tenía de qué preocuparse, que todo estaba preparado para su llegada. Volvió a intentarlo un par de veces más, pero siempre obtenía la misma respuesta.

—Tal vez sea que todavía no está operativa la tarifa del extranjero —se

dijo a sí misma para convencerse—. Jodidos británicos, ¡el número sí que existe!

Los golpes que le dio a su teléfono móvil con el canto de la mesa atrajeron la atención del guapísimo y típico dandi inglés sentado a la mesa que estaba frente a ella, y a pesar de la sonrisa irresistible que el hombre trató de ocultar tras su taza de café, Miriam hizo como si no lo hubiera visto y probó a contactar con la empresa una vez más. En el décimo intento lo dejó por imposible, convencida ya de que había caído en la trampa de unos desalmados defraudadores que la habían estafado. Se habían aprovechado de su necesidad de trabajar para quedarse con todo su

dinero y ahora Miriam se encontraba sola en un país extranjero, con unas pocas libras en el bolsillo y sin dominar del todo bien el idioma. Se quería morir.

Levantó la vista para, al menos, consolarse con su guapo vecino de mesa, pero el adonis moreno de ojos azules y bien vestido había desaparecido. Miriam intentó contener el gimoteo que salió de su garganta cuando sus labios hicieron un puchero, pero fue imposible y al cabo de unos segundos se descubrió llorando a moco tendido frente a un montón de desconocidos que le lanzaron miradas de censura cuando se sonó la nariz de manera ruidosa. ¿Cómo podía tener tanta

mala suerte? Se sentía tan perdida como Tom Hanks en aquella película que se desarrollaba por completo en un aeropuerto estadounidense. Solo que, por fortuna, ella era ciudadana europea y tenía permiso para moverse a su antojo.

El problema residía en que no tenía ni idea de adónde podría ir. Le habían asegurado alojamiento en el hotel donde iba a trabajar, de modo que no se había preocupado en buscar un lugar donde quedarse a pasar los primeros días en Londres. Sin embargo, en vista de las últimas circunstancias, era imperativo dar con un hotelito donde hospedarse al menos durante aquella la noche. Al mirar hacia la salida, Miriam se fijó en



que no eran ni siquiera las siete de la tarde y ya había anochecido. Era deprimente. Si tuviera un teléfono en condiciones con una buena conexión a internet lo usaría para consultar una de esas páginas web en las que se comparaban precios de hoteles. Al hacer un cálculo mental de lo que le costaría una habitación en Londres más el pasaje de vuelta a España con tan poca antelación, Miriam se dio cuenta de que el dinero que tenía apenas le iba a llegar para todo.

—Soy una maldita fracasada —se iba repitiendo, como un mantra, mientras se acercaba a los paneles de información sobre el metro de Londres.

Lo mejor era ir directamente a la ciudad, y, una vez allí, buscar algún albergue o pensión donde dormir aquella noche. No le apetecía volver al mostrador de información y pasar el bochorno de que no la entendieran, pero malditos fueran los ingleses y todas sus líneas de metro. Suerte que ella no era una ignorante y al menos sabía que Piccadilly era uno de los lugares más céntricos de todo Londres. Si no encontraba allí algún hostel de mala muerte, no lo encontraría en ninguna parte.

—*One ticket to Piccadilly Line, please* —le pidió a la mujer encargada de la venta de billetes.

—*Do you want to go to Piccadilly, ma'am?*

Entendiendo que la mujer le estaba preguntando si pensaba ir directamente hasta Piccadilly, Miriam asintió con la cabeza, y casi se puso a llorar de nuevo cuando tuvo que pagar casi seis libras por un único billete de ida. Al menos, pensó, el tren llegó puntual y, además, estaba gloriosamente vacío cuando Miriam entró, de modo que pudo ir cómodamente sentada.

Miriam no tenía ni idea de que las líneas de metro en Londres fueran tan extensas y con tantas paradas. Durante la hora de viaje transcurrida desde que se había subido al metro, le había dado

tiempo de serenarse un poco y aclarar sus ideas e incluso había tomado una decisión: estaba totalmente descartada la opción de volver a casa con las manos vacías y decepcionarlos a todos.

Cuando una inexpresiva voz femenina anunció por megafonía que se encontraban en Green Park y que las puertas del vagón se abrirían en unos segundos, Miriam decidió que era el momento de salir a la superficie. Solo esperaba que su billete le permitiera salir. Respiró aliviada cuando el torno se tragó la pequeña tarjeta de metro y se vio por fin respirando el frío aire londinense de mediados de enero.

Con el corazón latiéndole frenéticamente, Miriam echó a andar por

las largas aceras frente a Green Park y, a pesar de que la luz nocturna no le hacía posible contemplar al detalle todo lo que había a su alrededor, debía reconocer que Londres era una ciudad preciosa, muy distinta a todo lo que ella conocía hasta el momento. Y aunque tenía que admitir que estaba completamente perdida y que vagaba sin un rumbo fijo, le encantaba estar en Londres aunque solo fuera por unas pocas horas.

A medida que Miriam se adentraba en una nueva calle, su nariz se arrugaba un poco más, señal inequívoca de que había vuelto a meter la pata. A juzgar por las lujosas casitas que se

arremolinaban a uno y otro lado de la calle, había ido a parar a uno de los barrios más caros de toda la ciudad y no había señal alguna de una modesta pensión en la que pudiera pasar la noche. Si al menos supiera dónde se encontraba, tal vez tuviera la oportunidad de preguntar en busca de ayuda.

A través de las lágrimas que se formaban en sus ojos, Miriam consiguió leer «Curzon St.» en la placa identificativa de la calle por la que caminaba. Se pasó una mano por los ojos para secarse las lágrimas y conseguir ver bien, pero no eran lágrimas lo que se agolpaba entre sus pestañas. Ni siquiera se había dado

cuenta de que había comenzado a caer sobre ella una llovizna que cada vez era mayor.

—Genial —masculló entre dientes, y arrastró la maleta como dificultad, pues una de las ruedas parecía estar atascada—. Ahora tengo toda la pinta de una pordiosera. Mecagüen...

Maldiciendo su mala, malísima suerte entre dientes, Miriam consiguió llegar al final de la calle y entrar en la cafetería que se encontraba en la esquina. Café Nero, se llamaba. Al abrir la puerta, lanzó un grito ahogado cuando el hombre que intentaba salir casi le tira el humeante café encima.

—Yo... *I'm sorry* —se disculpó;

los dientes le castañeteaban.

El hombre ni siquiera le respondió, y Miriam se imaginó la pinta que debía de tener. Con la larga melena castaña mojada, algunos mechones pegados a las mejillas y los ojos rojos y llorosos. Debía de parecer la chica de *Crepúsculo* antes de convertirse en vampira.

Al mirar a su alrededor, Miriam se sintió transportada de nuevo a su ciudad, dentro del Starbucks que solía frecuentar con su mejor amiga. Al parecer, el Café Nero era el equivalente inglés a la cadena de cafés americana. No sería barato, pero al menos estaría bueno y tal vez pudiera pedir ayuda a una de las camareras para que le indicara cómo



llegar al albergue más cercano.

«Erroooooor». En su mente sonó aquella palabra como en el anuncio español de un perro promocionando seguros. Después de pagar un apetitoso batido de vainilla y un trozo de tarta de zanahoria por el que casi tiene que donar un riñón, la cajera le aseguró que no encontraría ningún albergue cerca de Hyde Park, pero que había muchos y bonitos hoteles por la zona. Agradeciéndole una ayuda que no le servía en absoluto, Miriam cogió su batido, su trozo de tarta y su maleta y se sentó en uno de los cómodos sofás que había en la sala para clientes.

—¿Me ha mirado un tuerto y no me

he dado cuenta? —se decía a sí misma mientras removía su cremoso batido y se llevaba a la boca la pajita untada en nata —. ¿Es que nada va a salirme bien?

Un fuerte carraspeo a su derecha interrumpió la sarta de maldiciones que salía de la boca de Miriam y la obligó a mirar en esa dirección. Casi se atragantó con el batido cuando reconoció al propietario de los ojos más azules que ella había visto nunca y que la miraban con expresión divertida. Era el mismo hombre que se había sentado frente a ella en la cafetería del aeropuerto y que se había reído de ella cuando había golpeado el móvil contra la mesa y que ahora volvía a reírse de ella nuevamente. Al parecer, el dandi inglés

la encontraba muy divertida.

El hombre vestía de forma muy elegante, y su traje elaborado con un paño muy caro, con toda seguridad, estaba hecho a medida. Miriam se lo quedó mirando con el entrecejo fruncido y él se señaló con un dedo las comisuras de sus labios carnosos y bien definidos. De inmediato, Miriam se llevó los dedos a una mejilla y se limpió, abochornada, una mancha de nata que se había dejado junto a la boca.

—Los españoles y sus dichos.

La voz del hombre era ronca y profunda y le hablaba en un perfecto español con acento británico. Además, le sonreía mientras hablaba, y Miriam

sintió que le temblaban las rodillas.

—Aquí solemos decir que nos han echado un mal de ojo —continuó él.

Intentando recomponerse, Miriam se aclaró la garganta y habló con tono indiferente cuando consiguió recuperar la voz.

—¿Habla español?

El desconocido dobló el periódico que estaba leyendo, tomó la tacita de café que tenía delante y se puso en pie. Además de guapo, era altísimo, y se adivinaban todos los fuertes músculos que escondía bajo su carísimo traje.

—Solo un poquito —le aseguró él antes de volver al inglés—. ¿Me permite acompañarla?

Boquiabierta, Miriam asintió con la

cabeza y contempló embobada cómo él se acomodaba en el sillón que quedaba libre frente a ella.

—Me llamo Julian —le dijo—. Y usted es la española malhumorada del aeropuerto.

## LA PROPOSICIÓN

*Te quedarás en la calle buscando trabajo, y todo el tiempo que hemos pasado juntos no habrá servido para nada. Se esfumará con tus sueños. Hasta entonces, te guste o no, tu vagón está enganchado al mío.*

Probablemente aquel fuera el hombre

más impresionante que Miriam hubiera visto en toda su vida, sin contar con los modelos de las revistas y los actores de cine, por supuesto. El tipo era alto y musculoso, y el carísimo traje de tres piezas que llevaba no hacía sino resaltar aún más la fuerza de sus brazos y la anchura de su espalda. Tenía una de esas miradas que hipnotizan, de un azul intenso, y una sonrisa por la que más de la mitad de la humanidad suspira oculta por una ligera barba oscura. En definitiva: estaba para comérselo.

Miriam era consciente de lo patética que debía de resultar en ese momento, con la mandíbula desencajada y los ojos abiertos como platos mientras aquel Adonis se sentaba a su lado y

cruzaba las largas piernas con un cuidado y elegante gesto, pero... ¡qué demonios! Ni siquiera le importaba. El tipo estaba tremendo, y después del día nefasto que venía sufriendo desde que puso un pie en suelo inglés, al menos se merecía una alegría a la vista. Incluso podía llegar a perdonarle el desafortunado comentario acerca de su mal humor..., pero luego se lo pensó dos veces. Por muy guapo que fuera, no iba a dejar que un inglés se riera de ella.

—No estoy de mal humor —farfulló Miriam. No podía mirarlo a los ojos o acabaría por quitarse las bragas y regalárselas delante de todos los clientes—. ¿También es una costumbre



británica burlarse de los españoles?

Por el rabillo del ojo, Miriam lo vio removerse en el sillón y entrelazar los dedos sobre su estómago plano. Tenía unos dedos larguísimos e, inevitablemente, aquel pensamiento la llevó a imaginar la longitud de su... ¡Ese no era el camino! Debía mantenerse firme y recordar que no era más que un desconocido.

—Le pido disculpas, señorita... —  
tanteó él.

—Desconocida del aeropuerto.  
Él le sonrió. Unas irresistibles arruguitas aparecieron alrededor de sus ojos y Miriam apretó los muslos bajo la mesa.

—Bien, señorita desconocida del

aeropuerto. No pretendía ofenderla, pero si lo he hecho le pido disculpas. No parece que haya tenido un buen día.

Miriam resopló y algunos mechones de pelo que ya se le habían secado se removieron sobre su frente, descubriendo así sus cansados ojos de color verdoso. No debería estar allí sentada junto a un hombre extraño, pero si no se desahogaba con alguien acabaría explotando.

—Un buen día... —bufó, y luego dio un sorbo al batido a través de la pajita—. Ojalá fuera solo eso. Este es el peor día de mi vida, ¡demonios!

Lo vio apoyar un codo en uno de los brazos del sillón y descansar luego

la mejilla en su mano mientras el dedo índice se deslizaba una y otra vez sobre sus labios, como si estuviera intentando descifrar lo que ella acababa de decir, mitad en inglés, mitad en español. Miriam se preguntó si tenía alguna idea del efecto que provocaba en ella el hecho de que se estuviera acariciando los labios mientras la miraba.

—Entiendo... —murmuró finalmente—. He oído que busca un lugar donde quedarse.

—Donde pasar la noche, al menos. Mañana decidiré si quedarme en la ciudad o volverme a mi país.

—¿Tan pronto?

Ella asintió; tomó el tenedor y comenzó a desmigajar el trozo de pastel.

Cualquier cosa con tal de mantener las manos ocupadas.

—No quiero parecer entrometido, pero... ¿quiere contarme qué le ha ocurrido?

Para su propia sorpresa, Miriam lo hizo. Probablemente a él le resultara indiferente, se compadecería de ella, le daría una palmadita en la espalda y luego le desearía suerte, pero mientras compartía con él su mala fortuna, experimentó un alivio considerable, disminuyendo así la presión que se había instalado en su pecho cuando se vio sola y perdida en un país que no era el suyo.

Al finalizar su historia, Julian silbó.

—Exacto... Entenderás ahora por qué voy golpeando teléfonos contra las mesas.

—No necesito más explicación. Y, permíteme que te tutee, ¿qué harás ahora?

Miriam se reclinó hacia atrás y contempló las vistas tras el ventanal de cristal situado a su derecha. Frente a la cafetería se erigía un gran edificio de piedra gris en cuya parte más alta podía leerse «Third Church of Christ Scientist». Una iglesia, ¡qué apropiado! Miriam señaló con el dedo el edificio mientras contestaba.

—¿Crees que si me acojo a sagrado me darán refugio?

Julian volvió a sonreír ante su ocurrencia. A pesar de su pésima suerte, la chica seguía manteniendo su sentido del humor y Julian no había dejado de sonreír desde que había tomado asiento a su lado; aquella chica le gustaba. Mujeres como ella comenzaban a escasear.

—Me temo que los elitistas de Mayfair no son tan considerados para eso. Ni siquiera los pertenecientes a la iglesia.

—¿¡Mayfair?! ¡No fastidies! — Impresionada por la revelación, Miriam no pudo evitar expresar su sorpresa empleando el español. A pesar de no haber estado nunca en Londres, sabía

que aquel era uno de los barrios más caros de la ciudad. Luego volvió a pasarse al inglés para preguntar—: ¿Es aquí donde estamos?

Julian asintió; luego tomó la tacita, que parecía ridícula entre sus grandes manos, y se terminó el café.

—Y yo que pensaba que podía encontrar una pensión baratita donde quedarme...

—¿Baratita? —La palabra española, a pesar de ser desconocida para Julian, consiguió sacarle una sonrisa—. ¡Oh! Quieres decir económica. —Miriam asintió—. Me temo que no hay hoteles así en Mayfair.

—Genial, entonces —resopló—. Y aún tengo que llamar a casa y

explicarles qué ha pasado.

—Yo tengo sitio en mi casa.

La sugerencia, expresada de un modo tan natural, provocó que la mandíbula de Miriam se desencajara de nuevo. ¿De verdad estaba invitándola a pasar la noche en su casa? Pero eso no era lo más desconcertante, lo que de verdad le sorprendía era que se estaba planteando aceptar su propuesta. Se estaba volviendo loca y las intensas emociones del día comenzaban a pasarle factura.

—Eres muy amable —empezó a decir Miriam—, pero no creo que...

—Al menos esta noche —insistió él—. Es demasiado tarde para plantearse



coger un vuelo y volver a casa. Y se ve desde lejos que necesitas descansar.

Miriam arrugó las cejas y le lanzó una dura mirada. Era cierto que su aspecto daba asco y que a su lado lo más probable es que pareciera una indigente, pero tampoco hacía falta que se lo recordara.

—¿Y por qué debería aceptar?

Él le sonrió.

—Porque no tienes más opciones y porque soy un buen samaritano.

—Sí, ya... Eso está por ver.

Julian se puso en pie y se cargó al hombro el maletín de cuero negro en el que Miriam no se había fijado antes; luego sujetó la pesada maleta de ella.

—¿Podemos irnos?

Ella pareció pensárselo antes de darle una respuesta.

—Antes tengo que hacerte una pregunta.

—Adelante —contestó él, cada vez más divertido.

—¿Eres un perverso disfrazado de un rico lord inglés y piensas aprovecharte de mí?

Julian lanzó una carcajada que le hizo inclinarse ligeramente hacia atrás. De algún modo se esperaba una pregunta como aquella.

—Tienes mi palabra de honor de que no. Solo pretendo ser amable.

Miriam se puso en pie y le arrebató el mango de su maleta, pero le concedió

el gesto de que le abriera la puerta al salir.

—Te lo advierto: mi capacidad pulmonar me permite gritar muy alto si intentas algo.

—Lo tendré en cuenta. —Julian alzó la mano, y, de inmediato, un clásico taxi inglés de color negro se detuvo junto a ellos—. Después de ti.

—No puedo pagar un taxi —se quejó Miriam mientras entraba en el coche y Julian colocaba su equipaje en el maletero—. Ni siquiera aunque fuéramos a medias.

Un minuto después, Julian se sentó a su lado.

—Tranquila, no vamos muy lejos. —Julian le dio la dirección al conductor

y después se acomodó en el asiento—. ¿Me vas a decir ahora cómo te llamas?

Miriam volvió a guardarse el móvil en el bolsillo de los vaqueros después de haber enviado un escueto mensaje de texto a su madre en el que le decía que todo estaba bien y que la llamaría al día siguiente y se giró para mirarlo.

—Miriam —respondió finalmente—. Me llamo Miriam.

—Muy bonito —le sonrió él—. Y sé pronunciarlo.

Miriam se preguntó qué palabras podían salir de sus labios que no sonaran seductoras.

Al cruzar Park Lane y bordear Hyde Park, Miriam notó que las preciosas

casas eran cada vez más grandes y lujosas y comenzó a ponerse nerviosa. Se frotó las manos de manera compulsiva contra los vaqueros mientras pensaba que un tipo como Julian encajaba a la perfección en un barrio elegante como aquel. Después de adentrarse en el conocido barrio de Belgravia, el taxi se detuvo en una calle conformada por una hilera de preciosas y elegantes casas de puertas oscuras que resaltaban en mitad de la clara fachada. Unas originales verjas negras flanqueaban la entrada y Miriam se quedó maravillada frente a la puerta del número 43 de la calle Wilton hasta que Julian llegó a su lado cargando con su única maleta.

—No compartes piso, ¿verdad? —  
le preguntó.

Él bajó la cabeza y Miriam vio de nuevo su sonrisa de dientes blancos mientras se dirigía hacia la entrada y le abría el paso.

—Siéntete como en tu casa —le dijo mientras le franqueaba la entrada—. Hace una semana que no estoy aquí, pero mi asistente ha pasado esta mañana a recoger un poco.

Miriam sabía que le estaba hablando porque oía el sonido de su voz ronca y susurrada, pero dejó escuchar sus palabras en cuanto sus pies pisaron el parqué de la entrada. Si era Julian el que había decorado su casa, desde luego

tenía un gusto increíble. En el recibidor había colocado un perchero en el que descansaban algunos jerséis de hombre y un par de boinas elegantes; bajo este, un moderno zapatero que guardaba el calzado masculino. Al final del pasillo se adivinaba una escalera que Miriam imaginó que llevaría a los dormitorios.

Julian le colocó una mano sobre la parte baja de la espalda para conducirla hacia la derecha, donde unas puertas correderas separaban la entrada del salón. Miriam no tenía ni idea de a qué se dedicaba aquel hombre, pero desde luego no vivía en un piso de estudiantes.

—Adelante —murmuró él cerca de su oído. Demasiado cerca; de hecho, un ligero temblor se apoderó de su cuerpo

—. ¿Tienes frío? ¿Quieres que encienda la chimenea?

—¿Tienes chimenea?

Miriam no tenía ni idea de dónde había sacado su voz aguda y chillona cuando formuló la pregunta, pero él se limitó a señalar hacia el frente, donde una elegante y clásica chimenea de color oscuro lucía brillante frente al sofá gris. El salón era precioso: había libros y fotografías antiguas por todas partes y un enorme ventanal otorgaba luminosidad a la estancia durante el día, Miriam estaba segura de ello. Julian parecía tener un gusto clásico a juzgar por los relojes que adornaban las estanterías y los antiguos baúles que servían como



decoración. Aun así, Miriam se sintió cómoda de inmediato.

—Te lo has montado muy bien, ¿eh?  
—murmuró ella, girándose para sonreírle—. Todo mi piso cabe aquí, te lo aseguro.

Él le sonrió y la miró perplejo cuando Miriam se sentó en el sofá y comenzó a dar pequeños saltitos sobre él.

—¿Qué estás haciendo?

—Compruebo lo cómodo que es —respondió ella sin más—. Creo que estoy tan cansada que no me importaría dormir sobre una piedra de granito.

Entendiendo que ella había interpretado que dormiría en el sofá aquella noche, Julian se apresuró a

sacarla de su error.

—Vamos, te acompañaré a tu habitación.

Ella lo miró como si le hubiera propuesto volar a París aquella noche.

—¿Tengo habitación?

Cargando su maleta en alto como si no pesara más que una caja vacía, Julian se encaminó hacia la escalera con Miriam a la zaga.

—Ya te dije que me sobraba espacio.

—Una cosa es tener espacio y otra vivir en una casa como esta —le hizo ver Miriam—. ¿No pensarás cobrarte el favor de forma deshonesta, verdad?

A pesar de no verle el rostro,

Miriam supo que reía.

—Tienes mi palabra. Ya hemos llegado.

Se detuvieron junto a la primera puerta al subir la escalera. Julian fue el primero en entrar en la habitación y encender la luz. Miriam pensó que aquella noche acabaría en las urgencias de algún hospital londinense para que le recolocaran el masetero cuando se le desencajó la mandíbula por tercera vez en poco menos de una hora.

—¡Joder! —exclamó.

—Sé lo suficiente de español como para entender lo que eso significa —rio Julian.

Miriam recorrió la habitación con la mirada y casi lloró al ver lo preciosa

y grande que era. Ella ni siquiera se había alojado nunca en un hotel donde la habitación fuera tan elegante y estuviera decorada con tan buen gusto. Se sorprendió al no encontrar rastro alguno de papel pintado en las paredes; por el contrario, estas lucían bajo una pintura de un suave tono amarillo que sin duda debía de otorgarles luminosidad, y una enorme cama con cabecero de forja presidía la estancia. Junto a la ventana había un sillón con orejas del mismo color que las paredes y a la derecha, un baño privado solo para ella.

—Creo que hay toallas y también un secador de pelo —oyó que le decía Julian a su espalda—. Espero que te

sientas cómoda.

Ella se giró para poder verlo. Aquel hombre guapísimo sacado de sus sueños más húmedos se había comportado como todo un caballero y la había ayudado cuando nadie más lo había hecho, cuando más necesitaba un gesto amigo. Se emocionó al ver la sinceridad que desprendían sus ojos azules.

—No sé cómo agradecerte todo esto —le susurró—. Prometo no molestarte. Me marcharé antes de que te des cuenta de que he estado aquí.

Pero Julian levantó una mano para evitar que ella continuara.

—Tómate tu tiempo. Ahora descansa. Mañana durante el desayuno

pensaremos una solución.

—¿Estás seguro?

—Completamente —le sonrió él—.

Intenta mantener la mente despejada o no conseguirás dormir.

Ella asintió y se frotó las manos, nerviosa. Por fortuna para ella, Julian rompió el silencio.

—Buenas noches, Miriam.

Cuando Julian cerró la puerta de la habitación, Miriam se tumbó sobre la mullida cama hasta que llegó a perder la noción del tiempo que había transcurrido desde que fijó la vista en el techo, tan centrada estaba en la imagen de Julian que su mente proyectaba una y otra vez. ¡Le había tocado el premio

gordo!

## LA HUÉSPED

*Eres la criatura más noble y más pura que he conocido jamás.*

*El universo será un lugar más triste sin ti.*

La intención de Miriam era la de levantarse temprano por la mañana y patearse Londres en busca de un trabajo, pero fracasó estrepitosamente cuando consiguió abrir los ojos y vio en el reloj de la mesilla que eran casi las diez de la



mañana. La noche anterior no había tenido fuerzas ni siquiera para darse una ducha, y se había quedado dormida en cuanto su cabeza tocó la almohada. Tenía que decir que la cama le resultaba tan cómoda y mullida que aún ahora no conseguía reunir fuerzas suficientes para levantarse, pero no podía ser una perezosa y quedar en mal lugar ante su atractivo anfitrión que tan amablemente le había abierto las puertas de su casa. ¡Y qué casa! Miriam se sentía como la princesa del cuento. ¡O aún mejor! Como una de esas protagonistas de las películas que ponen en la televisión los fines de semana con tan mala suerte que tiene que aparecer el típico empresario con dinero que cae rendido a sus pies y

cambia su vida para siempre. ¿Interpretaría Julian el rol de su empresario particular? Desde luego, sí que representaba a su salvador, y quedaba a la vista que el tipo estaba forrado, pero Miriam había decidido no hacerse ilusiones teniendo en cuenta su mala suerte hasta entonces. De todos modos tampoco iba a pasar mucho tiempo más con él, así que lo más conveniente sería bajar de las nubes y darse una ducha para volver a sentirse humana y no un desecho sacado de la basura.

A pesar de lo suave que resultaba la luz del baño, tuvo que entrecerrar los ojos para que no la cegara.

—¡Ni que tuviera resaca!

Al darse cuenta de las grandes dimensiones que tenía el cuarto de baño —casi tanto como la propia habitación—, Miriam volvió a soltar un taco y deslizó una mano por las suavísimas toallas azules que descansaban en un toallero junto a la bañera. Por supuesto, esta también era preciosa y le hacía recordar a aquellas que usaban durante el siglo XIX y que aparecían en las novelas románticas históricas. La imagen que Julian le había dado de él mismo como un hombre generoso y hospitalario no encajaba con el modo en que vivía. Todo a su alrededor era caro y antiguo, de modo que Miriam dedujo

que la cartera de aquel hombre debía de ir en consonancia con el resto de su cuerpo. Todo en Julian parecía ser muy... grande.

El potente chorro de agua caliente destensó los músculos engarrotados de su cuerpo, algunos de los cuales ni siquiera sabía que tenía, y se deleitó con el aroma a lavanda del gel de baño que había sobre una repisa. Tuvo que enjuagarse los ojos varias veces cuando le entró jabón, y el intenso escozor que sintió le hizo recordar que no se había desmaquillado la noche anterior.

Tras una ducha rápida, se enrolló una toalla alrededor del pelo y usó otra para secarse. Era tan suave que se imaginó protagonizando un anuncio de

suavizante; luego se reprendió a sí misma por estar perdiendo tanto tiempo y abrió la maleta para buscar el atuendo adecuado para conseguir un trabajo. No podía llevar vaqueros ni tampoco una cómoda sudadera, pero si rebuscaba un poco más...

—¡Bingo!

Bajo los paquetes de bragas nuevas que su madre le había comprado encontró unas medias oscuras y un ajustado pichi gris que le iría a la perfección. Se puso un jersey de manga larga blanco debajo, luego el par de medias seguidas de unas manoletinas negras y procedió a desenredarse el pelo. Con la humedad que hacía era

imposible controlar su melena, y Miriam temió quedarse calva conforme se iba arrancando pelo tras pelo cada vez que deslizaba el cepillo por su cabeza. Le dio un poco de forma con las manos y pensó que con un poco de suerte —si le quedaba de eso— le quedarían unas bonitas ondas. No se molestó en maquillarse. Ella era lo que podía verse: joven y últimamente desgraciada.

A medida que bajaba la escalera hasta la planta baja, Miriam se preguntó si Julian estaría en casa. No se oía nada y ella, que era de naturaleza ruidosa, creía imposible que una persona no se hiciera notar en una casa medio vacía. Al descender el último escalón, el olor a café inundó sus fosas nasales y casi fue

levitando hacia la cocina cuando de pronto su estómago rugió como protesta. Desde la cocina se oía la música de Sinatra y sus «*That's life*», pero tan bajito que solamente era música de fondo. Julian estaba sentado en un taburete y revisaba su ordenador en la isla de la cocina. Tenía una taza de café a su lado y estaba tan guapo que Miriam estuvo a punto de correrse allí mismo con tan solo mirarlo. Llevaba unos pantalones de chándal oscuro y una camiseta azul marino con cuello de pico y manga corta que acentuaba los fuertes músculos de sus brazos. Era pecado contemplar a aquel tío.

Si continuaba mirándolo embobada

desde la puerta acabaría por convertirse en un charco en el suelo.

—Te pega —consiguió decir después de aclararse la garganta para hacerse notar. Julian dejó caer la mano que tenía bajo la barbilla y se giró para mirarla—. La canción, digo. Es muy de tu estilo.

—Buenos días —le dijo él en español acompañado de su irresistible sonrisa—. ¿Sinatra es mi estilo?

—Yo diría que sí. Bastante, además.

Julian hizo a un lado el taburete contiguo al suyo e invitó a Miriam a que se sentara junto a él.

—Espero que hayas descansado. ¿Te apetece desayunar? ¿Café, zumo...?



—He dormido genial, gracias. ¡Y me muero de hambre!

Él le sonrió y Miriam se deleitó con la vista de su trasero cuando se puso en pie y encendió la cafetera que anuncia George Clooney en la tele. Miriam se preguntó si llevaba ropa interior bajo los pantalones.

—Gracias —le susurró casi sin aliento cuando él le tendió una taza de humeante café.

—¿Leche?

Miriam asintió y él se apresuró a ofrecerle una pequeña lechera, un platito con un par de galletas y un vaso de... ¿Qué demonios era aquello? Tenía un color rojizo y al acercárselo a la nariz

suspiró aliviada al comprobar que olía bien, pero Miriam no era de esas chicas que comían algo que no sabía con qué estaba elaborado exactamente.

Julian no pudo evitar reír al ver cómo ella arrugaba la nariz.

—Está bueno, lo prometo —le aseguró él—. Lo he preparado yo mismo.

Ella lo miró desconfiada.

—¿Esta es tu manera de hacerme pagar por haber dormido en tu casa?

La carcajada profundamente masculina de Julian llenó la estancia y dejó mudo al pobre Frank, que continuaba cantando a través de los altavoces.

—Es un zumo de proteínas —le

dijo él—. Lleva remolacha, leche de almendras, nueces...

Pero Julian no consiguió acabar de explicarle los ingredientes; la impulsividad de Miriam la empujó a dar un trago al zumo y a punto estuvo de escupirlo contra Julian. Por fortuna, logró taparse la boca con una servilleta y tragárselo antes de hacer el ridículo, pero aquello le supo a rayos.

—¿Cómo puedes tomarte esto? — Miriam hizo una arcada, y si Julian no hubiera estado mirándola con expresión divertida, ella se habría pasado la servilleta por la lengua—. ¡Está asqueroso!

—Pero es muy sano, te lo puedo

asegurar.

—Puaaj. Pretendes envenenarme.

Él le sonrió y le acercó el platito de galletas. Luego cerró el portátil y se centró en Miriam mientras ella desayunaba.

—¿Has pensado ya qué vas a hacer?

Miriam suspiró. Creía tener muy claro que debía encontrar un trabajo y continuar como si nada hubiera sucedido; decirles a sus padres que también había fracasado en su aventura fuera de casa la mataba por dentro. Pero también era consciente de que encontrar un trabajo siendo española y sin haber concertado previamente una cita iba a resultar misión imposible. Más le valía

llevar un arnés como Tom Cruise si no quería darse una buena leche.

—Tengo que llamar a casa y contarles lo que ha pasado, supongo.

—¿Por eso te has vestido así?

Miriam se miró el pichi por si se había manchado con el zumo del diablo, pero todo estaba en su sitio y sin una sola arruga. No entendía por qué Julian había alzado las cejas al fijarse en su conjunto.

—¿Qué tiene de malo mi ropa? Yo creo que es perfecta para buscar un trabajo, ¿no te parece? —Miriam se puso en pie y dio un par de vueltas para que Julian la viera—. Además, es gris. A vosotros, los ingleses, os gusta lo

gris.

Julian apoyó el codo en la isla de la cocina y la mejilla en su mano. El dedo índice le acariciaba la sien y al arrugar los ojos al sonreír, Miriam se fijó en la pequeña cicatriz que tenía bajo el ojo derecho. Así que también era un tipo malo, ¿eh? Julian ganaba puntos.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Es evidente, ¿no? Los británicos solo mostráis afecto a perros y a caballos. Es una verdad universal.

La risa de Julian acabó por contagiarla a ella. Empezaba a estar adquiriendo complejo de payaso, pues desde la noche anterior ya había perdido la cuenta de las veces que le había hecho sonreír, pero estaba tan guapo

cuando lo hacía que a Miriam no le importaba.

—Pero también nos gusta la belleza —apostilló él—. ¿Has traído más ropa?

Ella arqueó una ceja.

—Después de haber cargado con mi maleta hasta la habitación, ¿me lo preguntas?

—Genial. Vamos a ver qué te ponemos.

Julian la sorprendió al tomarla de la mano y arrastrarla escaleras arriba hasta la habitación. A Miriam le maravillaron la fuerza de su agarre y la suavidad de sus dedos entre los suyos; Julian tenía la piel cálida y ella se relajó bajo su contacto. Después de colocar la

maleta sobre la cama —¡a Dios gracias, Miriam se había acordado de hacerla! —, Julian comenzó a mirar con ojo crítico cada una de las prendas, barajando así las opciones que tenía.

—Pruébate esto.

Le lanzó un par de vaqueros ajustados y un jersey blanco con cuello asimétrico adornado con un botón junto al pecho. A Miriam le encantaba aquella prenda, tan suave como el culito de un bebé; de hecho, le gustaba tanto que ni siquiera lo había estrenado por temor a estropearlo.

—Eres un mandón. —Tomando la ropa, se encerró en el cuarto de baño mientras Julian la esperaba—. ¿Cómo es que sabes tanto de ropa?



—Digamos que es una de mis debilidades.

—¡No me digas! —Miriam no quería ni preguntarse cuáles serían las demás.

Con los vaqueros en su sitio y estrenando el jersey al fin, Miriam salió de nuevo a la habitación y de pronto se sintió tímida. Julian la miraba fijamente y hasta dio una vuelta a su alrededor para comprobar que le quedaba perfecto.

—¿Y bien, Sherlock?

Él le sonrió.

—¿No tienes otros zapatos? —le preguntó, mirando con disgusto sus manoletinias planas.

—No pienso ponerme unos tacones, si es lo que estás insinuando.

—¿Segura? Estás preciosa; unos tacones te harían parecer una mujer fuerte y segura de ti misma. —Y añadió —: Y te levantarían el trasero.

Ella abrió la boca para protestar por su provocación, pero Julian se sentó en la cama y estalló en carcajadas.

—Era una broma, una broma. Así vas perfecta. Estoy seguro de que encontrarás trabajo.

Ella masculló en español mientras rebuscaba en la maleta hasta dar con el neceser donde guardaba su maquillaje. Con cuidado de no mancharse el jersey, se apartó el pelo hacia un lado y

comenzó a darse un poco de rímel bajo la atenta mirada de Julian.

—Más me vale encontrar algo. No puedo quedarme aquí para siempre.

—Eso no es ningún problema —le aseguró él—. Paso mucho tiempo fuera y es probable que apenas coincidamos aquí. Quédate el tiempo que quieras.

Miriam le sonrió a través del espejo y luego se aplicó un poco de brillo en los labios. Tras pensárselo un poco, finalmente se lanzó a preguntar lo que hacía rato le rondaba la cabeza.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —tanteó.

—Por supuesto. ¿Cómo decís los españoles? ¡Ah, sí! —Sonrió—. Dispara.

—Muy gracioso. ¿Eres gay?

Ella no pudo decidir si su pregunta lo había ofendido. En un momento, la sonrisa desapareció de los labios de Julian, pero volvió a aparecer al instante, mucho más pronunciada.

—¿Qué te hace pensar que soy gay?

—Bueno... Te vistes mejor que ningún tío que yo conozca, tu casa está impoluta y me apuesto un brazo a que tú mismo la has decorado. Y me has elegido la ropa. ¡Si hasta te has preocupado por si no llevaba tacones!

Él ladeó la cabeza y la miró. Por Dios, ese hombre podía derretir los polos con solo una de sus miradas.

—No soy gay —contestó finalmente

— De hecho, tengo novia.

—Ah... —Miriam le sonrió y empezó a guardar el teléfono y la cartera en el bolso—. Prefería lo de gay —murmuró.

—¿Perdona?

¡Menos mal que había usado el español!

—Decía que ya estoy lista.

—Aún no.

Lo vio marcharse a toda prisa y bajar de nuevo las escaleras. Miriam lo siguió hasta una de las habitaciones contiguas al salón y lo que vio allí la dejó pasmada. Las paredes estaban pintadas de un color verde musgo, el mobiliario era de madera oscura y colgado de la pared principal había un

mural enorme de un mapa antiguo de la ciudad de Londres. Aquel debía de ser el despacho de Julian, el lugar donde trabajaba o simplemente se relajaba escuchando a Sinatra.

—No irás a ningún sitio sin un mapa.

Julian le entregó un plano doblado del Londres actual. Miriam no había pensado en ello, y sin un mapa lo más probable es que no llegara a cruzar la calle sin perderse.

—Puedes quedártelo. Sabes ubicarte en un plano, ¿verdad?

—Claro que sí. No soy idiota, listillo.

Él le sonrió y la acompañó a la

entrada, donde la ayudó a colocarse el abrigo.

—¿Preparada?

Miriam asintió.

—Entonces... ¡a por ello!

Cuando Julian cerró la puerta a su espalda y se vio en mitad de la calle, Miriam se sintió tan perdida como Dorothy Gale en *El mago de Oz*.

—Ya no estamos en Kansas, Totó.

## DEVUÉLVEME MI SUERTE

*¡Soy el antimidias! Todo lo que toco se convierte en mierda.*

Los pies le dolían tanto que si hubiera tenido dinero suficiente, Miriam se habría comprado un serrucho para cortárselos. Estaba segura de que los muñones que le quedarían serían mucho más cómodos y prácticos que sus deditos engarrotados después de pasarse



todo un día pateándose Londres de cabo a rabo.

Cuando hacía rato que el sol se había puesto, sus pies ya no le respondían ¡Y Julian pretendía que llevara tacones! ¡Ja! El dicho de para estar bella hay que sufrir no iba con ella en absoluto. Si por lo menos le hubieran asegurado que usando zapatos altos conseguiría un trabajo, Miriam hubiera llevado de buen grado tacones de doce centímetros. Pero el problema no estaba en su calzado, sino en ella misma.

Gracias al plano que Julian le había dado, trazó una ruta que pasaba por los hoteles más conocidos de Londres; las pensiones y hostales quedaban

descartados, ya que la mayoría de ellos los regentaban matrimonios de jubilados que ofrecían alojamiento en sus casas. El resultado: un total y absoluto fracaso. Al presentarse a los gerentes y reconocer de inmediato su marcado acento español y comprobar que, aunque se defendía con el idioma, el inglés a veces se le resistía, la invitaban amablemente a marcharse y continuar su búsqueda en otro lugar. ¡Ni que ella fuera basura! No hacía falta estudiar ingeniería para saber arreglar una habitación de un cinco estrellas, sin ánimo de ofender a las estupendas camareras de piso. Uno de los gerentes, un estirado con poco pelo y nariz ancha y roja como la de un payaso, incluso se

atrevió a decirle lo siguiente:

—¿Española? No, gracias. Vuelva a su país, señorita. Aquí ya hay demasiados españoles.

¡Viva la solidaridad inglesa!, pensó Miriam mientras se marchaba con el rabo entre las piernas y mordiéndose la lengua para no decirle a aquel tío lo que se le pasaba en la cabeza. Bastantes problemas tenía ya como para tener que vérselas también con un *bobby* inglés en una comisaría. En general, debía reconocer que las personas a las que había pedido ayuda cada vez que se había encontrado perdida en alguna calle habían sido bastante amables; el problema estaba en los esnobs estirados

que tenían un palo metido en el culo. Menos mal que Julian no era así o de otro modo Miriam lo hubiera mandado a paseo antes de que llegara a sentarse en su mesa la noche anterior en la cafetería.

Cuando se le acabaron las opciones con los hoteles que había señalado en el mapa, Miriam pasó a probar suerte en los *burgers* y restaurantes de comida rápida con los que se iba cruzando. Pero más de lo mismo, y cada vez que intentaba abordar a uno de los chicos que atendían los locales, la sorprendían contestándole en español.

—Esto es de locos —le confesó un chico joven durante uno de sus descansos en la hamburguesería en la que trabajaba. Había llegado a Londres

hacía seis meses desde Barcelona, era ingeniero informático y no había conseguido trabajo al salir de la universidad, de modo que un día decidió probar suerte como tantos muchos otros en el país inglés. Había tenido suerte: ahora limpiaba los baños y la cocina de una hamburguesería—. No hay día en el que no lleguen españoles o gente del Mediterráneo buscando trabajo. Y esto es una mierda. Aquí estamos completos, pero anímate, chica. Seguro que puedes encontrar algo mejor.

Traduciendo: más le valía volverse a casa con el rabo entre las piernas que seguir intentándolo. Y eso le recordaba que no había llamado a su madre tal y

como le prometió la noche anterior, pero es que tampoco sabía qué podía decirle. Que ella hubiera encontrado un trabajo, aunque fuera en Inglaterra, suponía un rayito de esperanza para su familia. Ella tendría un empleo y sería una carga menos en casa, pero ahora... Miriam sentía que los había fallado a todos ellos, no solo a sí misma. Tal vez si le pedía ayuda a Julian, él pudiera mover algunos hilos y pedir un favor a sus conocidos para que ella encontrara un trabajo. Pero, para ser sincera, no podía pedirle eso. Julian había sido muy generoso abriéndole las puertas de su casa y haciéndola sentir un poco menos sola. No podía abusar de él.

—En realidad sí que puedes... ¡Oh,

cállate, Miriam!

Él le había dicho que tenía novia, así que más le valía dejar de pensar en su cuerpo grande y musculoso, desnudo bajo la ducha, con sus fuertes manos resbalando por un pecho que... Nunca había pensado que agradecería tanto la inesperada lluvia como en aquel momento. Había olvidado coger un paraguas esa mañana, pero ahora no le importaba que las gotas de lluvia le refrescaran las mejillas encendidas. Julian era un hombre peligroso para una chica como ella.

Londres tenía aquellas cosas. Hacía unas horas, un brillante sol iluminaba toda la ciudad e incluso calentaba un

poquito si uno permanecía quieto en un sitio durante unos minutos, pero tan pronto como aparecía el sol, llegaban las nubes para ocultarlo. Y ahora la lluvia, la guinda para un día que había comenzado lleno de esperanzas y que terminaba tan gris como el cielo.

Antes de que lo peor de la tormenta descargara sobre ella, Miriam corrió a refugiarse en el pub más cercano. Se encontraba en Covent Garden, una zona de mercado repleta de tiendas ambulantes y artistas callejeros situada en la otra punta de la ciudad; la casa de Julian quedaba demasiado lejos como para arriesgarse a caminar bajo la lluvia en pleno mes de enero.

Al cerrar la puerta a su espalda, el



calor procedente del interior del local le encendió las mejillas y el fulgor de los parroquianos al jalearse una jugada del partido de fútbol que seguían por la televisión reavivó el ánimo en Miriam, que tuvo la sensación de estar de nuevo en casa.

El pub era el típico local inglés con mobiliario de madera oscura e iluminación tenue para crear ambiente. Una gran barra en forma de U ocupaba todo un lateral del local mientras que en el otro, junto a los grandes ventanales decorados con parterres de flores, se situaban una serie de mesas bajas y taburetes donde se acomodaban los clientes. A pesar de lo tarde que era y

de la tormenta que arreciaba con fuerza en el exterior, el pub estaba moderadamente vacío, y Miriam no tuvo problemas en hacerse un hueco en la barra.

El sitio era fantástico, y estar en él era como viajar a otra época. Miriam casi esperaba que un elegante caballero victoriano fuera a aparecer de un momento a otro por la puerta. ¡Cómo le hubiera gustado tener el poder de viajar en el tiempo y mirar por un agujerito cómo vivían y se comportaban las finas damas del siglo XIX, comprobar si era cierto que sus romances eran tan apasionados como contaban las novelas! Julian interpretaría muy bien el papel de calavera libertino por el que todas las

doncellas suspiraban, y si ella cruzara su camino con el de él, estaba segura de que su reputación quedaría arruinada en brazos de ese hombre.

—No me lo digas... ¿Francesa?

Miriam dio un salto en el taburete cuando el camarero la sorprendió fantaseando nuevamente con quitarle la ropa a Julian. El chico que estaba detrás de la barra no debía de ser mucho mayor que ella y era guapísimo, como casi todos los ingleses con los que se había cruzado. Tenía los ojos azules, no tan claros como los de Julian, pero su mirada era fresca y confiada, y cuando sonreía se le formaban unos hoyuelos a ambos lados de la boca que a Miriam le

parecieron muy tiernos. Al parecer, el chico estaba acostumbrado a que la mayoría de sus clientes fueran extranjeros, pues había decidido que ella no era una compatriota y estaba tratando de adivinar su nacionalidad.

Una vez repuesta de la sorpresa inicial, Miriam negó con la cabeza.

—¡No me lo digas! Otra oportunidad —Apoyando el antebrazo sobre la barra, se inclinó un poco más hacia ella—. Desde luego, eres latina. —Y, sonriéndole, añadió—: ¿Española?

—¡Qué listo! —le sonrió Miriam—. Estoy segura de que has adivinado muchas nacionalidades a un montón de chicas.

El camarero se puso a reír y frotó

con ahínco la brillante madera de la barra utilizando un paño aún más limpio.

—A unas cuantas —le confesó—. Pero hasta ahora a ninguna que viniera sola. Me llamo Daniel, ¿y tú eres...?

—Miriam. —Ella estrechó la mano que él le ofrecía—. ¿Quién juega?

Daniel miró hacia la pantalla de plasma que señalaba Miriam. Siempre que había partido, la clientela fija no faltaba a su cita en el bar, pero por fortuna esta vez no estaban armando escándalo.

—El Arsenal con uno de los pequeños de la Premier. ¿Te gusta el fútbol?

—Solo el Betis, y España cuando

hay Mundial.

La risa del camarero contagió a Miriam y las carcajadas de los dos a coro llamaron la atención de algunos de los futboleros; uno incluso le dedicó a Miriam una sonrisa desdentada y le guiñó un ojo.

—Tenéis buen equipo los españoles —acabó diciéndole Daniel—. Sois afortunados.

—Pero todas las buenas rachas se acaban, ¿no?

Miriam se dejó caer sobre la barra y escondió la cabeza entre los brazos. Ya no sabía si era cansancio, pena o desesperación, pero estaba agotada.

—Un mal día, ¿eh?

Ella levantó la cabeza lo justo para

mirar a Daniel.

—De puta pena —contestó en español, más para desahogarse que otra cosa. Luego volvió al inglés—. De pena, quiero decir. No encuentro trabajo y lo necesito ya.

Daniel silbó y se colocó el paño sobre el hombro.

—¿Una cerveza? —le ofreció—. Para ahogar las penas...

Pero Miriam sollozó.

—Ni siquiera me gusta la cerveza.

Hundiendo de nuevo la cabeza entre los hombros, Miriam deseó que la tierra se abriese bajo sus pies y se la tragase. ¡No le salía nada bien! Y ya se estaba viendo de nuevo en el aeropuerto y

disculpándose ante sus padres por haber sido tan confiada y haberse dejado engañar.

—Entonces necesitas lo que todos los turistas: *fish and chips*.

Y como si de un mago se tratase, Daniel colocó frente a ella un plato con un trozo de pescado rebozado acompañado de patatas y dos tipos de salsa. El estómago de Miriam rugió como respuesta al agradable olor que desprendía la comida. Lo cierto era que después del asqueroso desayuno de Julian, Miriam tuvo que comprarse un paquete de chocolatinas para matar el mal sabor de boca y desde entonces no había vuelto a probar bocado. ¡Y estaba hambrienta! Daniel la miraba



animándola a probar un poco de comida, y ella se dejó contagiar por su entusiasmo y se lanzó a dar un bocado.

—¿Y bien?

Ella asintió y levantó el dedo pulgar como respuesta mientras masticaba.

—Sabe a la pavía de merluza de los chiringuitos de playa.

Divertido por su manera de hablar, Daniel rompió a reír. Le encantaba aquella española tan simpática y directa, a pesar de lo difícil que debería de ser la situación en la que se encontraba.

—Escucha —apoyando los antebrazos en la barra, Daniel acercó la cabeza a la de ella—, deja que hable

con el jefe y averigüe si necesitamos un par de manos más, ¿de acuerdo?

—¿En serio harías eso por mí?

Él le sonrió y Miriam a punto estuvo de besarle de tan agradecida como estaba. Esperó mientras Daniel le escribía su número de teléfono en una servilleta en la que podía leerse el nombre del local, The White Lion, y ella hizo lo propio con el suyo.

—Intentaré llamarte en un par de días, y espero darte buenas noticias. ¿Tienes cómo volver a donde sea que te hospedes?

Ella dudó si decirle que un tío increíblemente guapo y seguramente rico le había abierto las puertas de su casa, pero luego decidió que no quedaría muy

bien con su imagen de chica desesperada y se limitó a contestar:

—Estoy con una amiga, cerca de Hyde Park. ¿Sabes cómo puedo volver que no sea ir andando bajo la lluvia?

—Al girar la esquina puedes coger el metro hasta Hyde Park. La línea Piccadilly va hacia allá y no creo que sean muchas estaciones...

—Conozco la línea —le sonrió Miriam, agradecida, y estrechó la mano que Daniel le ofrecía—. Espero volver a verte muy pronto, Daniel.

—Un placer, Miriam. Yo también lo espero.

La charla con Daniel había sido tan agradable que Miriam ni siquiera se dio

cuenta de que la tormenta había cesado y ya solo quedaba una ligera llovizna bajo la que era posible caminar. La boca de metro de Covent Garden estaba a tan solo unos pasos, pero la suerte de Miriam se acababa ahí, pues el vagón que la llevaría de vuelta al carísimo barrio residencial donde vivía Julian cerraba las puertas frente a sus narices, sin darle opción a montarse en él. Al mirar el letrero de neón que anunciaba los tiempos de llegada de los trenes, Miriam soltó un taco en castellano al ver que al suyo le faltaban diez minutos.

El andén se había quedado vacío cuando el tren se marchó y tan solo quedaban ella y otra chica que le sonrió resignada cuando vio que no era la única

que había llegado tarde.

Miriam se dedicó a pasearse arriba y abajo por el apeadero; leía cada uno de los carteles de las obras de teatro y musicales que se estaban representando en esos momentos en Londres. Si las circunstancias fueran distintas para ella, no dudaría en ir a ver cada uno de esos espectáculos con los que siempre había soñado, y si tenía un poco de suerte, tal vez aún estuviera a tiempo. Daniel había sido muy amable con ella, y estaba segura de que el chico jugaría sus mejores cartas para tratar de convencer a su jefe de que le ofreciera a ella un empleo, aunque fuera de friegaplatos.

Los pies la estaban matando y sus

dedos se quejaban a gritos dentro de sus bailarinas; a Miriam no le extrañaría que el dedo gordo acabara por hacer un agujero al zapato para poder liberarse. Pero aún faltaban cuatro minutos para que su tren llegara; no veía el momento de entrar en la casa y tumbarse en la cama. Tal vez Julian no estuviera allí para cuando ella hiciera su aparición. Un tipo como él, lo más seguro es que tuviera plan noche sí y noche también, y aunque fuera un hombre comprometido, Miriam sabía que las mujeres se agolparían a su alrededor como las abejas en un panal.

Al fijar la mirada al frente, lo que vio la dejó paralizada. En la pared opuesta y a tamaño gigante había una

fotografía en blanco y negro de un tío bajo la ducha; tenía un cuerpo fibroso y musculado y estaba completamente desnudo menos por los calzoncillos blancos que llevaba. Por supuesto, estos eran el motivo principal del cartel publicitario, pero todo el que fijara su atención en aquel anuncio lo último que sus ojos verían sería el nombre de la marca que aparecía en la goma de la ropa interior. El cuerpo de dios griego del modelo ni siquiera se deformaba por la curvatura de la pared del túnel de tan perfecto como era; estaba totalmente mojado y los calzoncillos blancos dejaban entrever bajo ellos los atributos masculinos.

A pesar de la grandiosidad de todo eso, lo que realmente atrajo la atención de Miriam fue la mirada del hombre: seductora, penetrante, con una pequeña marca bajo el ojo derecho. La misma mirada hipnotizadora que se había fijado en ella en la cafetería de la calle Curzon y cuyo dueño la había invitado a pasar la noche en su casa. ¡No podía ser Julian, por el amor de Dios! Posaba de una manera tan natural que a Miriam se le hacía difícil relacionarlo con la imagen del hombre risueño y encantador que se había despedido de ella por la mañana.

El sonido del tren al acercarse al andén la hizo retroceder unos pasos



hasta chocar con la chica que estaba a su lado. Miriam se fijó en la revista de cotilleos que llevaba bajo el brazo y que había estado leyendo para matar el tiempo. Cuando se acomodaron en dos asientos libres del vagón, Miriam pudo leer por encima la noticia de una entrega de premios a los mejores modelos del año, celebrada hacía unos días en Milán. Había también una serie de fotografías del evento en las que aparecían chicos y chicas guapísimos hasta decir basta y tan altos y delgados que Miriam se sintió poca cosa. En una de ellas pudo reconocer a Julian. Iba vestido con un elegante esmoquin con pajarita; en una mano llevaba el premio que le habían dedicado y con el brazo que tenía libre

sujetaba la cintura de una rubísima mujer que lo miraba con ojitos de cordero degollado. Bajo la foto podía leerse:

*«El modelo británico Julian Cole recogió el premio al Mejor Modelo del Año. En la fotografía junto a él, la actriz Maggie Dawson, con la que mantiene una relación desde hace unos meses».*

¡Era modelo el muy cabrito! Y además, uno muy bueno y conocido si salía en las revistas y había fotografías suyas del tamaño de un andamio por

toda la ciudad. Se sintió estúpida por no haberlo reconocido, pero también estaba enfadada con Julian. Él tenía que habérselo contado, ¿no? La vocecilla de mujer anunció por megafonía que se acercaban a Hyde Park, su parada, y Miriam, sin darse cuenta, infló los carrillos mientras maduraba cómo asaltar a Julian para exigirle una explicación.

—Conque modelo, ¿eh? Prepárate, Julian Cole, que voy a por ti.

## CONFIDENCIAS A MEDIANOCHE

*Me pregunto cómo sería tener a alguien con quien hablar por las noches.*

A pesar de que no pensaba admitir que se había pasado el día encerrado en casa esperando a que Miriam regresase, lo cierto es que Julian lo había hecho y se había preocupado por ella. Por la mañana al despedirla, había olvidado

pedirle su número de teléfono para estar en contacto con ella por si tenía algún problema, y ya hacía más de diez horas desde que Miriam se había marchado. Diez largas horas en las que no había tenido noticias suyas.

Para un turista o alguien que simplemente estuviera acostumbrado a la luz de los países mediterráneos como era el caso de Miriam, el hecho de que en Londres anocheciera tan pronto podía suponer un trastorno, si bien resultaba también un estorbo. Temía que Miriam se hubiera perdido en mitad de la ciudad y que no tuviera modo de volver; debía haberle prestado algo de dinero por si se veía inmersa en algún apuro y no

sabía cómo salir de él. No dudaba de los recursos que ella pudiera tener de su propia cosecha, pero no podía evitar preocuparse por ella.

Su agente le había telefoneado varias veces para recordarle que tenían una cita con un importante productor de una cadena de televisión británica que estaba interesado en ofrecerle un papel en su nuevo proyecto, pero Julian había acabado por darle esquinazo. No podía permitir que Miriam volviera a casa y él no estuviera allí para recibirla; además, no le había dejado una copia de las llaves y no iba a dejarla tirada en la calle hasta que él regresase.

Comprobó una vez más la hora en la enorme esfera del reloj que llevaba

en la muñeca izquierda y descubrió que las agujas apenas se habían movido desde la última vez que lo miró. Ninguna ciudad era del todo segura para una chica extranjera que vagaba sola por las calles del centro y menos aun cuando el sol hacía rato que se había puesto.

Julian estaba a punto de coger su chaqueta e ir a buscarla cuando sonó el timbre de la puerta. No tardó ni un segundo en abrirla y respirar aliviado cuando vio a Miriam al otro lado, sana, salva y sonriente.

—Me olvidé de pedirte unas llaves —le dijo ella a modo de saludo.

Julian se hizo a un lado para dejarla entrar y luego la siguió por el pasillo

hasta la cocina.

—Estaba a punto de salir a buscarte.

—¿Por qué? —Miriam se giró; sus ojos verdes lo miraban curiosos mientras se recogía el pelo en una coleta improvisada—. No me dirás que estabas preocupado por mí.

Julian se dejó caer en uno de los taburetes de la cocina y apoyó el codo en la isla central mientras la miraba caminar de un lado a otro.

—Pues un poco sí —confesó—. No tenía ni idea de dónde estabas, no tenía tu teléfono... Y es condenadamente tarde para andar solo por ahí.

—¿Condenadamente? —Ella lo miró divertida—. ¿Es que nunca dices



tacos?

Él resopló, pero a Miriam no se le pasaron por alto las arruguitas que se le formaron alrededor de los ojos al sonreír.

—Además —ella se inclinó sobre la isla hasta que su rostro quedó a escasos centímetros del de Julian para mirarlo con el entrecejo fruncido—, tú y yo tenemos que hablar.

Julian tragó saliva.

—La experiencia me ha enseñado que cuando una mujer dice «Tenemos que hablar» nunca es por algo positivo.

—No seas melodramático. — Miriam se apartó de golpe y lo señaló con el dedo—. ¡Eres modelo! ¿Cómo

has podido no contármelo? Acabo de verte en bolas en un cartel enorme en el metro.

Julian se rio. Así que había descubierto cuál era su profesión y, al parecer, estaba tan sorprendida como enfadaba. Lo de la sorpresa podía entenderlo, ¿pero el enfado? A pesar de las muchas mujeres que había conocido, el sexo femenino aún lo desconcertaba. Que Miriam no lo hubiera reconocido la noche anterior, cuando estaba acostumbrado a no poder dar ni un solo paso en los cinco continentes sin que alguien lo parara por la calle para pedirle una fotografía, había supuesto un soplo de aire fresco para Julian, y había decidido no hablarle de su profesión ni

de la fama que esta le otorgaba. Sin embargo, su pequeño secreto había durado poco y ahora tenía que lidiar con la servilleta que ella le había lanzado a la cara entre risas.

—¡No te rías! —lo acusó ella—. Casi pierdo el metro por tu culpa.

—Está bien, perdona. —Julian trataba de contener los accesos de risa cada vez que la miraba; tan indignada, tan divertida, tan normal—. Resulta que no tengo por costumbre ir presentándome como modelo a los desconocidos, ¿sabes? Hola, soy Julian Cole y vas a verme en todas las campañas publicitarias de este verano.

—¡Pero me has invitado a

quedarme en tu casa! ¿Sabes lo que es dormir bajo el mismo techo con un tío que está lo que se dice muy, muy bueno y encontrártelo en pelota picada a tamaño póster mientras caminas por la calle?

La risa de Julian se acentuaba cada vez que Miriam soltaba algún comentario como aquel último. Si seguía así, no tendría que volver a hacer abdominales en toda una semana; ya le dolía el estómago a causa de la risa. Hacía mucho tiempo que no se divertía tanto.

—He de decir que, a pesar de tu forma de decirlo, me siento halagado.

Miriam sintió que las mejillas se le encendían de vergüenza. Normalmente

no tenía inconveniente en decirles a los hombres lo guapos o poco atractivos que los encontraba, pero con Julian era distinto. No solo era guapo, es que además tenía un cuerpo que estaba hecho para pecar con él. Reiteradas veces.

Acabó por dejarse caer en el taburete más cercano a Julian.

—Debes de estar más que acostumbrado a que te digan lo guapo que eres.

Julian apoyó la mejilla en la palma de su mano abierta y la miró, mitad divertido y la otra mitad con ternura en sus ojos azules.

—Sorprende que siga siendo tímido, ¿verdad? Es solo un físico

bonito, nada más.

—¡Pero qué físico!

Acabaron por reír juntos hasta que Miriam se quejó de dolor en las costillas.

—¿Tienes hambre? Seguro que sí, hace un buen rato que se pasó la hora de la cena.

—¿Qué? —Miriam miró el reloj de la cocina—. ¡Pero si son solo las nueve!

—Hora de irse a la cama. —Julian le guiñó un ojo mientras servía un par de copas—. Te gusta el vino, ¿verdad?

Ella hizo una mueca de disgusto y luego miró el contenido de las copas.

—Si es blanco puedo tomar una copa. Pero nada más.

Por suerte para ella, lo era. Durante

los minutos que siguieron mientras Julian colocaba artísticamente en un par de platos el contenido de dos recipientes de plástico, Miriam se deleitó con la visión de su perfecto trasero enfundado en unos ajustados y carísimos vaqueros oscuros. No pudo evitar sentir un poco de vergüenza cuando su mente evocó la imagen del cartel en el que se le marcaba el paquete bajo los *slips* mojados.

—¿Qué es esto?

Miriam arrugó la nariz cuando Julian le colocó delante su plato. A simple vista parecía apetitoso, siempre y cuando al comensal le gustase el sushi. Tomó la pareja de palillos de madera

que Julian le había dado y tocó una de las pequeñas piezas de pescado crudo.

—¿No te gusta? —le preguntó él, preocupado.

—No te ofendas —Miriam dejó los palillos y lo miró, con una sonrisa tímida en los labios—, pero tienes un gusto penoso para la comida. ¿Es esto lo que comen los tíos como tú para mantenerse en forma? ¡Puaaaj!

Julian se rio divertido y le apartó el plato.

—Por suerte, he pedido también un poco de arroz. —Le acercó un bol lleno hasta arriba de arroz tres delicias y un tenedor—. Y la respuesta es no. —Le sonrió—. Todo lo que ves es carne de gimnasio.



—¡Menuda carne!

Y a punto estuvo de escupirle los granos de arroz al hablar con la boca llena.

Mientras cenaban, ella le contó su fracaso al intentar encontrar un trabajo y cómo un amable camarero se había ofrecido a ayudarla antes de que casi le diera un síncope en el metro de Covent Garden al verlo vestido únicamente con unos calzoncillos de marca.

—¿Cómo fue que decidiste hacerte modelo?

Habían recogido los restos de la cena y ahora estaban sentados en el sofá; Miriam con las piernas recogidas como un indio, la segunda copa de vino en la

mano y Julian a su lado, con las piernas extendidas sobre el baúl antiguo que ahora era usado como mesita auxiliar. Se había subido las mangas de la camisa azul que llevaba y había estirado un brazo en el respaldo del sofá, cerca de la cabeza de Miriam.

—Pues déjame pensar... —Dejó caer la cabeza hacia atrás y Miriam a punto estuvo de atragantarse con el sorbo de vino que tenía en la boca cuando sus ojos se fijaron en la garganta de Julian, en su pronunciada nuez y en la abertura de su camisa que dejaba ver un poco de su pecho—. Mi hermano y yo siempre estábamos buscando formas de incordiarnos, incluso cuando llegamos a la adolescencia. Yo tenía diecisiete

años y por entonces las chicas me traían problemas aunque ni siquiera me acercara a ellas.

—Así que eras un Casanova, ¿eh?

Julian puso los ojos en blanco y dejó pasar el tono burlón de su pregunta.

—El caso es que envié mi fotografía a una agencia de modelos para ver qué pasaba. Si me cogían, me iban a agobiar tanto que él se vería ganador en nuestra lucha particular.

—Y te cogieron.

Julian asintió. Ahora su hermano vivía en Barcelona junto a su esposa española y su sobrino de dos años; con su broma, le debía todo lo que ahora tenía.

—Me cogieron porque era diferente al resto de chicos que desfilaban en la pasarela. Tenía el doble de músculo y además llevaba barba, algo inusual entre todos esos chicos lampiños. Supongo que marcaba la diferencia.

—Marcas la diferencia —le aseguró ella—. Eres lo que se dice todo un tío.

Él bajó los ojos, ruborizado, y sonrió una vez más. Se daba cuenta de que con Miriam era muy fácil sentirse relajado y pasarlo bien. En su profesión, todo eran caras nuevas, prisas, superficialidad y ajetreo, y Miriam le estaba dando ese punto de realidad que le hacía mantener los pies en el suelo.

Tenía treinta y cuatro años y empezaba a cansarse de tener que quitarse la ropa en cada sesión de fotos y buscar su mejor mirada para seducir a la cámara. Era su trabajo y le gustaba, pero con los años ambicionaba más.

—¿Y es muy difícil posar? —La suave voz de Miriam lo trajo de vuelta al presente—. Quiero decir, ¿no sientes ni un poquito de vergüenza? Yo sería incapaz de quitarme la ropa y dejar que me sacaran fotos así como así.

—Nunca aparezco desnudo al completo en las sesiones de fotos. Es uno de mis requisitos.

Miriam se lo quedó mirando con una de sus bonitas cejas arqueadas.

—¿Estás de coña? ¡Pero si en la

foto del metro se te veía todo!

—Pero no estaba completamente desnudo —replicó él, divertido—. Llevaba ropa interior.

—Sí, ya... —Miriam dejó la copa sobre el baúl que ejercía como mesa y se abrazó las piernas contra el pecho—. Una prenda minúscula, blanca y totalmente mojada. Se nota que no eres chica y no sabes de los peligros de usar un bikini blanco en la playa.

—Te lo demostraré.

Miriam se humedeció los labios cuando inevitablemente sus ojos se posaron sobre el prieto trasero de Julian cuando este se levantó del sofá. Lo vio desaparecer por el pasillo que

conectaba con la cocina, donde él había colocado un sofá y un mueble muy antiguo con al menos veinte cajones pequeños que debía de usar como cómoda. A Miriam le recordaba la salita de estar en la que su abuela se sentaba en verano para ver la tele mientras cosía. Unos minutos después, Julian volvió a su lado portando una gruesa libreta.

—Aquí tengo la prueba.

Dejó el libro sobre su regazo mientras se sentaba a su lado y con su mirada risueña y azul brillante la animaba a que abriera sus páginas.

—¡Son fotos tuyas!

Él le sonrió.

—Solo algunas de las campañas

para las que he trabajado. Al principio pensé que era buena idea guardarlas en un álbum, pero me estoy haciendo viejo y no me gusta demasiado verme posando. No vas a encontrar ninguna en la que se me vea desnudo.

Miriam fue pasando las páginas despacio, disfrutando de cada una de las fotografías que había en ellas. Tenía que reconocer que la mayoría de ellas eran preciosas. En algunas, Julian aparecía solo, en mitad del campo vestido como un auténtico *gentleman* inglés, mientras que en otras lo acompañaban diferentes chicas, rubias, morenas y pelirrojas, que lo miraban como si él fuera el centro de sus universos. Y en muchas de aquellas



fotos aparecían coches caros y de épocas pasadas. Miriam sonrió al reconocer que los coches eran una de sus debilidades, pues había visto varias réplicas de coches antiguos dispersas por toda la casa.

Al volver la hoja que sostenía entre los dedos, los ojos se le agrandaron tanto que casi se salieron de su sitio, y la mandíbula corrió riesgo de desencajarse nuevamente cuando se encontró con la imagen de Julian, recostado en un butacón, completamente desnudo salvo por una brillante sábana de raso negro que él mismo sostenía sobre su paquete.

Al alzar la vista hacia Julian, descubrió que él la estaba mirando

divertido. Miriam se sintió estúpida boqueando como un pez, pero de verdad no sabía qué decir, así que acabó por llevarse una mano a los ojos, tapándoselos de manera teatral.

—No puedo mirar. Es... ¡es demasiado! Estás ahí, en bolas, y ahora pareces tan tranquilo sentado aquí a mi lado. ¿A esto le llamas no salir desnudo en las fotos?

Julian no pudo evitar reír al ver su reacción. Sabía que Miriam estaba de broma, pero también había apreciado cierto rubor en sus mejillas y eso le complacía. No tenía ni idea de por qué, pero le gustaba que ella lo encontrara sexy.

—No seas mojigata —replicó él, y le apartó la mano de los ojos. Julian tragó saliva cuando la vio humedecerse los labios y bajar la mirada para evitar la suya—. Además, no se me ve nada.

—Estás de coña. —Miriam soltó una risita nerviosa, pero se animó a volver a echarle un vistazo a la fotografía—. Lo cierto es que es bonita. Se te ve muy... pensativo.

—Cada fotógrafo es distinto; muchos te piden que interpretes un papel para que ellos puedan captar con el objetivo el sentimiento que buscan. Es interesante, me gusta.

Julian se entretuvo pasando las páginas del álbum mientras hablaba;

intentaba evitar una de las fotografías que le habían tomado un par de años atrás y que temía que escandalizara y avergonzara a Miriam a partes iguales. Intentó ser sutil, pero la forma rápida con la que pasaba las páginas atrajo la atención de Miriam, que lo detuvo justo en la temida foto.

—¡Estás en bolas! —lo acusó ella, ruborizada hasta la raíz del pelo y los ojos muy abiertos—. ¡En pelota picada!

Él estaba de pie, en una postura que emulaba a una de las estatuas griegas que aún se conservan hoy en los museos de historia. Y sí, estaba como Dios lo trajo al mundo, sin una sola prenda de ropa que cubriera su desnudez. Sin embargo, la foto era artística y jugaba

con las luces y las sombras para evitar que sus atributos masculinos quedaran a la vista del espectador. Todo su cuerpo estaba iluminado... menos la zona de su entrepierna, que permanecía oculta en una sombra oscura.

—Pero no puedes verme nada.

—¡Claro que sí! —Miriam cerró el álbum y se dejó caer contra el sofá—. Vivo con un exhibicionista. Dios mío, ¡dame fuerzas!

Julian rompió a reír y acabó recostándose a su lado. Los dos estaban cómodos y se miraban a los ojos mientras sus respiraciones se normalizaban. Eran como un par de amigos de toda la vida que disfrutaban

de una bonita noche compartiendo risas y confidencias. Solo que hacía veinticuatro horas que se habían conocido.

—¿Qué me dices de ti? —le preguntó él.

—No me hago fotos desnuda, si es a lo que te refieres —le contestó Miriam, divertida—. No, mi vida es mucho más sencilla.

—¿A qué te dedicas?

—Soy profesora. —Suspiró—. Profesora en España, ¿te lo imaginas? Ya nadie contrata a profesores nuevos en los colegios, y tienes suerte si te llaman para cubrir una baja de unos días. Desde que salí de la universidad es lo único que he estado haciendo.

Hasta que dejaron de llamar y tuve que buscar otras salidas. En casa necesitamos el dinero.

Él se acomodó entre los cojines. Todo rastro de diversión había desaparecido y ahora la miraba con gesto serio; había apoyado el codo en el respaldo del sofá y su mejilla descansaba contra el puño que formaba su mano.

—¿Tan mal va todo?

Miriam resopló.

—Tengo cinco hermanos, conmigo seis. ¿Responde eso a tu pregunta?

Julian silbó.

—Y encima yo soy la mayor.

—A pesar de correr el riesgo de

que me patees el trasero, y sabiendo que hay dos preguntas que jamás se le deben hacer a una mujer..., ¿cuántos años tienes?

—Veintiséis —le respondió Miriam, ladeando la cabeza y sonriéndole divertida—. No tengo por qué esconder mi edad ni tampoco mi peso, si esa era la otra pregunta a la que te referías. A la vista está que no soy ninguna modelo.

—Estás estupenda, y no es ningún cumplido. Créeme, he trabajado con muchas modelos y no tienes nada que envidiarles, sino todo lo contrario. —Y después de guiñarle un ojo, Julian le pidió—: Háblame de tu familia.

—Pues... Como ya te he dicho, soy



la mayor de seis hermanos. Mis padres se conocen desde siempre y se casaron demasiado jóvenes cuando se enteraron de que yo venía de camino —le sonrió—. Mi hermano Alberto tiene tres años menos que yo y estudia música en el conservatorio. Luego está Carol, acaba de cumplir los veinte y está loquísima, pero a pesar de eso se empeña en estudiar psicología. Y después entramos en la mitad adolescente: tenemos a Sofía, que es cinco años menor que Carol y sigue en el instituto, y a los mellizos Miguel y Álvaro, que tienen ocho años.

—Apuesto a que tienes debilidad por ellos.

—Uff, no te creas. Son malísimos, pero los echo muchísimo de menos. Cuando mi madre se quedó embarazada de ellos, la gente pensaba que eran hijos míos.

Julian le sonrió y antes de pensar en lo que hacía se inclinó sobre ella y le recogió un mechón de pelo suelto de la coleta detrás de la oreja. A pesar de no haberla tocado, sintió el calor que emanaba de la mejilla sonrosada de Miriam.

—Tienes suerte de tener una familia tan grande. En mi caso solo estamos mi madre, mi hermano, que vive en España, y yo.

—Yo creo que la distancia no es un

problema siempre que los sentimientos sean verdaderos, ¿no te parece?

Él asintió, aunque lo hizo más por complacerla, ya que él no estaba del todo convencido. El teléfono de Miriam comenzó a sonar dentro del bolsillo de sus vaqueros y cuando consiguió sacarlo, después de retorcerse como una culebra sobre el sofá, su rostro perdió todo el color cuando miró la pantalla y reconoció el número de su casa.

—Mi madre —susurró—. ¿Qué hago?

—Tienes que hablar con ellos o se preocuparán.

—Pero ¿qué les digo?

—Intenta tranquilizarlos —le aconsejó Julian—. Entre los dos

encontraremos una solución.

Miriam respiró hondo antes de contestar.

—¿Mamá?

—Hija, ¡por fin! Estábamos muy preocupados por ti. ¿Va todo bien? ¿Y el trabajo? ¿Estás a gusto? ¿Estás teniendo algún problema?

A pesar del torrente de preguntas, escuchar la voz de su madre logró tranquilizarla.

—Estoy bien, mamá. Perdona que no haya llamado como te prometí, es que he estado un poco liada.

Miriam hizo una mueca con los labios a Julian, que la miraba muy atento tratando de captar alguna palabra suelta

del castellano que le diera alguna pista sobre lo que hablaban madre e hija.

—¿Te están tratando bien en el hotel?

—Esto... A decir verdad, mami, no estoy trabajando en el hotel que nos enseñaron.

—¿¿Cómo?! ¡Ay, por Dios! No me digas que nos han engañado, Miriam.

¿Qué podía decirle? Su madre parecía tan preocupada que Miriam no tuvo valor de contarle la verdad.

—No, no. Es que... Resulta que la plantilla del hotel estaba completa y... me han buscado otro trabajo. En un pub de Londres, mamá.

—¿Un pub? ¿Y dónde vas a quedarte? Porque te pagaban el

alojamiento en el hotel. ¿Necesitas dinero?

—Pues estoy... —Levantó la mirada para ver a Julian; no podía decirle a su madre que estaba durmiendo en casa de un tío que acababa de conocer y que, además, salía en las revistas—. Estoy con una amiga —mintió—. Una antigua compañera del colegio, mami. Seguro que no te acuerdas de ella. Lleva viviendo aquí unos meses y nos encontramos por casualidad. Y el piso está genial, te lo prometo.

Julian arrugó los ojos al sonreír. Eso último sí que lo había entendido.

—¿Una amiga? —Su madre no

parecía del todo convencida—. No me estarás mintiendo, ¿verdad?

Miriam tragó saliva.

—Te lo prometo, mamá. Todo va bien. Ahora tengo que colgar. Reparte besos a los enanos y a papá, ¿vale? ¡Os quiero!

Como si un camión la acabara de arrollar, así se sentía Miriam cuando colgó el teléfono. No quería preocupar a sus padres sin necesidad. Ya les contaría la verdad cuando consiguiera un trabajo y todo se hubiera normalizado.

—Así que una amiga, ¿no?

Julian estaba esperando una respuesta y estaba tan guapo cuando sonreía de ese modo que Miriam acabó

por encogerse de hombros, sin saber qué decir.

—Estaban preocupados —le susurró, antes de que un bostezo la interrumpiera—. Creo que voy a acostarme.

Cuando intentó ponerse en pie descubrió que todo le daba vueltas, y si Julian no hubiera tenido tan buenos reflejos y la hubiera sujetado, habría acabado tirada sobre sus piernas. Eso le pasaba por beberse dos copas de vino sin estar acostumbrada, se dijo; pero poco le importaba en aquel momento, cuando tenía las manos pegadas al pecho de Julian y podía comprobar lo duro y bien formado que estaba.



—¿Podrás llegar hasta arriba? —le preguntó él, y su aliento le hizo cosquillas en la oreja—. ¿O tendré que cargarte en brazos?

—Creo... que me voy a desmayar.

Y se dejó caer hacia atrás de manera teatral, segura entre los brazos de él. Julian rio a carcajadas y la ayudó a incorporarse.

—No estoy borracha, solo un poquito mareada —le aseguró ella—. Podré con las escaleras.

Había caminado ya unos pasos cuando se detuvo y deshizo el camino para besar a Julian en la mejilla.

—Gracias por lo que estás haciendo por mí, Julian. Te debo una.

Él se la quedó mirando mientras subía las escaleras, con los brazos cruzados a la altura del pecho y preguntándose qué tendría Miriam que la hacía tan diferente a las demás mujeres que había conocido a lo largo de su vida.

## EL ARTISTA Y LA MODELO

*Hay dos pruebas de la existencia de Dios; la primera y la más importante es el cuerpo de la mujer.*

Estaba teniendo un sueño fantástico en el que se encontraba en una playa desierta, de arena blanca y agua cristalina, con Julian a su lado tomando el sol cuando el insistente timbre de la puerta la

despertó justo cuando él se inclinaba para besarla en los labios. Miriam maldijo su mala suerte incluso en los sueños. No podía decirse que hubiera dormido mucho aquella noche, pues ella y Julian se fueron a la cama bien entrada la madrugada después de disfrutar de una agradable conversación en el salón de su casa. Una noche más, pues era ya una costumbre entre ellos relajarse en el sofá mientras compartían anécdotas de su pasado.

Se había cumplido ya una semana desde que Miriam aterrizó en Londres y hasta entonces su búsqueda de empleo aún no había dado sus frutos; Julian, en cambio, la ayudaba tanto como podía.

Sin darse cuenta de ello, habían establecido una rutina en sus vidas: ella salía temprano por las mañanas para buscar trabajo y él cumplía con sus obligaciones en la agencia de modelos y se entrenaba en el gimnasio. Al caer la noche siempre se encontraban en casa, momento en el que compartían cena y confidencias hasta que se daban cuenta de lo tarde que se les hacía. Y eso fue lo que les ocurrió la noche anterior. Julian le había hablado de su hermano, casado con una española; de su madre, una luchadora nata por la que sentía verdadera devoción, y de su padre, fallecido cuando él tenía trece años. A medida que descubría un poco más de su vida y lo conocía un poco más, Miriam

se daba cuenta de que, prácticamente, Julian era el hombre perfecto y por eso se colaba cada noche en sus sueños. Aquel en el que estaban los dos en la playa, con los cuerpos calientes y la piel dorada por el sol, estaba siendo uno de los mejores que había tenido, pero el maldito timbre no dejaba de sonar.

Miriam metió la cabeza bajo la almohada, pero quienquiera que estuviera llamando a la puerta debía de tener algo muy urgente que comunicar a Julian, ya que se había pasado a los puños y ahora estaba aporreando la puerta.

Aceptando que ya no podría volver a dormirse ni tampoco retomar el tórrido

sueño, Miriam se levantó de la cama y buscó a tientas con los ojos entrecerrados la vieja camiseta que usaba como pijama. Hacía años que dormía solo con unas braguitas, pero decidió que, en aras del decoro, lo más conveniente era no dejarse ver en público como Dios la trajo al mundo.

Sin embargo, nada más abrir la puerta toda su libido se disparó cuando vio a Julian saliendo de su habitación sujetándose a las caderas una minúscula toalla de color blanco, la única prenda que cubría su desnudez.

—Ay... ¡Dios!

Una cosa era ver fotos de Julian usando apenas un *slip* pequeño y otra muy distinta verlo en vivo y en directo,

con el pelo mojado por la reciente ducha y unas traviesas gotas de agua recorriéndole el duro y musculado torso y deslizándose por los morenos pezones hasta perderse bajo la toalla. Instintivamente, Miriam se tapó los ojos antes de que su rubor fuera más que evidente. ¡Y encima, por si no tenía suficiente, Julian se estaba riendo ante su ataque de vergüenza! Iba a estrangularlo con sus propias manos.

—Nunca del todo desnudo, ¿recuerdas? —le susurró él, divertido—. Pero hoy voy tarde de narices. ¡No ha sonado el despertador!

¿Tarde de narices? ¿Era esa una expresión propia de Julian? Miriam iba



a tener que moderar su lenguaje para no contagiar el vocabulario del elegante modelo con su naturaleza malhablada. Y además, con la gran cantidad de relojes que Julian tenía colocados en toda la casa y lo obseso del control que Miriam había descubierto que era, le parecía extraño que hubiera olvidado programar el despertador. Esperaba que toda influencia que pudiera ejercer sobre él se acabase ahí, o de lo contrario Julian podría ponerla de patitas en la calle.

Miriam lo vio bajar las escaleras a toda prisa mientras se sujetaba la toalla para evitar quedarse con el culo al aire y se quedó boquiabierta cuando Julian abrió la puerta al madrugador visitante. ¡Aquel hombre no tenía pudor alguno!

Mientras Miriam descendía hasta la planta principal, pudo ver que una mujer de mediana edad conversaba con Julian y además no parecía advertir la escasa indumentaria del hombre. Definitivamente, decidió Miriam, todos los ingleses estaban completamente locos.

—Julian, no podemos perder más tiempo —le estaba diciendo ella—. Flavio solo va a estar en la ciudad unas horas, y necesitamos ese reportaje.

—¿Y qué quieres que haga? No soy yo quien os ha dejado colgados.

Julian se giró para volver a su habitación, pero tuvo que frenar en seco cuando casi se dio de bruces contra

Miriam, que le bloqueaba el paso. Al sujetarla por los brazos, ella se dio cuenta de que estaba molesto.

—No podemos perder la oportunidad, Julian —seguía diciéndole la mujer—. Además, no es la primera vez que posas en solitario.

—Margot, necesitamos una modelo y lo sabes.

Al mirar a Miriam, que se estaba frotando los brazos e intentaba cubrirse un poco las piernas desnudas, Julian tuvo una revelación. Ella era justo lo que necesitaba.

—Y ya tengo la solución.

Girándose hacia la tal Margot, Julian levantó un dedo y le pidió un minuto antes de arrastrar a Miriam hasta

el salón.

—¿Te has vuelto loco? ¿Qué haces?

—Necesito que hagas algo por mí.

Miriam deslizó la mirada a lo largo de su torso desnudo hasta el bulto que se marcaba bajo la toalla; luego lo miró directamente a los ojos y levantó una de sus cejas.

—No es lo que estás pensando. — Julian puso los ojos en blanco—. Hoy tengo una sesión con un fotógrafo muy importante y no puedo faltar —le explicó.

—¿Y yo qué tengo que ver en todo eso?

Miriam cruzó los brazos a la altura del pecho y tuvo que morderse el

interior de la boca cuando notó los pezones endurecidos marcados bajo la camiseta. ¿Se habría fijado Julian en ellos?

—Es una sesión a dos. —Al ver que Miriam no lo entendía, le aclaró—. La modelo que tenía que acompañarme en las fotos no aparece y la revista que nos ha contratado quiere a una pareja.

Al principio, Miriam no comprendió lo que Julian trataba de decirle, pero la mirada elocuente que le lanzó la hizo abrir los ojos como platos.

—No pretenderás que yo...

—Eres mi salvación.

—¡Ni de coña! —le dijo en español—. Julian, yo no soy modelo. No tengo piernas kilométricas, y mis caderas son

demasiado anchas como para entrar en una talla treinta y cuatro.

—Eres perfecta —la cortó él, aparentemente molesto por que Miriam se menospreciara a sí misma—. Además... —tanteó— me dijiste que estabas en deuda conmigo.

—Eso es un golpe bajo —lo acusó Miriam, inflando los carrillos—. No pienso hacerlo.

El hotel Waldorf Hilton de Londres era el lugar más impresionante que Miriam había pisado nunca, mucho más que la casa de Julian. Situado muy cerca de Drury Lane, calle donde se encontraba

el mítico teatro de los siglos XVIII y XIX, el edificio destacaba por su elegancia desde la misma fachada, y cuando Miriam entró en el distinguido *hall*, se sintió como la chica de pueblo de las películas españolas de los años 60 que llega a la ciudad por primera vez. Se había metido en un mundo totalmente diferente al que ella conocía; inevitablemente, una sensación de vértigo se instaló en la boca de su estómago cuando entraron en el ascensor de puertas brillantes y espejos relucientes. Una mano grande, poderosa y cálida sujetó la suya y le dio un ligero apretón. Al levantar la vista, Miriam se encontró con la mirada azul turquesa de Julian infundiéndole ánimo.

A Julian le había resultado muy fácil convencerla para que aceptara hacerse las fotos, y es que ¿quién podría resistirse a la mirada penetrante y el cuerpo medio desnudo de ese hombre? No tenía ni idea de lo que tendría que hacer, pero esperaba que, con la ayuda de Julian, la sesión de fotos pasara rápido y pudieran volver a casa cuanto antes.

Margot, la mujer que aquella mañana había golpeado la puerta principal hasta casi echarla abajo, había resultado ser la agente de Julian, y aunque al principio se mostró reacia a la alocada propuesta de Julian, acabó claudicando, pues estaba desesperada



por que su representado se hiciera las fotos.

Al llegar a una de las suites de la quinta planta, Miriam se quedó sin palabras, no tanto por la espaciosa estancia perfectamente decorada, sino por el ir y venir de personas que cargaban con pantallas de iluminación, trípodes, vestuario... ¿Iban a hacerse unas fotos o a rodar una película? Julian soltó su mano unos segundos para acercarse a saludar a un hombre de pelo canoso y aspecto bonachón que llevaba una carísima cámara de fotos colgada del cuello.

—Miriam, te presento a Flavio Verdino. —Colocándole una mano en la parte baja de la espalda, Julian la

acercó hasta el lugar donde ellos estaban—. Jamás te harán unas fotografías como las que Flavio tomará hoy.

Un tanto cohibida, algo realmente extraño en su carácter extrovertido, Miriam estrechó la mano del hombre y le susurró un «Encantada» con el mejor acento inglés que poseía.

—Una chica normal —le dijo Flavio—. Me encanta, lo hará todo mucho más creíble. Pero vamos con mucho retraso, así que todo el mundo en marcha. —Y dirigiéndose a Miriam, añadió—. No te preocupes por el inglés, cariño. Soy italiano.

Miriam se vio arrastrada por dos

pares de manos que la llevaron hacia una zona de la habitación donde habían colocado una mesa de maquillaje y utensilios de peluquería. Mientras hacían desaparecer sus ojeras y ondulaban su melena castaña le fueron contando la historia que Flavio quería plasmar para el reportaje. Al parecer, ella y Julian eran una pareja de amantes que acababan de reencontrarse después de pasar meses separados. La misión de los dos era conseguir representar la pasión contenida que ambos habían sufrido y hacer creer al espectador lo mucho que se necesitaban, pues ese reencuentro podía suponer un cambio drástico en sus vidas. Las manos le temblaban cuando trató de subirse la

cremallera de la falda negra de tubo que le habían elegido. Completaban el conjunto una escotada blusa blanca sin mangas y unos altísimos zapatos de tacón.

—No estoy segura de poder hacer esto —le susurró a Julian cuando se encontraron.

Él estaba guapísimo, con un traje oscuro, sin chaqueta ni corbata, y la camisa blanca que llevaba estaba abierta hasta el ombligo. E iba descalzo.

—Yo te ayudaré —le susurró él también, acariciándole los brazos desnudos con sus manos calientes—. Cierra los ojos y respira hondo.

—¿Preparados? —La voz profunda

de Flavio, con un marcado acento italiano, puso a todo el mundo en posición, y el fotógrafo comenzó a darles instrucciones sobre lo que estaba buscando—: Empezaremos con algo para romper el hielo, ¿de acuerdo? Situaos junto a la cama; Miriam, tú siéntate y cruza las piernas de forma sensual, ¿entiendes lo que te digo?

Bajo la atenta mirada de Julian, que había fruncido el entrecejo en una actitud muy profesional, y del fotógrafo, Miriam hizo lo que le decían. Al cruzar las piernas, la punta del zapato quedaba elevada en el aire, y cuando se apartó el pelo hacia atrás Flavio la detuvo.

—¡Perfecto, perfecto! Levanta un poco la barbilla, ¡eso es! Ahora

entrecierra los ojos, pero no dejes de mirarlo a él. Tienes el poder, lo sabes; llevas meses sin verlo y te mueres por un beso suyo, pero sabes cómo reavivar la pasión haciéndolo esperar. —Flavio le abrió un botón más de la blusa para dejar entrever el encaje del sujetador—. Julian, acércate a ella. Inclínate suavemente y coloca una mano sobre su muslo.

El corazón de Miriam se aceleró cuando el calor que irradiaba la mano de Julian traspasó la tela de la falda y llegó hasta ella, activando todas las terminaciones nerviosas que iban a parar a su entrepierna.

—Mírame a los ojos —le susurró

él—. Tranquila.

¿Cómo podía estar tranquila teniéndolo a él mirándola de forma erótica y tan cerca de sus labios que lo único en lo que podía pensar era en tirársele al cuello?

—Sabéis que el beso es inmediato, chicos. Rozaos los labios.

Casi se muere allí mismo consumida por el nerviosismo y la excitación. No tenía ni idea de las fotos que estaba tomando Flavio ni le importaba. Tenía la boca de Julian sobre la de ella, y era motivo suficiente para llegar al orgasmo.

—¡Perfecto! —exclamó Flavio, rompiendo así el momento—. Cambiemos. Ahora bajo el alféizar de la

ventana.

Julian la ayudó a levantarse, y si notó cómo todo su cuerpo temblaba, no dijo nada. Cuando Miriam quiso sentarse sobre el canapé que habían colocado bajo la ventana, Flavio la detuvo.

—Quítate la camisa, cariño —le indicó—. Tú siéntate, Julian. Y abre las piernas para dejarle espacio a ella.

Miriam se quedó petrificada, literalmente, porque ni siquiera parpadeó.

—¿Miriam?

—Yo... No puedo quitármela. — Frotándose las manos, miró a Julian para que la ayudara.



Él decidió intervenir.

—Flavio, no creo que sea necesario. Lo está haciendo muy bien hasta ahora.

—No pienso seguir trabajando para conseguir un resultado mediocre —contestó el fotógrafo—. Tú ábrete la camisa —le ordenó a Julian—. Y tú, preciosa, desnúdate.

Abochornada, ruborizada, trastornada y muerta de vergüenza, Miriam obedeció y se desabotonó la blusa con dedos temblorosos hasta que esta cayó al suelo. Nunca había estado en ropa interior delante de tanta gente, y el sujetador de encaje tampoco es que dejara mucho a la imaginación.

—Vamos, preciosa —la apremió Flavio—. No tenemos todo el día. El sujetador también.

—¿También?

Miriam abrió los ojos desmesuradamente. ¿Es que eran unas fotos porno? Si su madre se enteraba, la iba a llevar de vuelta a España arrastrándola por los pelos a través del canal de la Mancha.

Tomando cartas en el asunto, Julian se puso en pie, rodeándole los temblorosos brazos hasta llevarla al canapé.

—Ven aquí —le susurró al oído—. No te preocupes por nada.

Sentándose frente a ella, Julian le

quitó los zapatos, le sujetó las piernas y se las colocó sobre las de él, atrayéndola así contra su cuerpo desnudo.

—¿Qué... qué es lo que haces?

Lo dijo tan bajito que Julian casi no la escuchó. Estaba nerviosa y además empezaba a excitarse. Definitivamente, no tenía remedio.

—Confía en mí.

Julian la rodeó con sus fuertes brazos y le acarició la espalda con los dedos; toda la piel se le erizó bajo su contacto cuando él le abrió el sujetador y le deslizó luego los tirantes en una suave caricia por los brazos hasta dejarlo caer al suelo.

Miriam tragó con dificultad. Era el

primer chico que conseguía quitarle el sujetador en tan poco tiempo desde que se habían conocido. Punto para Julian. A pesar de estar tan expuesta, él no rompió el contacto visual ni siquiera para echar un rápido vistazo.

—Julian...

—¿Sí?

—No... no quiero enseñar nada.

Yo...

Él la entendió. Miriam no pertenecía a aquel mundo y él la había convencido para que se hiciera unas fotos en las que probablemente tendría que salir escasa de ropa. Decidió que haría todo lo que estuviera en su mano por hacerla sentir cómoda y que cuando

mirara las fotos se viera a sí misma preciosa y absolutamente deseable. Tal y como él la veía.

Julian le acarició la mejilla con el dorso de la mano y colocó el codo sobre la rodilla flexionada de ella de modo que su brazo formaba un ángulo que impedía que se apreciara el pecho de ella. Miriam respiró hondo, y cuando se sintió lo bastante relajada, se atrevió a alzar una mano y acariciar la mejilla de Julian. Delineó incluso el contorno de su boca, y cuando sus labios casi se rozaban, Flavio dio la escena por buena y una de las maquilladoras colocó un suave albornoz sobre los hombros de Miriam.

Miriam descubrió ese día que para

conseguir la fotografía perfecta eran necesarias muchas horas de trabajo y mucho esfuerzo por parte de los modelos. Julian llevaba en ese mundo toda su vida y era todo un profesional que sabía qué hacer y cómo colocarse antes incluso de que el fotógrafo se lo pidiese. Ella, en cambio, se sentía totalmente perdida.

Y al nerviosismo de ponerse frente a una cámara y posar tenía que sumarle la atracción poderosa que sentía por Julian. Una mujer tendría que estar muerta para no sentirse atraída por él, que tenía un cuerpo hecho para el pecado y era tan guapo como un dios griego. Pero es que, además, el mimo

con el que Julian la estaba tratando era indescriptible. La hacía sentirse segura aun cuando le ordenaran que tenía que colocársele encima y quitarle la camisa muy despacio para que el objetivo pudiera captar el movimiento. Pero cuando él la tocaba, ya fuera un suave roce de sus dedos o el férreo agarre de sus manos en el trasero, ella se sentía a punto de explotar.

Por fortuna, las fotos más comprometidas acabaron a la hora de comer y después Miriam pudo enfundarse en un bonito vestido rojo de fiesta muy parecido al de Julia Roberts en *Pretty Woman* para simular una cena romántica con Julian y después un íntimo baile en mitad del salón desierto del

hotel.

El único problema estaba en que no tenía ni idea de qué pasaría cuando regresaran a casa y se quedarán a solas, porque ella ya no era dueña de sus pensamientos y tampoco de sus actos. Si Julian se le ponía a tiro... atacaría.



## CON DERECHO A ROCE

*La vida es corta. Y déjame decirte algo. Lo que esto me está enseñando es que la vida es jodidamente corta y no puedes desperdiciar un minuto.*

Para Miriam fue un verdadero alivio poder darse una larga ducha y quitarse todas las capas de maquillaje que le habían puesto en la cara para la sesión

de fotos con Julian. Aunque debía reconocer que había sido toda una experiencia, lo cierto es que se alegraba de que hubiera terminado. Ella era una chica extrovertida y muy abierta de pensamiento, pero lo de quitarse la ropa frente a una cámara no era la especialidad de Miriam. Al final, el resultado había sido bonito, elegante y sensual.

Antes de marcharse, Flavio le había permitido echar una ojeada a las fotos que había tomado, y Miriam casi se queda sin habla: aún no habían pasado por photoshop —y dudaba que utilizaran ese programa, dada la aversión que Julian tenía hacia él—, pero se sorprendió gratamente al verse guapa; a

pesar de estar medio desnuda, no se le veía nada que no estuviera dentro de los parámetros que Miriam consideraba decentes. En gran parte era gracias a Julian, que la había protegido con su propio cuerpo para que no enseñara demasiado. Era todo un caballero, sí. Pero la estaba volviendo loca.

Mientras dejaba que el torrente de agua templada cayera directamente sobre su rostro, Miriam se dijo que no eran solo las fotos lo que la habían puesto tan nerviosa. Tenía toda la piel sensibilizada, y desde que se montaran en el taxi que los trajo de vuelta a casa, no había dejado de sentir un ligero cosquilleo en la boca del estómago. Era

el deseo que sentía por Julian, sin duda. Era la locura más grande que había cometido en toda su vida, mucho mayor que la de dejar su país para intentar labrarse un futuro, y Miriam lo sabía. Pero durante aquel día, había sentido una conexión especial con él; la forma que tenía de rozarla apenas con los dedos, el mimo con el que la trataba y se preocupaba por ella, su mirada intensa cargada de... ¿qué? ¿Deseo? Miriam no lo sabía a ciencia cierta, pero lo había sentido temblar cuando su torso desnudo se rozó contra los pechos de ella.

Al salir de la ducha, se secó un poco el pelo con una toalla y eligió un jersey holgado que dejaba uno de sus hombros al descubierto junto con unos

cómodos *leggings*. Su primera intención fue la de quedarse en la habitación para evitar la tentación de estar a solas con Julian, pero luego pensó que él podría sospechar que algo le pasaba. Así que lo mejor era coger el toro por los cuernos.

Encontró a Julian removiendo algo que olía de maravilla en el fuego de la cocina. Después de refrescarse, se había puesto unos pantalones oscuros que se ajustaban sobre su bonito trasero y un jersey azul marino de punto con botones abierto a la altura del cuello. Si cualquier otro hombre se hubiera atrevido a llevarlo, a Miriam le habría recordado sin duda a un hombre mayor, pero sobre el cuerpo de Julian... En fin,

era comprensible que se relamiera cuando se fijó en el pico que formaba el jersey mostrando así el inicio de sus pectorales. Además iba descalzo y tarareaba la suave melodía de la canción que Tony Bennett cantaba a través de los altavoces ocultos. Miriam reconoció los acordes de *Fly me to the moon* sin dificultad. Si Julian estaba preparando la cena, Miriam esperaba que él fuera el postre.

—Huele demasiado bien como para que lo hayas preparado tú. —Julian le sonrió cuando la vio sentarse frente a la isla de la cocina. Era evidente que no se había dado cuenta de que Miriam lo observaba y por alguna extraña razón a ella le gustó saberlo—. ¿En serio estás

cocinando?

—Eso ha sido un golpe bajo a mi ego masculino.

Cuando apagó el fuego de la cocina —Miriam no pudo evitar pensar que no era el único fuego que prendía en la habitación, si tenía en cuenta el que bullía en su interior—, Julian vertió salsa de tomate casero en los dos cuencos que descansaban sobre la encimera y que contenían dos abundantes raciones de pasta. A Miriam se le hizo la boca agua.

—Lo creas o no, me gusta cocinar.  
*Et voilà! Bon appétit, chérie.*

Con un ceremonioso gesto, Julian colocó el humeante plato frente a

Miriam, que se estaba mordiendo los labios mientras él servía un par de copas de vino blanco.

—¿Sabes? Sé lo suficiente de francés como para haber entendido eso de *chérie*.

Miriam se llenó la boca con los deliciosos espaguetis que Julian había preparado, y él no pudo evitar romper a reír al verla sorber al final, con lo que tan solo consiguió ponerse perdida de salsa.

—A las mujeres os gusta que os hablen en francés —le dijo él, y tomó la servilleta que se había colocado en el regazo para limpiarla—. Permíteme.

Con cuidado, colocó una mano sobre la nuca de Miriam, con su mirada



de color azul intenso clavada en ella mientras le limpiaba la mejilla con un delicado gesto.

—¿Ya?

—Perfecta —le sonrió él.

Cogiendo su plato y la copa de vino, Miriam se encaminó hacia el salón con la intención de acabarse la deliciosa cena cómodamente sentada en el sofá.

—¿Sabes qué? —Iba hablando por el camino, consciente de que Julian la seguiría—. A las mujeres nos pone que nos hablen en francés, sí. —Y añadió—: Pero cuando tú hablas en francés...

—¿Sí?

Julian dejó su copa sobre el baúlmesita auxiliar y se dejó caer en el sofá

frente a ella, curvando una pierna para colocar el plato sobre ella.

—Bueno, una chica podría correrse, ¿sabes?

Él estalló en carcajadas y su nuez vibró con la risa en su garganta.

—No puedo creer que hayas dicho eso.

—Pues es la verdad. —Volvió a hablar con la boca llena—. Me he fijado en cómo te miraban las chicas durante la sesión de fotos y no puedo culparlas. Tu novia es una chica afortunada.

Julian aprovechó que tenía la boca llena para tomarse unos momentos en pensar una respuesta.

—No nos vemos todo lo que quisiéramos —dijo al fin—. Ella no

puede abandonar el rodaje y yo estoy siempre viajando de un lado a otro.

—Leí que era actriz. ¿Hace películas o...?

Julian negó con la cabeza y sonrió; lo cierto era que no había pensado mucho en Maggie desde que Miriam entró en su vida y aquello estaba mal..., ¿no?

—Trabaja en una serie de televisión. Ya sabes..., chica conoce chico en la base militar en la que trabajan, chica descubre comportamiento extraño en chico, chico resulta ser un extraterrestre venido de otro planeta...

Miriam abrió mucho la boca a

causa de la impresión, boqueando como un pez fuera del agua. Su expresión hizo reír a Julian, que casi se atraganta con la cena.

—¡No fastidies!

—Y además está siendo un fenómeno en Estados Unidos. Esta semana está en París en una convención sobre series de ficción.

—Joder... Debe de ser muy buena.

—Todos luchamos por lo que queremos, ¿no es así? —Después de darle un trago a su copa, Julian miró a Miriam directamente a los ojos y le dijo —: Lo has hecho muy bien hoy.

Miriam bajó la mirada, ruborizada, y se centró en remover los espaguetis con el tenedor.

—No es cierto. Yo... no soy profesional, me sentía violenta y...

—Has estado fantástica —le aseguró él, colocándole una mano sobre la rodilla—. Y me has hecho sentir muy cómodo.

Ella le lanzó una tímida sonrisa.

Acabaron de cenar en silencio, siendo muy conscientes de la presencia del otro a escasos palmos de distancia. Por la cabeza de Miriam no hacía más que dar vueltas una pregunta un tanto inconveniente, pero si no la formulaba sabía que no iba a conseguir dormir en toda la noche. Así que al final se lanzó.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —  
Cuando Julian asintió tras el fino cristal

de la copa que se había llevado a los labios, Miriam respiró hondo—. ¿Me has dado un repaso cuando me quitaste el sujetador?

Julian estuvo a punto de escupir el vino.

—Vamos, no te pongas así. — Miriam se acercó y le dio unas palmaditas en la espalda—. Solo tengo curiosidad.

—¿Curiosidad por saber si te he mirado los... —su voz de barítono se volvió ligeramente aguda cuando lo dijo — los pechos mientras nos fotografiaban?

—Bueno, yo normalmente los llamo tetas. Pero sí, es lo que te he preguntado. ¿Les has echado un vistazo?

Visiblemente contrariado y algo nervioso, Julian se pasó una mano por el rostro para asimilar su pregunta. ¿Qué le decía? ¿Que se había comportado como todo un caballero y no había mirado ni siquiera un poquito? Él odiaba la mentira, por supuesto que la había mirado. ¿Cómo no hacerlo? Miriam estaba tan nerviosa, tan guapa entre sus brazos que...

—Estabas pegada a mi pecho —acabó por decir—. Y aunque no hubiera mirado, yo...

—¡Ajá! —Miriam lo señaló con un dedo y dio saltitos en el sofá—. Así que lo admites, ¿eh? Genial, porque yo sí que te he dado algún que otro repaso. ¡Y

no intentes hacerme sentir culpable! Tú mejor que nadie sabes cuál es tu potencial.

Divertido, Julian se dejó caer contra los cojines del sofá, apoyando la mejilla mientras la miraba a ella. Daba la impresión de ser una niña que acabara de ganarle en algún tipo de juego y aquello le ablandó el corazón y..., bueno, también le hizo cosquillas en otra parte de su anatomía.

—¿Y tú? —le preguntó él—. ¿Sabes cuál es el tuyo?

Miriam sintió cómo el color subía por sus mejillas. Sabía que Julian era consciente de su rubor y se preguntó si no le había preguntado aquello aposta para provocarla.



—Soy una chica normal. No me maquillo cuando estoy en casa, me gusta comer hamburguesas y pringarme con ellas, odio las dietas y suelo ocupar toda la cama cuando duermo. —Le sonrió—. Apuesto a que tú no te mueves de tu lado de la cama y que apenas la destrozas.

—Depende de quién esté a mi lado —le susurró él

—Pervertido... —Entre risitas nerviosas, Miriam se apartó el pelo hacia atrás, haciéndole ver que el tema de la conversación no la perturbaba—. A ver: ¿postura favorita?

—¿Qué? —Julian reía—. No puedo contestarte a eso.

—Oh, claro que puedes. Déjame

adivinar... —Y dedicándole una sonrisa de niña traviesa se atrevió a decir—: Estoy segura que es la del perrito.

—A todo el mundo le gusta la postura del perrito. ¿Cuál es la tuya?

Miriam pareció pensárselo durante unos segundos. Sin darse cuenta había estirado las piernas sobre las de Julian mientras charlaban y ahora las manos de él descansaban sobre sus muslos. La piel le ardía allá donde él la tocaba.

—¿Qué más da la postura mientras él sea buen amante?

—Buena respuesta —le susurró Julian—. ¿Cómo es que hemos terminado hablando de sexo?

Ella se encogió de hombros.

—Yo creo que el sexo está en todas

partes. Fíjate en nosotros hoy; me he medio desnudado delante de ti y han hecho que me sentara a horcajadas sobre tu paquete como si estuviéramos...

Julian le sostuvo las piernas y tiró de ellas hasta que Miriam acabó deslizándose por el sofá y estuvo sentada en su regazo. Se estremeció de pies a cabeza cuando la nariz de Julian le acarició un costado del cuello, y su cálido aliento al hablar casi la hace derretirse encima de él.

—Como si estuviéramos ¿qué?

Miriam tuvo que morderse los labios para ahogar el jadeo que salía de su garganta cuando los labios masculinos se posaron bajo su oreja. No

podía creerse que la lengua de Julian estuviera jugueteando con el lóbulo de su oreja cuando hasta hacía un par de minutos se había comportado como el perfecto caballero que en realidad era. Se había vuelto completamente loco, pero no sería ella quien se lo hiciera ver. La música había cambiado y ahora una sensual voz cantaba en consonancia al erótico momento que estaban viviendo encima del sofá.

—Julian... —En un arrebato de lucidez, Miriam trató de hacerle ver lo que estaban haciendo—. ¿Qué estás...?

Las manos de él fueron más rápidas. La sujetó de la nuca mientras se la colocaba a horcajadas y su boca hambrienta se apoderaba de la de ella en

un beso abrasador, todo al mismo tiempo. A Miriam nunca la habían besado de aquel modo, como si el mundo estuviera a punto de acabarse dentro de su boca. Julian separó sus labios con los suyos y ella tuvo el tiempo justo para soltar un jadeo antes de que él le enredara la lengua. Aquel hombre la consumía con sus besos ardientes, pensaba comérsela viva a juzgar por las ansias con la que le abría la boca en un violento asalto de besos.

—Julian...

Pronunció su nombre en un gemido cuando él dio una tregua a sus labios hinchados y pasó a deslizarle la lengua por el cuello, pasando por el cuello

hasta el hombro que el jersey dejaba al descubierto. Le enredó los dedos en el pelo cuando Julian cerró la mano sobre su pecho y lo apretó hasta que ella volvió a gemir su nombre. Bajo su cuerpo, Miriam podía sentir la abultada bragueta de Julian, y no era que este se contentara con permanecer quieto. Cuando volvió a introducirle la lengua en la boca, Julian levantó la pelvis de forma brusca y acabó por dejarla tumbada de espaldas contra el sofá, con las piernas bien separadas y él encima. La pasión desatada dio paso a la urgencia y Miriam buscó con los dedos los botones que cerraban el grueso jersey de él; sin embargo, Julian no era tan paciente en el sexo, y él mismo

acabó por sacárselo por la cabeza.

—Por fin... —susurró ella.

Pudo dejar vagar sus dedos sobre el amplio y duro pecho de Julian y explorarlo a placer mientras él se entretenía en dejarle la marca de sus besos en un lateral del cuello. Había soñado con hacer eso desde la primera noche que durmió bajo su techo y ahora por fin estaba cumpliendo con sus fantasías.

Julian le levantó los brazos por encima de la cabeza y le arrancó de un tirón el holgado suéter que llevaba. Cuando su estómago y sus pechos quedaron en contacto con la piel de él, Miriam gimió de deseo. Julian mecía sus

caderas contra las de ella, encajado entre sus piernas, que levantaba a placer para que la fricción fuera mayor. La estaba volviendo loca, eso estaba claro. Además, la costura de sus pantalones abultada por la potente erección incidía directamente en su entrepierna y el hinchado botón de entre los pliegues íntimos de su cuerpo gritaba de placer cada vez que Julian se movía entre sus muslos. Borracha de placer y de deseo, Miriam llevó las manos hasta las nalgas cubiertas de él y apretó con fuerza al mismo tiempo que levantaba las caderas.

El orgasmo que le sobrevino fue inevitable y arrasador. Ni siquiera hubiera podido pararlo de haberlo



intentado. Julian sabía lo que se hacía, y el deseo que Miriam sentía por él era tan arrollador que había acabado corriéndose cuando ni siquiera habían empezado a meterse mano. Él la sintió tensarse primero contra su cuerpo para relajarse segundos después, aún con su lengua en la boca. El orgasmo de Miriam le devolvió la cordura que había perdido cuando se imaginó haciendo el amor con ella.

Alzándose en sus duros brazos, Julian la miró a los ojos. Los dos jadeaban y sus pechos se rozaban con cada bocanada de aire que tomaban. Miriam tenía un cuerpo precioso, con una piel tan blanca que le hacía parecer

a él un criollo de las Indias. Era perfecta, era... La magnitud de su propio deseo lo asustó, y acabó por apartarse de encima.

—Yo... —empezó a decir, mientras recuperaba su jersey del suelo y le tendía a Miriam el suyo—. Esto no debería haber pasado. Es un error, es...

—Tranquilo.

La voz susurrada de ella le hizo apartar las manos que se había llevado a la cabeza para poder mirarla. Miriam había vuelto a vestirse y trataba sin mucho éxito de colocarse el amplio cuello del suéter para que no quedara piel al descubierto. Su gesto le produjo una inmensa ternura y el deseo insatisfecho lo frustró.

—Ha sido culpa mía. No volverá a pasar.

Levantándose del sofá, Miriam hizo de tripas corazón para lanzarle una tímida sonrisa antes de subir a su habitación.

—Buenas noches, Julian.

Por suerte para ella, las lágrimas no comenzaron a caer de sus ojos hasta que estuvo a salvo tras la puerta del dormitorio. No sabía qué le dolía más: si el hecho de que él la hubiera rechazado porque la deseaba y estaba comprometido o porque había sentido lástima por ella y se había dejado llevar en un arrebato por consolarla. ¿Cómo podría volver a mirarlo a la cara

después de lo que casi habían hecho?

Antes de que su cabeza empezara a idear mil y una formas de aparentar que nada había sucedido, su teléfono móvil comenzó a vibrar sobre la mesilla de noche.

—¿Sí? ¿Hola?

—¡Miriam! —La animada voz parecía alegrarse de volver a escucharla —. Soy Daniel, el tío del pub. Apuesto a que ya no te acuerdas de mí.

Sentándose en la cama antes de que las rodillas la traicionaran, Miriam recordó al camarero de The White Lion que había conocido unos días atrás.

—Daniel, sí. Por supuesto. —Intentó sonar lo más serena posible—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Más bien dirás en qué puedo ayudarte yo a ti. ¡Te he encontrado un trabajo en el pub!

—¿En serio?

—¿Puedes estar aquí mañana? Te lo contaré todo mientras te invito a una cerveza.

Bueno, pensó Miriam, al menos había algo que le salía bien...

## EVASIÓN O VICTORIA

*Como oficial y como caballero, está obligado a concederme una posibilidad de ganar.*

Cuando el despertador del móvil sonó a la mañana siguiente, Miriam deseó que la tierra se abriera bajo sus pies y se la tragase, con cama incluida. No había pegado ojo en toda la noche, y ya estaba amaneciendo cuando consiguió quedarse

dormida. No habían pasado más de un par de horas desde entonces. Cada vez que recordaba lo que había sucedido la noche anterior sentía tal bochorno que no podía resistir el impulso de meterse bajo las mantas. ¡Por Dios! ¿En qué estaba pensando? Acostarse con Julian no iba a traerle más que problemas; él tenía novia y además estaban obligados a convivir bajo el mismo techo al menos hasta que ella encontrara otro sitio donde quedarse, si es que Julian no la echaba de casa en cuanto se vieran las caras, claro.

Mientras se arrastraba fuera de la cama tal y como haría un gusano, Miriam llegó a la conclusión de que ambos habían perdido la cabeza la

pasada noche. Se habían dejado llevar por la intimidad que compartieron durante la sesión de fotos; eso, sumado al vino, las confidencias susurradas y la música de Smokey Robinson cantando el «*Ooh, baby, baby*», los había llevado a besarse como locos encima del sofá y a arrancarse la ropa como dos animales. Su mente estaba empeñada en hacerla recordar el tacto de la piel del torso de Julian bajo sus dedos y Miriam sentía un cosquilleo en su entrepierna que la hacía estremecer de pies a cabeza. Podían haberlo dejado en un simple calentón al que no dar mayor importancia si ella no hubiera alcanzado el clímax.



Miriam no quería ni mirarse al espejo antes de salir de la habitación. Se había comportado como una chiquilla y había quedado en evidencia delante — más bien debajo, a decir verdad— de Julian. Sopesó la idea de colocarse una bolsa sobre la cabeza mientras bajaba las escaleras. A ella, que era una chica extrovertida y que siempre hacía frente a sus problemas, le daba una vergüenza enorme tener que ver a Julian después de su... encuentro íntimo.

Pero la casa estaba en un absoluto silencio, como pudo comprobar cuando sus pies la llevaron al salón. No se escuchaba la habitual música de los años 60 que Julian solía escuchar por

las mañanas mientras preparaba el desayuno. Tampoco oía a café recién hecho ni se oía el sonido de sus pasos en la cocina. Tal vez Julian siguiera durmiendo en su habitación, pensó. Podía ser que él estuviera tan abochornado como ella y no se sintiese preparado para hacer frente al nuevo día si sabía que Miriam aún estaba en casa. A lo mejor esperaba a que ella se marchase para salir del dormitorio, así los dos tendrían un poco más de tiempo para pensar cómo actuar con el otro.

Pero Julian tampoco estaba en la cocina, y en lugar de encontrarse con una humeante taza de café sobre la encimera de la isla, Miriam vio una nota firmada con la elegante caligrafía de

Julian que decía:

*«Estaré fuera todo el fin de semana. Eso nos dará tiempo para pensar en lo que ha ocurrido. Pero, por favor, te ruego que no hagas ninguna locura de la que después los dos tengamos que arrepentirnos.*

*»Espero regresar a casa y ver que sigues aquí. Tenemos que hablar, Miriam.*

*»Te veo en unos días.*

*Julian».*

—¡Será cretino!

Miriam arrugó el papel en un puño y luego lo arrojó al suelo, tras lo cual no dudó en pisotear la nota. Se había estado machacando a sí misma por ser una cobarde y ahora resultaba que el cobarde era Julian, que se había marchado sin tan siquiera despedirse. ¡La iba a oír! Y encima tenía la cara dura de usar toda esa palabrería de *gentleman* para quedar bien. ¡Como si fuera Paul Newman! Pues no pensaba ponerle las cosas fáciles, no señor. Y no se iba del apartamento porque no tenía otro lugar adonde ir, que si no...

Resoplando, frustrada, cogió su bufanda y el abrigo y se marchó de allí

sin molestarse en cerrar la puerta con llave.

—Que se joda —murmuró, mientras la fina llovizna londinense caía sobre ella—. Si alguien entra y estropea su carísima colección de zapatos, no es culpa mía.

¿Cómo se le ocurría largarse así? Después de lo que habían compartido, al menos ella se merecía que la rechazaran en su cara y no marchándose a la francesa. Que fuera tan condenadamente guapo y tuviera la cabeza tan bien amueblada no le daba derecho a dejarla tirada. Aunque igual, como modelo de éxito que era, tenía algún compromiso en algún lugar del mundo, ¿no?

—Y una mierda —gruñó Miriam.

No iba a excusar su comportamiento. Julian era un tío, uno comprometido además, que estuvo a punto de hacerle el amor y, como todo hombre, se había cagado en los pantalones al darse cuenta de lo que casi había hecho y de que su novia estaba en la otra punta del Atlántico. Desde luego, Miriam no podía tener peor mala suerte. Julian era el primer hombre en el que se fijaba después de su última —y única— relación fallida, aunque, claro... Era inevitable poner la atención en el modelo si eras mujer heterosexual o gay.

Mientras viajaba en el metro, Miriam empezaba a pensar que había sido una muy mala idea decidir

marcharse a Inglaterra. Sin trabajo, sin un sitio donde poder quedarse y con un hombre que estaba a punto de volverla loca. ¿Dónde estaba la cámara oculta? Al menos esperaba que Daniel tuviera buenas noticias que darle y que no se tratara de una broma eso de que tenía un trabajo para ella.

El vivaz camarero la recibió con la enorme sonrisa con la que Miriam lo recordaba cuando cruzó la puerta de The White Lion, y casi consiguió que se olvidara de todos sus problemas. Daniel era algo así como el chico que todas necesitamos cuando tenemos un día gris. «Ponga un Daniel en su vida», diría su anuncio promocional. Miriam sin duda lo compraría.

—Vaya, parece que alguien no ha dormido muy bien esta noche.

El pub estaba bastante tranquilo a esa hora de la mañana, y Miriam incluso pudo elegir taburete en el que sentarse. Mientras se desenrollaba la bufanda del cuello recordó que no se había maquillado, así que las ojeras debían de llegarle a los pies.

—¿Me pones un café? —le susurró, con voz suplicante.

Daniel asintió y mientras se giraba para prepararle un café cargado, Miriam no pudo evitar fijarse en su bonito trasero enfundado en los pantalones negros del uniforme. Era un chico muy guapo: el típico inglés que toda



española imagina, rubio y de ojos azules, pero simpático y extrovertido.

Cuando Daniel dejó la taza frente a ella, Miriam sonrió al ver el dibujo de una carita sonriente en la espuma de su café.

—Oh..., ¿por qué lo has hecho? Ahora me dará pena beberme el café.

Daniel rio. Tenía una de esas sonrisas roncadas que ella encontraba de lo más sexis en los hombres y que a la vez resultan contagiosas para quien las contemplara. Tuvo el efecto esperado, puesto que Miriam sonrió.

—Estuviste de fiesta anoche, ¿eh?

Miriam casi se escaldó la lengua cuando dio el primer sorbo. A Daniel le pareció que estaba a punto de alzar el

vuelo con los incesantes aleteos de sus manos.

—Quemaaa...

—¿Todos los españoles sois igual de impacientes?

Tomando el trapo que se había colocado sobre el hombro derecho, Daniel se apoyó en la barra para limpiarle a Miriam la espuma que se le había quedado sobre el labio inferior.

—Gracias —le susurró ella, de pronto cohibida.

—¿Y bien? ¿De resaca?

Miriam resopló.

—Teniendo en cuenta que no sé moverme por Londres sin un mapa, diría que mis posibilidades de salir de

marcha son bastante escasas. No he pegado ojo en toda la noche.

—No me digas más. Es por un hombre.

Ella se lo quedó mirando con una ceja levantada. Se sujetó a la barra y dejó caer la espalda hacia atrás; en el colegio le habían dicho un millón de veces que no se sostuviera sobre dos de las patas de la silla, pero Miriam siempre hacía oídos sordos. Era una vieja costumbre, y ahora se tambaleaba en dos patas de las cuatro que tenía el taburete en el que estaba sentada.

—¿Y tú cómo lo sabes?

Daniel se encogió de hombros.

—Cuando trabajas detrás de una barra aprendes a conocer a las personas

—respondió sin más—. ¿Un novio, tal vez?

—Nada de novios —negó ella—. No, es... —¿Cómo demonios le explicaba lo de Julian?—. Es mi compañero de piso —le dijo al final.

—Creí que era una chica. ¿Y? ¿Qué pasa con él?

Miriam resopló.

—Bueno... —Otro nuevo carraspeo. «¡Genial!», pensó. Daniel creería que tenía una bola de pelo en la garganta—. Es un chico muy guapo, pero digamos que está algo comprometido. Y anoche... Nosotros casi...

El silbido de Daniel la interrumpió, y ella lo agradeció dando un trago a su

café.

—Complicado, sí.

—¡Dímelo a mí!

—¿Y qué piensas hacer? ¿Has podido hablar con él ya o estáis en esa fase de evitaros a toda costa?

Ella lo miró con una de sus cejas arqueadas. Definitivamente, todos los hombres seguían un mismo patrón.

—Si te digo la verdad, se ha largado y no volverá hasta pasado el fin de semana.

—Bueno, míralo por el lado positivo: así tienes más tiempo para pensar qué le dirás mientras sirves pintas de cerveza y kilos y kilos de *fish and chips* a los turistas.

—Espera, ¿qué?

Miriam se incorporó de golpe y casi dejó caer el taburete cuando se alzó sobre la barra del bar. Daniel no podía más que reír al ver el entusiasmo de la joven; los ojos le brillaban y no de preocupación como cuando había entrado en el pub. Podía darse unas palmaditas en la espalda, se dijo, pues había hecho un buen trabajo: conseguir hacer reír a la española.

—Te dije que te había conseguido un trabajo.

—¡Pensé que estabas de broma!  
¡No puedo creerlo!

Impulsándose con sus brazos, Miriam se inclinó sobre la barra y le plantó un beso en la mejilla.

—Al final los ingleses acabaráis por caerme bien y todo. ¿Qué tengo que hacer?

—Pues...

Daniel se desató los lazos del mandil que llevaba en la cintura, salió de detrás de la barra y se lo tendió a Miriam.

—Empieza tu turno. Date la vuelta.  
—Perpleja, Miriam hizo lo que le pedía y él la rodeó con los brazos y comenzó a anudarle el mandil—. Primera norma: los clientes son clientes, no amigos. Si quieren charlar, dales conversación, pero solo la justa. Por más que te supliquen tu teléfono, ni se te ocurra dárselo.

—No nací ayer —se quejó Miriam.

Daniel sonrió tras su espalda, cerca de su sien.

—Segunda norma: tu sitio está detrás de la barra. Las mesas no se recogen solas, pero espera a que el local esté tranquilo o de lo contrario algún listillo se te colará tras el mostrador.

—Entendido. ¿Algo más?

—La mayoría de los clientes son turistas, últimamente tenemos muchos españoles —le sonrió—, y casi siempre piden lo mismo. No tendrás problemas.

—¿Y tengo turnos o algo así?

Daniel la rodeó para sentarse frente a ella. Volvió a sonreírle.

—Tu turno empieza ahora. Estarás



por las mañanas porque es mucho más tranquilo para una novata. Yo te haré el relevo por la tarde y cuando haya partido en la tele estaremos los dos.

Miriam asintió, concentrada en retener toda la información.

—¿Eso es todo?

—Una cosa más. —Ella cruzó los brazos a la altura del pecho, expectante. A Daniel le pareció divertido y usó los dedos para levantarle a ella las comisuras de los labios—. No dejes de sonreír. Estás muy guapa cuando sonrías.

—¡Piérdete!

Los dos se rieron.

Después de que Daniel le dejara cerca la lista de precios para que

Miriam pudiera memorizarlos, de que le enseñara el funcionamiento de la máquina de cafés y de la caja registradora y le pasara el contrato que había guardado para que ella pudiera repasarlo antes de firmar, Miriam se vio sola haciendo frente al pub en su primer día de trabajo.

¡Por fin la aventura comenzaba!

## OLVÍDATE DE PARÍS

—*Lo pasamos bien en París.*

—*Olvídate de París.*

—*¿Olvidarme de París?*

*¿Cómo puedes olvidar el mejor fin de semana de tu vida?*

—*Tal vez eso es lo que fuimos. Tan solo un fin de semana.*

Todo el mundo dice que París es la

ciudad del amor.

—¡Y un cuerno!

Eso era justo lo que opinaba Julian. Se había encerrado en el cuarto de baño de la bonita suite que ocupaba en la capital francesa. Probablemente fuera la habitación de hotel más espaciosa en la que se hubiera hospedado nunca, y tenía unos enormes ventanales dignos de película que ofrecían una preciosa vista de los Campos Elíseos y la Torre Eiffel, pero ni siquiera eso, ni tampoco el romanticismo que le ofrecía el atardecer en la ciudad habían conseguido que Julian cumpliera con su deber como hombre.

Hacia unas cuantas horas pensó que sería una buena idea alejarse de Londres

—y de Miriam— durante unos días. Si se marchaba, podía matar dos pájaros de un tiro: por un lado, ponía tierra de por medio y ganaba tiempo antes de hablar con la española y, por otro, le daba una sorpresa a su novia. Maggie estaba pasando una semana en París, yendo de convención en convención, haciendo entrevistas y posando para alguna revista adolescente como parte de la promoción de la nueva temporada de la serie americana en la que trabajaba; era el momento perfecto para sorprenderla con una visita y reavivar la llama de la pasión que en los últimos meses había menguado de manera considerable. Los dos tenían unos trabajos muy

absorbentes a los que dedicaban la mayor parte de su tiempo, y encontrándose en diferentes continentes resultaba muy difícil sacar una relación adelante. Era comprensible que a veces surgieran... dudas.

Eso pensaba Julian que había sido su momento apasionado con Miriam. Tan solo un momento de duda. Durante el vuelo a Francia, se había convencido de que casi se había acostado con Miriam como fruto de la ausencia de su chica. Echaba de menos a Maggie, y, bueno, él tenía sus necesidades. Jamás en su vida le había sido infiel a una mujer, y no iba a empezar a faltar a su honor justo ahora. Así que después de recoger algo de ropa y algunos objetos

personales, se marchó al aeropuerto para demostrarse a sí mismo que era un hombre enamorado y que solo necesitaba a su novia, que para él no existía ninguna otra mujer.

No contaba con que sería tan difícil ver a Maggie. Cuando llegó al hotel en el que ella se hospedaba, la chica de recepción le informó de que la señorita Dawson no se encontraba en la habitación, pero que podía dejarle un mensaje que se le entregaría más tarde cuando ella regresara. A pesar de sus modales educados, no era el mejor día de Julian, y aunque se hubiera despedido con un escueto «*Merci*», la chica se lo comió con los ojos igualmente. ¿Quién

podía culparla?

Intentó contactar con Maggie a través del teléfono móvil, pero, a la tercera llamada sin responder, Julian se dio por vencido y acabó por esperar a que llegara la noche mientras se paseaba por París.

Finalmente, no tuvo que esperar tanto. Estaba sentado en el *hall* del hotel en el momento en que Maggie apareció, y cuando los ojos azules de la chica lo vieron, la actriz gritó su nombre y se lanzó directa contra su pecho. Lo que vino después fue una sucesión de besos con lengua y enredo de brazos y piernas en una lucha por entrar en el ascensor y llegar cuanto antes a la cama. Eso era justamente lo que Julian necesitaba, un



revolcón con su novia, a la que quería, para olvidarse del resto del mundo.

Todo iba genial hasta que... lo que tenía que volverse duro y elevarse como un mástil no subía, y, por más que le insistiera, su aparatito se negaba a obedecer órdenes. Adiós, calentón; adiós, polvo de reafirmación.

—¡Joder!

Al levantarse de la cama se le enredó un pie entre las sábanas y a punto estuvo de caerse de bruces de camino al baño.

—Julian, espera. ¡Oye!

Maggie lo estaba llamando desde la cama, completamente desnuda e intentando cubrirse el pecho con la

sábana, pero Julian se negaba a escucharla. Acababa de tener el primer gatillazo de su vida, y todo porque no tenía la cabeza centrada en lo que debía.

Julian colocó las manos sobre la encimera de frío mármol del lavabo y dejó caer la cabeza entre los brazos. Estaba completamente desnudo, y el frío del suelo bajo sus pies descalzos había acabado con cualquier pequeño indicio de erección que pudiera haber tenido. Estaba bien fastidiado. Todo había ido bien al principio; había querido acostarse con Maggie, pero... Julian suspiró. No había podido quitarse de la cabeza la imagen de Miriam, retorciéndose medio desnuda bajo su cuerpo mientras llegaba al orgasmo la

noche anterior.

Cuando volviera a Londres tendría que decidir qué hacer con ella. Era evidente que los dos se deseaban, pero él era un hombre comprometido. Por Dios, ¡tenía novia! Siempre le había gustado estar en pareja. No entendía por qué ahora tenía dudas ni cómo había llegado a afectarle tanto la extravagante española. Ella no era el tipo de mujer que a él le gustaba. A veces resultaba maleducada y molestamente sincera y directa. No se preocupaba por lo que comía, odiaba el deporte y hablaba demasiado alto para su gusto. Pero también era preciosa y le hacía reír y no lo juzgaba por su fama ni le importaban

cuántos ceros tuviera su cuenta corriente.

En palabras de Miriam: estaba bien jodido.

Maggie usó los nudillos para golpear suavemente la puerta del baño y le habló tras ella.

—Julian, sal de una vez. —Su voz era suave, pero no dejaba lugar a dudas de su determinación—. Tampoco ha sido para tanto, ¿sabes? Les pasa a muchos hombres.

Era lo que le faltaba por escuchar. Él no era como el resto de los hombres. No había estado con tantas mujeres como le asignaban las revistas, pero estaba bien seguro de haber dejado sexualmente satisfechas a todas y cada

una de las mujeres que se habían metido en su cama.

Sin molestarse en ocultar su desnudez bajo una toalla, Julian abrió la puerta del baño de manera brusca, y a punto estuvo de arrollar a Maggie cuando salió a la habitación. Ella se había puesto una corta bata de seda negra, estaba despeinada y absolutamente sexy, pero Julian ni siquiera la miró cuando pasó por su lado y rebuscó en su maleta hasta dar con unos pantalones. Se los colocó tal cual, sin nada debajo.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa?

La mirada que él le lanzó fue

glacial.

—¿Que qué me pasa? Acabas de compararme con el resto de hombres y, créeme, yo no soy como el resto.

—Eso ya lo sé, Julian. —Maggie caminó hasta él y dejó que una de sus manos de uñas largas se deslizara por su espalda desnuda—. Solo te digo que lo que te ha pasado es algo natural, nada más.

—A mí jamás me había pasado.

El gruñido con que lo dijo hizo reír a Maggie, que tuvo que morderse los nudillos al ver la dura expresión del rostro de su novio.

—Para todo hay una primera vez, querido. Oh, por el amor de Dios. Deja de hacer una montaña de un grano de

arena, Julian. Estarás cansado, nada más.

Él resopló y se dejó caer de espaldas sobre la cama deshecha. Maggie aprovechó que se había relajado para sentarse a horcajadas sobre sus caderas y comenzó a deslizar las uñas alrededor de las morenas tetillas hasta que sonrió, satisfecha, cuando Julian encogió el estómago.

—Me ha encantado que te presentaras sin avisar, ¿sabes?

Él levantó la cabeza para verla y una sonrisa apareció en sus labios.

—¿De verdad?

—Mucho —le confirmó ella—. Te echo de menos, Julian.

Julian suspiró y volvió a dejar caer la cabeza sobre la cama.

—Y yo a ti, nena. Ha sido una semana complicada, nada más.

—Cuéntame.

¿Se lo decía? Teóricamente, la suya con Maggie era una relación seria donde no había cabida para los secretos, pero si mencionaba a Miriam no estaba seguro de cómo se lo tomaría su chica.

En lugar de decir completamente la verdad, Julian se decantó por una versión resumida.

—Nos falló un modelo en una sesión y tuvimos que improvisar. Me ha llegado el primer borrador de un guion para una serie y...



—¿En serio? —Maggie dio saltitos encima de él y Julian temió por su pene —. ¡Eso es estupendo! ¿Qué tal es?

—Tiene potencial. Es todo un poco difícil y además...

Maggie se lo quedó mirando con una ceja levantada.

—Además... —lo animó.

—Prométeme que no te enfadarás.

—Si me dices eso antes de empezar es que voy a enfadarme. Suéltalo.

Él pensó que si lo decía muy deprisa el golpe sería menor.

—He conocido a una chica y está viviendo en mi casa.

—¡¿Cómo?!

Error. No había sido una buena

elección de palabras por su parte.

Maggie se apartó de encima y se lo quedó mirando de pie junto a la cama, con los brazos colocados en las caderas.

—Déjame terminar. —Y Julian le explicó cómo había conocido a Miriam y por qué ahora vivía en su casa. En realidad se lo contó todo, menos el último encuentro que habían tenido—. No podía dejarla tirada, Mag.

—Eres... eres...

Julian cerró los ojos anticipándose a la bofetada que estaba a punto de propinarle Maggie, pero esta nunca llegó. En su lugar, su chica le tomó las mejillas entre las manos y le plantó un beso en la boca.

—Eres el hombre más bueno y

generoso que he conocido nunca.

—¿Ah, sí?

En realidad era un miserable que se había guardado para sí la parte en la que casi se acuesta con la chica cuando se dejó llevar por el deseo que Miriam le despertaba. Tal vez todo estuviera mejor así y nadie salía herido, porque en realidad no había llegado a pasar nada.

—Dime, ¿qué haríamos las mujeres sin ti, um?

Julian dejó caer los párpados y sonrió tímidamente. Luego dejó que su chica tirara de él hasta levantarlo de la cama y volviera a besarlo hasta que los dos estuvieron sin aliento.

—Me alegro por esa chica, en

serio. Pero ahora eres todo mío. —Le sonrió.

—¿Y qué piensas hacer conmigo durante el fin de semana?

—Pues déjame pensar... Ahora que se te ha pasado el mal humor a lo mejor podemos salir a cenar. ¿Qué te parece?

—Me parece que soy un tipo con suerte.

## CUENTA CONMIGO

*A veces, los amigos entran y salen de la vida de uno como camareros en un bar.*

Resultó que Daniel tenía razón, y desde que Miriam empezó a trabajar en el pub se pasaba la mayor parte del tiempo hablando español con los turistas que se acercaban al local atraídos por su pintoresca fachada. Cuando un español piensa en un típico pub inglés, lo

primero que se le viene a la cabeza es una iluminación suave, música de fondo, suelo de madera oscura y un robusto tipo con barba sentado en una esquina bebiendo cerveza negra. Eso era justo lo que ofrecía The White Lion.

Miriam estaba encantada con su nuevo trabajo. Una vez en verano, durante unas vacaciones en familia en la costa mediterránea, le ofrecieron trabajar como camarera en un chiringuito de playa durante un par de semanas, pero aquello no era lo mismo que servir pintas de cerveza mientras mejoraba su inglés. Apenas tenía tiempo para permitirse pensar en Julian, y lo agradecía infinitamente. Hacía dos días que se había marchado y desde entonces

no había tenido noticias suyas, lo que le había dado tiempo a ella para serenarse.

El sábado la actividad en el pub se multiplicó por diez, y es que, dada su cercanía al mercado de Covent Garden, a los turistas había que sumarles la población local, y el pub estaba hasta los topes desde una hora bien temprana, así que Miriam tuvo que llamar a Daniel para pedir refuerzos. Estaba aprendiendo mucho gracias a él y el chico era un encanto que siempre estaba tratando de hacerla sonreír y facilitándole mucho las cosas cada vez que a ella se le atragantaba el inglés.

Aquel día, en cambio, apenas pudieron cruzar un saludo cuando Daniel

apareció. Miriam no tenía ni idea de cuántas cervezas había servido cuando acabó su turno ni a cuántos compatriotas había saludado, pero cuando Daniel y ella se quitaron el mandil para darles el relevo a los dos compañeros que cubrirían el turno de noche se sentía felizmente agotada.

—Madre mía, ¿siempre es así?

Miriam agradeció la bofetada de aire frío que le golpeó el rostro cuando salieron al exterior, pero, aun así, se subió el cuello del abrigo rojo que llevaba y se arrebujo en la bufanda calentita que llevaba al cuello.

—Hoy ha sido un buen día —le contestó Daniel con una sonrisa. Él todavía no se había puesto la chaqueta, y



Miriam se preguntó cómo era que no se congelaba a pesar de su poca masa muscular—. Y es por ti, chica española. Creo que se ha corrido la voz y todos los hispanoparlantes vienen ahora a saludarte.

Miriam bufó y empujó suavemente a Daniel, dándole un golpecito en el brazo. Anda, ¡pues sí!, eso fue lo que pensó Miriam cuando notó el bíceps desarrollado de Daniel a través de la camiseta de manga larga que llevaba. Por lo visto, el chico engañaba.

—Estás exagerando.

—Lo digo completamente en serio.

—Daniel le guiñó un ojo—. Dame un minuto, ¿quieres?

Miriam vio cómo sacaba un cartel de la mochila que Daniel siempre llevaba consigo y apuntaba un número de teléfono bajo el anuncio. Luego lo pegó en la fachada del pub.

—¿Qué es eso?

—Esto es lo que se conoce como un anuncio.

Miriam puso los ojos en blanco.

—No estoy ciega, ¿sabes? Y sé leer.

Él se puso a reír, enseñándole sus dientes blanquísimos. Cuando Daniel se reía le salían unos hoyuelos adorables alrededor de la boca. Ese pensamiento la llevó a recordar las arruguitas que se le formaban a Julian en los ojos

cuando ella le gastaba alguna broma, y se maldijo a sí misma mentalmente. «Olvídate de ese capullo, Miriam».

—Estoy buscando un compañero de piso —le explicó Daniel—. Ya sabes, para compartir gastos y demás. ¿Tú conoces a alguien que pueda estar interesado?

—Acabo de llegar, Daniel.

—Cierto, pregunta gilipollas.

—Aunque...

Miriam no sabía qué sucedería una vez que Julian estuviera de vuelta. A lo mejor él se lo había pensado y se arrepentía de haberle ofrecido su casa; era muy probable que aquello sucediera, teniendo en cuenta lo que casi habían hecho la última noche que pasaron

juntos. Más le valía no cerrarse puertas por si Julian la echaba de casa.

—¿Te importa no decidir nada hasta el lunes? —se atrevió a pedirle—. Ya sabes... Teóricamente el tío con el que vivo vuelve esta semana, y teniendo en cuenta lo que pasó la última vez...

—No sabes si va a darte la patada en el culo y dejarte en la calle. ¿Es eso?

Miriam le dio un pequeño golpe con el puño en ese brazo tan duro que tenía y le sonrió.

—Eres bueno, ¿eh?

Daniel se encogió de hombros.

—Sigue mis consejos, pequeña padawan, y llegarás a convertirte en jedi.

Miriam estalló en carcajadas.

—Vale, maestro Yoda. Y ahora llévame a algún sitio donde sirvan algo rico y calentito. ¡Me muero de hambre!

No existe prácticamente nada que no se pueda encontrar en Covent Garden. Tanto si se busca alguna antigüedad como las creaciones de un artista emergente o si solo pretendes comprar un ramo de flores para tu pareja, sin duda aquel era el lugar indicado. Alrededor de la plaza cuadrangular se congregaban además montones de tiendas de lo más variadas, desde pequeñas *boutiques*, pasando por antiguas tabaqueras, hasta llegar a la zona de restauración. Al reparar en las

mejillas rojas de frío que tenía Miriam, Daniel optó por llevarla a una de las creperías con más encanto de todo Londres.

El Crème de la Crêpe parecía sacado de una serie americana para chicas, estilo *Gossip Girl*. Decorado con tonos blancos, rosas y marrones y dibujos de mariposas en las paredes, se podía decir que era demasiado femenino para un tipo como Daniel. Todo lo contrario, él se movía como pez en el agua, y ya que conocía a una de las chicas que trabajaban en el local, se aseguró de acomodar a Miriam en la mejor mesa con vistas a la plaza.

—Bueno, ¿qué te apetece?

—¿Estás de broma?

Miriam tenía los ojos tan abiertos que Daniel temió que se salieran de su sitio y terminaran sobre la mesa antes de que ella hubiera terminado de leer la carta. Todo tenía una pinta deliciosa, y no sabía si optar por una simple *crêpe* con Nutella o tomar una porción de tarta. Si se la servían tal y como aparecía en la fotografía, Miriam lloraría de placer.

—Pediría un poco de cada si supiera que me lo voy a acabar.

Daniel se puso a reír. Era un chico vivaz, pero con Miriam era muy fácil pasárselo bien; ella hacía las cosas fáciles y no era como el resto de chicas que había conocido, que se dedicaban siempre a hacer complicadas las

relaciones. Con Miriam sabía que no sería así. Por eso le gustaba tanto.

—Me gusta que digas eso. La mayoría de las chicas estarían contando las calorías de cada postre. O directamente me hubieran dado una bofetada por traerlas a un sitio como este.

—Pues estás de suerte conmigo. Pienso ponerme las botas, colega.

Eso último lo dijo en castellano, y a Daniel le encantó.

Al final se decantó por un postre que llevaba por nombre «Cheeky Cow», o, lo que es lo mismo, «Vaca fresca». Se trataba de una *crêpe* enorme con Nutella y doble crema de vainilla acompañada de un zumo de melón, sandía, mango y



manzana. Daniel pidió el mismo zumo que ella, pero su postre era mucho más *light*: un trocito de tarta de limón con azúcar.

—¿Tienes miedo de que al salir por la puerta no quepamos los dos y por eso te has pedido esa cursilada?

A Daniel se le subió el zumo que tenía en la boca y un poco se le escapó por la nariz. Al verlo, Miriam tuvo que taparse la boca con una servilleta para no escupirle un trozo de *crêpe*.

—¡Serás gorrino! ¡No puedo creer que hayas hecho eso!

Le pasó una servilleta y, al final, los dos acabaron riendo como dos críos.

—Oye, y hablando de ese tío... —

Daniel se aclaró la garganta y se puso todo lo serio que pudo—. ¿Qué vas a hacer?

Miriam suspiró. Apoyó los codos en la mesa y la barbilla sobre las manos.

—No tengo ni idea. Es que ni siquiera sé de qué humor va a estar después de que nosotros...

—Ya...

—¡Y es frustrante! —continuó ella—. Porque él parecía tan receptivo como yo, pero luego se larga así, sin más, sin molestarse en despedirse. Es desesperante. —Resopló.

—Te gusta, ¿verdad?

Ella se lo quedó mirando.

—¿Por qué dices eso?

Daniel se encogió de hombros y

apartó a un lado el plato.

—Si no fuera así no estarías tan enfadada ni te alterarías tanto.

—No estoy alterada. —Lo dijo poniendo morritos y dejándose caer hacia atrás en el asiento.

Daniel la encontró adorable, y no pudo más que sonreírle a pesar de saber que sus posibilidades con ella disminuían cada vez un poquito más.

—Te gusta —insistió.

—¡Vale, de acuerdo! Sí, me gusta. —Resopló—. Pero no tengo ningún futuro. Él está algo liado y es... es...

—¿Cómo es?

Ella se lo quedó mirando con una de sus bonitas cejas arqueadas.

—¿Estudiaste a los dioses griegos en el instituto? —Daniel asintió—. Pues eso.

El pobre Daniel se reclinó en la silla y silbó. ¿Posibilidades? ¿Es que alguna vez las había tenido?

—A veces las cosas más sencillas son las que nos hacen más felices —acabó diciéndole, y se arrepintió de inmediato—. No pierdas la esperanza.

—Solo lo dices para que me sienta mejor.

—No es solo para que te sientas mejor. —Y, para probarlo, tomó un poco de tarta con el tenedor—. Fíjate en mí, si no. Estoy aquí sentado comiendo una porción de tarta que me encanta con

una chica increíble. Y soy feliz.

Miriam le sonrió y empezó a sentirse visiblemente más animada.

—Eres una persona extraordinaria, Daniel.

—Me apuesto lo que quieras a que no me lo dirías así si estuviéramos en España —la retó.

Un reto es un reto, y Miriam no era de las que se achantan, así que tomó a Daniel de la mano y le dijo:

—Tienes razón. ¿Preparado?

—Soy todo oídos.

—Daniel, ¡eres un tío de puta madre!

Aunque Daniel insistió en acompañarla a casa, Miriam acabó por convencerlo de que no era necesario. La

casa de Julian estaba a unas paradas de metro de distancia y Daniel apenas tenía que caminar un par de calles para llegar a su apartamento. De modo que acabaron por despedirse con una sonrisa y un beso en la mejilla hasta que volvieran a verse el lunes en el pub.

Miriam no era tonta, y sabía que a Daniel ella le gustaba, y no iba a ser tan estúpida como para negar que en otras circunstancias ella le hubiera seguido la corriente hasta acabar medio liados, pero... Maldijo a Julian de camino a casa al menos media docena de veces. ¿Por qué tenía que haberse cruzado en su camino un tipo como él y estar ya pillado? Qué injusta era la vida a veces.

Ella no podía hacer nada más que esperar a que Julian regresara, y más le valía dejar de darle vueltas al tema si no quería volverse aún más loca de lo que ya estaba.

Al acercarse al número 43, la casa de Julian, Miriam se fijó en la sombra que estaba sentada en los escalones de la entrada y sintió un pánico instantáneo. El barrio era muy tranquilo, pero ya era noche cerrada y no se veía ni un alma en la calle, tan solo la misteriosa sombra frente a su casa. ¿Un ladrón? ¿Un violador? Quienquiera que fuese tenía el rostro iluminado por la luz de la pantalla del teléfono móvil que tenía en las manos, pero si no se acercaba un poco más, Miriam no conseguiría averiguar la

identidad del intruso.

Unos pasos más y pudo ver que el intruso era intrusa y que tenía el pelo muy largo y rubio cubierto por un sombrero de lana que la hacía parecer una bellota.

—Una bellota... —susurró.

De inmediato supo de quién se trataba.

—¿Qué demonios estás haciendo tú aquí?

La chica levantó la cabeza y sus grandes ojos claros la miraron sin un atisbo de sorpresa.

—Vaya una forma de saludar, ¿eh? Yo también me alegro de verte, hermanita.





UNA VISITA  
INESPERADA

*Finjo estar ocupado, que trabajo, que escribo. Lo cierto es que hace mucho tiempo que no trabajo de verdad. No hago nada.*

—¿Qué estás haciendo aquí, Carol?

Su hermana se sujetó a la verja oscura que flanqueaba la entrada para poder ponerse en pie, y Miriam se fijó

en la gran maleta con ruedas que estaba a su lado. Por Dios, ¿es que pensaba quedarse con ella? De todos sus hermanos, Carol era la más alocada e imprudente de todos, incluso más que la propia Miriam. Con su larga melena rubia, ligeramente ondulada, y los ojos azules —a Miriam le gustaba hacerla enfadar recordándole que era el único miembro de la familia con rasgos caucásicos y que lo más probable era que fuera adoptada—, Carol era toda una belleza, pero en ese momento iba tan forrada con la ropa de abrigo, la bufanda y el gorro que era prácticamente imposible reconocerla. A pesar de que nunca habían tenido una estrecha

relación de hermanas, Miriam se alegraba de verla.

—¿Es que no vas a darme un abrazo? —se quejó su hermana—. No sé, por lo menos un ¡qué alegría que estés aquí!, o tal vez un ¿por qué no me has avisado? Tienes cara de estreñida, que lo sepas.

—Claro que me alegro de verte —respondió Miriam, poniendo los ojos en blanco—. Ven aquí, anda.

Al abrazarla, Miriam se dio cuenta de que el delgado cuerpo de su hermana estaba tiritando bajo todas las capas de ropa que llevaba.

—Por Dios, ¿cuánto tiempo llevas aquí fuera?

Carol se encogió de hombros y se

pasó el dorso de la mano que tenía cubierta por un guante bajo la nariz, tan roja como la del famoso reno de Papá Noel.

—Un ratito.

—Estás congelada. Vamos dentro, te prepararé algo caliente.

Mientras Miriam abría la puerta, no pudo evitar sentirse aliviada de que Julian no estuviera allí. No tenía ni idea de cuándo pensaba regresar, pero esperaba que su hermana se hubiera marchado para entonces, porque no sabía cómo le explicaría a Carol que su compañero de piso era... Bueno, simplemente el tío más sexy del planeta Tierra.

Cuando Miriam encendió las luces, la exclamación de sorpresa de su hermana no se hizo esperar.

—¡La leche! —Tras soltar un silbido, Carol dejó a un lado la maleta mientras se paseaba por el salón—. Mamá no nos dijo que tu amiga estaba forrada. ¿Si rompo algo me lo hará pagar?

Carol pareció no advertir la mueca de disgusto que hizo su hermana, tan centrada como estaba en no perderse ni un solo detalle del clásico y estiloso salón de Julian.

—Mejor no toques nada. ¿Has cenado? —Carol negó con la cabeza—. Vamos a la cocina. Prepararé un par de

sándwiches y haré un poco de té.

Carol la siguió por el pasillo hasta la cocina, asombrada con todo lo que sus ojos veían a cada paso que daba. Su hermana había tenido una suerte de narices, pensó, y era una lástima que ella hubiera tardado tanto tiempo en ir a visitarla. ¡Aquella casa era un palacio!

—Conque té, ¿eh? —Y se sentó en uno de los taburetes frente a la isla de la cocina—. No pretenderás darme uno de esos famosos sándwiches de pepino, ¿verdad? Ya sabes que se lo quito a las hamburguesas, Mir...

Su hermana le lanzó una brusca mirada mientras abría la nevera y sacaba un poco de jamón y queso.

—Sírvelo tú misma. —Y le tendió

el queso envuelto en plástico—. Yo no pienso tocar eso. Apesta.

Con una mueca de asco en el rostro, Miriam contempló a su hermana mientras se acercaba el queso azul a la nariz. No entendía cómo a Julian y a Carol podía gustarles tanto un alimento que olía a muerto.

—Si apesta es que es bueno — concluyó Carol—. ¿Tan bien te pagan en ese pub en el que trabajas como para que puedas comprarte *delicatessen*? Y, por cierto, ¿desde cuándo te gusta el queso?

Pillada... Miriam silenció la molesta vocecilla que le había estado taladrando la cabeza desde que se había



encontrado a Carol en la puerta de la casa. Sabía que tendría que darle explicaciones, solo que no tenía ni idea de por dónde empezar.

Sacando unas rebanadas de pan de molde que había comprado por la mañana, intentó restarles importancia a sus palabras cuando contestó:

—No lo he comprado yo. Es de la persona con la que vivo. ¿Prefieres café en lugar de té?

—No hagas guarradas con la comida. Con agua me bastará. —Carol pellizcó un poco de queso y se lo llevó a la boca—. ¿La persona con la que vives? ¿En serio?

Miriam se encogió de hombros. ¿Qué podía decir? «¿Del dios griego

con el que vivo por el que estoy secretamente colada y con quien casi me enrolló hace unas noches?».

—Pues sí. Resulta que le gusta, por asqueroso que sea.

—¡Venga ya, tía! ¿Ya te has olvidado de que casi soy psicóloga?

—Tú lo has dicho. Casi. No sé por qué te pones así.

—¿Quieres que te enumere la lista mental que he elaborado? —Miriam se cruzó de brazos y esperó a que su hermana continuara. Sabía lo insistente que Carol podía llegar a ser, y no era una de esas mujeres que simplemente dejaban pasar las cosas—. Punto número uno: le dijiste a mamá que

vivías con una antigua compañera de clase, pero nadie sabe su nombre.

Miriam puso los ojos en blanco y decidió tomar asiento. Aquello iba para largo.

—Punto número dos...

—Soy yo la que enumera —se quejó Carol, pero decidió continuar—. Punto número dos: esta es la casa de un tío por mucho que trates de ocultar el género de tu..., ¿cómo lo has dicho?, la persona con la que vives.

—¿Qué te hace pensar que vivo con un hombre?

Carol arqueó una de sus bien depiladas cejas rubias de un modo exacto a como lo hacía ella misma, y es que, aunque no se parecieran, las

hermanas Blasco compartían los mismos gestos.

—No trates de ocultarlo. Esta es la guarida del típico macho inglés con la cartera tan gruesa que no le cabe dentro de los pantalones.

—Si tú supieras... —masculló Miriam—. Bueno, ¿y qué si es un hombre? Tan solo compartimos unos cuantos metros cuadrados, y ya ves que ni siquiera está aquí.

—¿Está bueno?

Los ojos de Miriam se abrieron como platos.

—¡¿Qué?!

—¡Ja! ¡Lo sabía! —Carol la señaló con el dedo y Miriam tuvo que

apartárselo de un manotazo para que el pestazo a queso no acabara por destrozar sus fosas nasales—. Está más que bueno y te pone.

—Yo no he dicho eso. —Molesta, Miriam le dio la espalda y sacó de la nevera una botella de agua.

—No hace falta que digas nada, hermanita. Se te han dilatado las pupilas, te has puesto roja como un tomate y desde que he llegado estás tan tensa que parece que te han metido un palo por el culo. ¿Ya te has acostado con él?

Carol cerró los ojos cuando su hermana dejó la botella sobre el mármol de la encimera con un golpe fuerte. Carol sabía que la estaba provocando,

pero ella era así, y no podía dejar que Miriam le ocultara nada.

—¿Se puede saber a qué has venido, Carol?

Carol silbó. Vale, sí. Miriam estaba muy enfadada. Mejor aflojar un poco.

—He roto con Rafa —contestó como si nada, y siguió picoteando el queso.

—¿Otra vez?

Al verla, Miriam se guardó el asco para otro momento y apartó la carísima porción de queso que Julian había comprado antes de marcharse.

—¿Quieres dejar de hacer eso? Julian va a matarme si ve este estropicio.

—¿Julian? Me gusta, suena... sensual.

—Estábamos hablando de ti y de Rafa. ¿Qué ha pasado esta vez?

Carol y su novio llevaban juntos desde los primeros cursos de instituto, y desde entonces habían roto y se habían reconciliado tantas veces que Miriam ya había perdido la cuenta. A su juicio, Rafa era un buen chico con un carácter tranquilo muy opuesto a la naturaleza inquieta de su hermana. Pero si Carol había decidido plantarse en Inglaterra de manera inesperada, tal vez aquella ruptura fuera más seria de lo que Miriam pensaba.

—Que estoy harta. Se pasa el día

sentado delante del ordenador jugando a matar marcianos porque dice que un día un equipo se fijará en él y ganará mucho dinero. ¡Un equipo! ¿Puedes creértelo? Habla como si fuera un galáctico del fútbol. Yo quiero un novio, Miriam, no un marciano.

Miriam se guardó su opinión para sí misma. Era cierto que en los últimos meses Rafa apenas salía de la habitación que aún tenía en casa de sus padres y que pasaba demasiadas horas al día frente a la pantalla del ordenador, pero no creía que ese fuera el único motivo por el que hubieran roto aquella vez.

—A lo mejor exageras. Carol, hay un montón de chicos que de verdad se toman esos juegos como una profesión.



Y Rafa te quiere; después de tanto tiempo no creo que...

—No, no me quiere —la interrumpió Carol—. Cuando le dije que lo echaba de menos y que tenía que hacerme un hueco en su vida o de lo contrario me marcharía para siempre, ¿sabes qué me contesto? —Carol no esperó una respuesta—. Me dijo que si eso era lo que de verdad quería, ya sabía dónde estaba la puerta.

—Espera, espera..., ¿quieres decir que te echó?

Boquiabierta, Miriam se acercó a su hermana y la tomó de la mano. Carol tenía los dedos helados, e instintivamente comenzó a frotárselos

para calentarlos como cuando eran unas niñas.

—Y ni siquiera me dijo adiós. Nuestra relación se rompió cuando su nuevo ordenador entró en su vida.

—Vaya... No sé qué decir.

Carol le palmeó la mano, restándole importancia a la sincera preocupación de su hermana.

—Di que me presentarás a tu sexy compañero de piso y asunto arreglado.

—¡Carol!

—¿Qué? Un inglés siempre es mejor que un friki sin corazón, ¿no?

Miriam chascó la lengua y negó con la cabeza.

—No tienes remedio. ¿Cómo se te ocurre presentarte aquí sin avisar? No

tienes ni idea de inglés. ¿Lo sabe mamá?

—Claro que lo sabe, y antes de que digas nada te diré que sí. A mamá le parecía tan mala idea que viniera como a ti. Por lo visto, no encajo en ningún sitio, y eso para una futura psicóloga es un trauma de los que dejan huella.

—Oh, Carol... No digas eso. Siento haber sido tan brusca, pero es que no te esperaba —se disculpó Miriam mientras le frotaba la espalda—. Pero me alegra tenerte aquí, de verdad. Haré lo que sea para que te sientas mejor.

—¿Lo que sea? —Su hermana asintió—. Una cita con tu casero no estaría mal...

Cuando Miriam la soltó, Carol

estuvo a punto de caerse del taburete en el que estaba sentada y dar con la espalda en el suelo.

—¡Venga, Miriaaam! ¿Ni siquiera vas a enseñarme una fotografía suya?

—No.

Miriam colocó un par de lonchas de jamón en cada bocadillo y luego se colocó la botella de agua bajo el brazo.

—Ya lo pillo —Carol la siguió a través del pasillo—, lo quieres solo para ti. Lo entiendo, ¿eh? Pero si está tan bueno como tu comportamiento me hace ver, como hermana tuya tengo que decirte que es un gesto completamente egoísta por tu parte contra el resto de la humanidad. ¿Adónde vamos?

—A la cama —se limitó a decir

Miriam, y, por su tono de voz, Carol entendió que la diversión se había terminado. De momento—. Vamos a compartir habitación hasta que decida qué hacer contigo. Si es que Julian no nos pone de patitas en la calle a las dos cuando vuelva.

—¿Y dónde está?

Eso precisamente quisiera saber Miriam. No había dejado de torturarse imaginándose a Julian en compañía de otras mujeres, o lo que era peor: pasando un romántico fin de semana junto a su novia. Que un tío corriera a refugiarse en los brazos de su chica cuando unas horas antes casi se había metido en sus bragas no es que fuera

precisamente halagüeño, y aunque intentara engañarse a sí misma, la verdad era que le dolía imaginarlo con otra.

—Volverá en unos días —fue su cortante respuesta. Y aunque ella no lo supiera, su hermana sí había captado el matiz herido en su tono de voz—. Y coge la maleta, ¿quieres? No pienso ayudarte ni un poquito más esta noche.

Carol hizo lo que su hermana le pedía y, obediente, la siguió por la escalera hasta el primer piso.

—Pero me quieres, ¿a que sí?

—¡Qué remedio!

## ELLA ES ÚNICA

—*Es ella. Es una mujer. Una mujer preciosa, inteligente y sofisticada.*

—*¿Y eso en qué me convierte a mí?*

Como cada domingo, Camden Town era un continuo hervidero de risas, gritos y movimiento, y el incesante ir y venir de personas a lo largo de todo el mercado hacía imposible algo tan sencillo como

caminar más de cinco pasos seguidos. Sin embargo, era un lugar lleno de vida muy diferente a la elegante y acomodada zona en la que vivía Julian. A pesar de que era poco recomendable visitar el barrio al caer la noche, durante el día, Camden se llenaba de luz y brillantes colores que atraían la atención de los turistas hasta conseguir que entraran en las muy numerosas tiendas que conformaban el mercado y acabaran comprando el objeto más estrafalario que pudieran encontrar.

Quizá no hubiera sido una buena idea llevar a Carol al mercado más famoso de todo Londres —sin desmerecer a Portobello, por supuesto—, teniendo en cuenta que su hermana



jamás había salido de España y que tan solo sabía decir en inglés el típico «*Hello! My name is Carol*» y un «*Thank you*» cuya pronunciación dejaba bastante que desear, pero Miriam pensó que después de una ruptura, el lugar idóneo para recuperar el ánimo era Camden Town. Se vio recompensada al ver los gestos de sorpresa en el rostro de su hermana cada vez que se cruzaban con un chico con crestas de colores y *piercings* por toda la cara.

—¿Te has fijado en ese tío? —Para que no hubiera lugar a dudas, Carol señaló con el dedo, ganándose así una mirada de reprobación por parte del joven punki—. Imagínate cuando quiera

quitarse todos esos pendientes. Su cara tiene que ser como un colador.

Miriam le dio un manotazo en el brazo para que dejara de señalar.

—Claramente es un gesto de rebeldía —siguió diciendo Carol—. Lo que probablemente denota una falta de atención y cariño durante su infancia, ¿no te parece? Aunque, si te fijas bien, los bichos raros somos tú y yo. ¡Me encanta este sitio!

Dejándola por imposible, Miriam no pudo más que sonreír. Entraron en casi todas las tiendas góticas que llenaban el mercado. A juzgar por el aspecto que tenían muchos de los vestidos que se vendían, a Miriam no le extrañaría saber que realmente eran

prendas originarias de la época en la que ocupaba el trono la famosa reina Victoria. Carol se impresionó cuando se encontró con un par de robots gigantes que flanqueaban la entrada de una tienda que, al parecer, estaba hasta los topes.

—«Cyberdog» —leyó en el letrero—. ¡Vamos a entrar, Mir!

Miriam se dejó arrastrar por el entusiasmo de su hermana, pero se detuvo en seco cuando sintió que le vibraba el teléfono dentro del bolsillo de los pantalones.

—Adelántate tú, ¿de acuerdo? Tengo que contestar.

Carol no esperó a que su hermana terminara de hablar, y ya se había

perdido entre la muchedumbre para cuando Miriam terminó su frase. Poniéndole los ojos en blanco, contestó la llamada.

—Hola, Daniel. No me digas que se ha acabado mi día libre y me necesitáis en el pub.

Al otro lado, Daniel soltó una carcajada que consiguió arrancarle a Miriam una sonrisa. Aquel chico era un encanto, pensó.

—Ni por todas las libras de Su Majestad la Reina pienso estropearle el domingo. Puedes estar tranquila.

—Genial. Entonces, ¿qué puedo hacer por ti?

—Más bien dirás qué puedo hacer yo por ti. ¿Estás segura de que quieres

entrar en la tienda más loca de todo Londres?

—¿Pero qué...?

Con el teléfono aún en la oreja, Miriam dio vueltas sobre sí misma intentando localizar a Daniel entre la gran cantidad de personas que se movían a su alrededor. Finalmente lo vio, con la postura relajada y el teléfono en una mano, sonriéndole desde un puesto de pizza cercano.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Cuando llegó hasta ella, Daniel colgó el teléfono y se acercó para darle un beso en la mejilla. Las esperanzas del chico subieron un escalón cuando vio que Miriam no se apartaba.

—Es domingo, tengo la mañana libre y Camden es mi lugar favorito de la ciudad —respondió—. ¿Cuál es tu excusa?

—Mi hermana ha venido a hacerme una visita y estábamos dando un paseo.

—¿Tu hermana es la rubia que ha entrado ahí? —Cuando Miriam asintió con la cabeza, Daniel silbó.

—¿Qué? Vamos, Daniel. Seguro que exageras. ¿A qué te referías con lo de que era una tienda loca?

Daniel se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta de cuero que llevaba y se encogió de hombros.

—Precisamente a eso. ¿Alguna vez has visto gogós bailando sobre

plataformas, a chicas con largas melenas de colores ofreciéndote chupitos fluorescentes y a cíborgs tras el mostrador de pago mientras te comprabas ropa?

—Por Dios. —Miriam empezó a preocuparse—. Carol no va a salir viva de ahí.

Miriam pudo respirar tranquila cuando vio aparecer a Carol caminando a saltitos hasta ellos y se sorprendió cuando vio que su hermana sonreía como una niña disfrutando en un parque de atracciones. Después de escuchar a Daniel pensó que tendría que desalojar todo Camden para encontrarla hecha un ovillo en el suelo y cargar con ella de vuelta a casa. Nada más lejos de la

realidad, Carol parecía encantada.

—Esa tienda es la leche —le dijo, con los ojos azules muy abiertos y brillantes a causa de la emoción—. ¡Hasta hay un Dj! ¿Puedes creértelo? Mira qué camiseta me he comprado.

Daniel tuvo que contener la risa cuando vio la mueca de disgusto que hizo Miriam al ver la camiseta de su hermana. Era sencilla, de color negro y con unos finos tirantes, pero estaba llena de salpicaduras de pintura fluorescente.

—¡Brilla en la oscuridad! Me encanta. ¿Y este quién es?

Cuando Miriam hizo las presentaciones y su hermana estrechó la mano de Daniel, pudo fijarse en que los



ojillos de Carol brillaron al reparar en la belleza física de Daniel, y hasta juraría que le había hecho una caídita de párpados.

—¡Ho-la, Da-niel! ¡Es un pla-cer co-no-cer-te! —Carol hablaba a gritos y en español pero pronunciando muy despacio las palabras—. ¿Quién demonios se supone que es? —le preguntó a su hermana—. También está bueno.

Miriam le lanzó a Daniel una mirada de resignación, pero él, sin embargo, no dejaba de sonreír, y se encogió de hombros haciéndole ver que no pasaba nada.

—Daniel y yo trabajamos juntos —le dijo a Carol—. Y no es sordo, ¿de

acuerdo? Si le hablas en castellano no va a entenderte. Mejor pásate al inglés y asunto arreglado.

Carol soltó un bufido muy poco femenino.

—Pues entonces lo nuestro es imposible.

Y se marchó balanceando orgullosa su bolsa de Cyberdog a intentar entenderse con el pakistaní que vendía porciones de pizza en un puesto cercano.

—Muy divertida tu hermana. No entiende nada de inglés, ¿verdad?

Miriam resopló y se agarró del brazo de Daniel.

—Lo odiaba en el colegio. —Le sonrió—. Pero le has parecido muy

guapo.

El chico bajó la cabeza y Miriam hubiera jurado que Daniel se había ruborizado.

—Me gusta entenderme con mis parejas, gracias. ¿Tu hermana y yo? Imagínate el caos que organizaríamos juntos.

Miriam tuvo que admitir que intentar emparejar a su hermana y a su amigo sería un total y absoluto desastre. Cuando Carol regresó junto a ellos, le ofreció a su hermana un bocado de su pizza solo para molestarla. Cada vez que en casa horneaban una pizza de cuatro quesos, Miriam se ponía verde, y Carol no podía perder la ocasión de provocarla un poquito.

—Juro que voy a cortarte esa melena tan lustrosa que tienes y a teñírtela como a uno de esos punkis.

Daniel soltó una carcajada; a pesar de no haber entendido ni una sola palabra de lo que se decían las hermanas, la situación le parecía del todo cómica.

—¿QUIERES?!

El chico se puso bizco cuando trató de enfocar el trozo de pizza que Carol le ofrecía, tan cerca estaba de sus ojos. No quería ofenderla, así que le dedicó una sonrisa y dio un mordisco.

—Me gusta este chico, Miriam. Tenemos que salir más a menudo juntos. A lo mejor puede enseñarme a...

—¿A qué?

—A hablar inglés, mal pensada. ¿A qué va a ser?

Daniel se disculpó con las chicas cuando comprobó que se le hacía tarde y lo esperaban en el pub para empezar su turno. Dio un beso a cada una en la mejilla y las hermanas Blasco lo vieron marcharse hasta que se perdió bajo la parada del metro.

—Es muy guapo —comentó Carol.

—Es un encanto, sí.

—Y tú le gustas.

Miriam se encogió de hombros. Ya sabía que Daniel se había sentido atraído por ella, pero no podía hacer nada al respecto salvo dejarle claro que

tan solo lo veía como a un buen amigo y que su relación no podía ir a más porque simplemente ella no podía dejar de pensar en Julian.

—Es solo un amigo, Carol. Pero lo hemos pasado bien, ¿verdad?

—Me encanta este sitio, me encanta la gente, las calles. No sé cómo no me he animado a venir antes.

—A lo mejor es porque siempre has odiado todo lo que suene a inglés —la pinchó su hermana—. Y en casa tampoco podíamos permitirnos hacer un viaje.

—Eso me recuerda que olvidé decirte que papá ha encontrado trabajo y que, además, te he traído esto.

Carol se sacó del bolsillo de sus

vaqueros un reloj antiguo anclado a una cadena. Los ojos de Miriam se abrieron como platos al reconocerlo; había pertenecido a su padre y antes que él a su abuelo, al padre de este y así varias generaciones atrás. El reloj tenía al menos doscientos años de antigüedad y aún funcionaba. Había pasado de generación en generación, siempre al primer varón que nacía en la familia hasta que llegó Miriam, la primera chica en pasar a ser la dueña del reloj. Era su amuleto y le tenía un cariño especial, por eso no se lo había llevado consigo a Londres, por temor a perderlo.

—¿Por qué has tenido que traerlo?  
—se quejó Miriam.

Se apresuró a cogerlo antes de que Carol lo dejara caer al suelo y se lo guardó dentro del bolsillo del abrigo.

—Mamá pensó que te lo habías dejado olvidado en casa y que querías tenerlo.

No había sido con mala intención, pensó Miriam, y a fin de cuentas el reloj estaba sano y salvo. Mientras caminaban por las frías calles de Camden, Carol le habló sobre el nuevo empleo de su padre como conductor de transporte público. Había sido una suerte que el conocido de un conocido lo hubiera recomendado para el puesto, y aunque tenía varios turnos rotativos, se cobraba un buen sueldo.



—Al menos en casa pueden respirar tranquilos —murmuró, sintiéndose aliviada.

—Ajá, es verdad. —Caminaron un poco más hasta que Carol se quedó clavada en el suelo y se negó a dar un paso más—. Mir, esto me encanta y todo eso... Pero me duelen los pies y me hago un pis que me muero. ¿No podemos volver a casa?

Para cuando llegaron a casa, Carol se precipitó escaleras arriba gritando que no se aguantaba más. Miriam negó con la cabeza mientras se quitaba el abrigo y sonreía. Tal vez su hermana estuviera loca, pero se alegraba de tenerla consigo.

Al entrar en la cocina, sus pies se clavaron en el suelo cuando vio a Julian sentado en uno de los taburetes. Tan solo habían pasado unos días separados, pero a Miriam le pareció una eternidad, y sintió exactamente la misma sensación que cuando lo vio la primera vez. Estaba tan guapo que dolía mirarlo. Llevaba una camisa azul con las mangas dobladas, mostrando sus fuertes antebrazos. Los vaqueros oscuros y ajustados le marcaban los muslos y había apoyado un codo en la encimera de mármol mientras se sujetaba el mentón con la mano. Miriam estaba tan nerviosa y le temblaban tanto las rodillas que no se fijó en que él le

sonreía.

—¿No vas a decir nada?

La voz profunda de él le provocó mariposas en el estómago que revolotearon un poco más hacia abajo. Miriam tuvo que sujetarse al marco de la puerta y apretar los muslos.

—¿Cu... cuándo has llegado?  
—«¡Maldita sea!», se reprendió mentalmente. Tenía que controlarse y dejar de tartamudear o se pondría en ridículo.

—Hace un par de horas —  
murmuró, cruzando las piernas—.  
¿Tienes algo que contarme, Miriam?

Con paso tambaleante, Miriam se acercó hasta él. Su corazón se saltó un latido cuando lo vio ponerse en pie y

caminar también hacia ella. Se veía ridícula a su lado, tan pequeña, y deseando sentirse envuelta de nuevo por esos brazos. Tenía que superarlo de una vez por todas o aquello no iba a funcionar.

—Te refieres a Carol.

—Así que mi nueva inquilina se llama Carol.

—No es lo que te piensas —se apresuró a decir ella—. Verás, Carol es mi hermana. Ha venido a hacerme una visita y... Tú no estabas. No sabía qué hacer, no podía preguntarte. Y no quería llamarte por teléfono porque...

—Tranquila, Miriam.

Julian extendió un brazo y le rodeó

el mentón con los dedos para levantarle la barbilla. Cuando los ojos vidriosos de Miriam se cruzaron con los suyos, él se relajó. Lo pasado pasado estaba. No podía dejar que ella se marchara, y aunque sonara egoísta, quería seguir teniéndola en casa.

—Lo entiendo perfectamente —le aseguró—. Se quedará unos días, imagino.

Miriam asintió. Él la estaba tocando y ahora sus dedos le acariciaban la mejilla. Era como si el tiempo, los días no hubieran pasado y ahora estuvieran en la misma casilla donde se habían quedado la última vez.

—No habla inglés —fue lo más racional que se le ocurrió decir—. Te lo

advierto porque es probable que te hable a gritos creyendo que así la entenderás mejor.

Julian le sonrió y sus dedos se deslizaron por el frío pómulo de ella.

—Es una suerte que yo sí hable algo de español. ¿No crees?

Miriam asintió.

—Bueno, ¿y dónde has estado? ¿Lo has pasado bien?

La sonrisa de Julian desapareció. No iba a mentirle, pero tampoco pensaba contarle que su encuentro con Maggie no había ido tal y como él había esperado. Antes de que pudiera darle una respuesta, la voz aguda y chillona de Carol les llegó desde las escaleras.

—¿Me prestas un tampón, Miriam?! No sé dónde los guardas y... ¡Joder!

Carol se quedó petrificada en la puerta de la cocina cuando vio a Julian. Había creído que su hermana exageraba al alabar la belleza de su casero — porque estaba segura de que ese tiarrón era su casero; era imposible que hubiera un hombre más guapo sobre el planeta —, pero ahora que lo tenía delante estaba tentada a arrodillarse ante él y ofrecerse ser su esclava. Y aunque no dijo nada, se fijó en que el tal Julian dejaba resbalar la mano que hasta entonces había estado en la mejilla de su hermana.

—Imagino que ese es el típico saludo de las hermanas Blasco — comentó Julian con una sonrisa—. Tú dijiste exactamente lo mismo cuando nos conocimos.

Miriam puso los ojos en blanco.

—Carol, te presento a Julian. Él es... Bueno, es...

—Soy su amigo —se presentó Julian, en castellano, y le tendió la mano a Carol.

—¡Pues encantada!

En lugar de estrechar la mano que Julian le ofrecía, Carol se lanzó y le plantó dos sonoros besos en las mejillas.

—Yo soy su hermana Carol.



¿Hablas español? ¿En serio?

—Solo un poquito —le sonrió él.

—¡Qué pasada! Miriam me ha hablado un montón de ti. A decir verdad, al principio no quería que supiera que vivía contigo, pero como yo soy una chica lista, me doy cuenta de todo. Y desde anoche no ha hecho más que dejar caer un comentario sobre Julian por aquí, un suspiro por Julian hacia allá... Por cierto, me he comido tu queso. Espero que no te importe. ¡Ay!

Miriam le dio un pisotón en el pie para hacerla callar y Julian no pudo más que sonreír por lo irónico de la situación. No había entendido más que palabras sueltas de la perorata de Carol, pero la chica le cayó bien enseguida.

Tal vez se estuviera acostumbrando a las españolas.

—Bienvenida a Londres, Carol — volvió a decir en español.

—¡Ay! ¿No es para comérselo?

—Vale, ya está bien. —Miriam sujetó a Carol del brazo y tiró de ella hasta las escaleras—. Julian, danos unos minutos. Bajaremos en seguida.

—Me haces daño, bruta. ¡Ay!

—Cállate.

Desde la escalera, Miriam le dedicó a Julian una sonrisa a modo de disculpa. Él se cruzó de brazos y rio divertido mientras las veía marcharse. Antes de perderlas de vista, Julian le guiñó un ojo a Miriam.

—¿Has visto eso? —chilló Carol  
—. Ese tío está loquito por tus huesos.  
¿Cómo lo has hecho?

—Si no te callas acabaré  
metiéndote el tampón en la boca, ¿me  
has entendido?

—¡Cuánta agresividad! Tranquila,  
que no voy a quitarte a tu hombre. Solo  
quiero olerlo un poquito más, ¿me  
dejas?

—¿Quieres que te meta en un avión  
de vuelta a España?

—No.

—Pues entonces, ya sabes lo que  
tienes que hacer.

Carol resopló y se dejó caer en la  
cama cuando entraron en la habitación.

Nunca había visto a su hermana tan molesta por un chico, y decidió provocarla un poquito más.

—Gata salvaje que saca las uñas por su hombre. Me gusta.

Miriam le lanzó la caja de tampones, que acabó por golpear a Carol en la cabeza.

—Vale. Ya cierro el pico.

# QUIÉREME SI TE ATREVES

*Dime que me amas. Dímelo porque yo jamás me atreveré a decírtelo primero. Me daría miedo que pensaras que es un juego.*

Julian descubrió lo divertido que era compartir su casa con aquel par de españolas que estaban locas de remate. Unas semanas atrás, cuando se encontró

a Miriam perdida y desamparada en la cafetería del aeropuerto, él pensó que era la mujer más peculiar que había conocido nunca, tan espontánea y ocurrente y tan distinta a las modelos con las que solía trabajar o a las chicas que normalmente se le acercaban. Ahora que conocía a Carol, no tenía dudas de que la joven era mucho más alocada que su hermana mayor, y tenerlas con él le divertía.

A pesar de que había estado esperando a Miriam para que los dos pudieran hablar sobre lo que había pasado entre ellos antes de que él saliera huyendo, no había tenido ocasión de encontrarse a solas con ella, y,

cuando al fin llegó a casa, Miriam se encerró con su hermana en la habitación y Julian no había vuelto a tener noticias de ninguna de las dos. Estuvo aguardando a que ella decidiera salir de su cuarto y hacerle frente, pero el cansancio pudo más y al final acabó por irse a la cama sin poder cruzar una palabra con la española.

Por la mañana, aún muy temprano, Miriam sacó a Carol a rastras de la cama antes de que Julian se despertara. Prácticamente no había pegado ojo en toda la noche pensando en él, en lo guapo que lo había encontrado en la cocina la tarde anterior. Se preguntó si él también estaría pensando en ella, aunque lo más probable era que

estuviera roncando en mitad de la cama, cansado después del viaje. Aunque, a decir verdad... No, era imposible imaginarse a Julian roncando como un troglodita. Y tampoco era una buena idea pensar en él en su cama, despeinado, desnudo y...

—¿Por qué tengo que ir yo también?

Carol aún no había sido capaz de despegar del todo los ojos mientras que Miriam ya se había vestido y estaba lista para marcharse al trabajo.

—Porque no vas a quedarte aquí sola y no me fio de dejarte dar vueltas por Londres sola. Acabarás perdida.

Carol caminó hacia el baño y se



echó agua fría en la cara para despertarse. A continuación se quitó el pijama y se puso la ropa que su hermana ya le había preparado.

—No es por eso —le dijo enfurruñada, mientras se ponía unos vaqueros—. Lo que no quieres es que me quede aquí a solas con ese... Ese...

Mirándose al espejo mientras se aplicaba un poco de brillo en los labios, Miriam le puso los ojos en blanco a su hermana, pero no pudo aguantarse la sonrisa.

—Julian y yo no somos nada. Ya te lo dije anoche.

—No esperarás que me lo crea, ¿verdad? Porque vi perfectamente cómo os mirabais, guapa. Y además, él te

estaba acariciando la cara cuando llegué, así que no disimules.

Con Carol era imposible discutir cuando se le metía una idea en la cabeza. Si había decidido que entre Julian y ella había algo más que amistad, entonces nadie podría convencerla de lo contrario.

—Julian tiene novia. Y no sigas por ahí, Carol. No me apetece enfadarme tan temprano. ¿Podemos irnos ya?

—Lo que tú digas. —Se colgó el bolso y bajó la voz cuando añadió—: Pero a ese tío se le pone dura cuando estás cerca.

—¡Carol!

—Estoy lista, ¿nos vamos?

Aún era demasiado temprano para entrar a cubrir su turno en el pub cuando llegaron a Covent Garden, de modo que Miriam decidió invitar a desayunar a su hermana y eligió el mismo local en el que Daniel la había llevado a tomar el postre más delicioso de su vida unos días atrás. Resultaba muy divertido ver cómo Carol se sorprendía por casi cada cosa que sus ojos veían o cuando le servían una bebida que en España no existía, y se preguntó si ella se había comportado igual cuando se bajó del avión.

Para cuando se abrieron las puertas

de The White Lion, Carol debía de haber cubierto su cupo de sorpresas, porque se sentó en un rincón de la barra como una niña buena y no hizo ni un solo ruido mientras su hermana trabajaba. Cuando el volumen de clientes disminuía, Miriam le servía un café; más tarde, un plato de *fish and chips* y un poco de charla, hasta que aparecieron los primeros turistas españoles del día. Carol se encontró en su salsa cuando reparó en que había compatriotas suyos en el pub y, gustosa, se puso a darles conversación mientras su hermana los atendía.

Al finalizar Miriam su jornada, Daniel apareció puntual para cubrir su turno. Esta vez venía acompañado por

un par de chicos de su misma edad que Miriam dedujo que debían de ser amigos suyos. Uno de ellos era pelirrojo y llevaba gafas de pasta de color negro y sonreía a todo el mundo, mientras que el otro resaltaba mucho más: era tan guapo como Daniel, pero parecía mucho más tímido que los otros dos chicos. Miriam los saludó con una sonrisa cuando Daniel los presentó.

—Son unos amigos de clase —le dijo—. Ronald y Fred. Chicos, ella es mi española.

Miriam lo miró con una ceja levantada cuando escuchó que Daniel se estaba refiriendo a ella como «*my Spanish girl*».

—¿Conque «tu española», eh? —Se quitó el delantal y se lo lanzó a Daniel —. Nosotras nos vamos. Carol, recoge tus cosas. ¿Carol?

Cuando se giró hacia su hermana, la encontró soltando unas risitas tontas mientras hablaba con el chico guapo pero tímido, el tal Fred.

—¿Se entienden?

—Fred estudió durante unos meses en España el año pasado —le contestó Daniel—. Parece que se lo están pasando bien.

Y tan bien, pensó Miriam. Según parecía, su hermana había ligado. Y que Carol le sugiriera que se marchara sin ella porque Fred la había invitado a

salir con su pandilla no hacía sino confirmar sus sospechas.

—Si te quedas más tranquila, yo estaré con ellos todo el tiempo. — Daniel le pasó una mano por la cintura para tranquilizarla—. Saldremos a tomar algo cuando acabe mi turno y después la acompañaremos a casa, te lo prometo.

—Gracias. —Y Miriam lo besó en la nariz—. Eres el mejor. ¡Te debo una!

Ahora que podía disfrutar de unos momentos en soledad, Miriam decidió volver a casa a pie. Era un paseo bastante largo, pero pensó que podía caminar hasta Piccadilly, comprar algo de cena y tomar el metro antes de que los dedos de los pies se le congelaran.

Sabía que en casa la esperaba Julian, y necesitaba mantener la mente despejada antes de que tuvieran la conversación que habían dejado pendiente.

Pero no pensar en él le resultaba imposible; Julian lo llenaba todo, estaba en todas partes. Y cuando se vio junto a él llenando las portadas de un montón de revistas en un quiosco de prensa deseó que se la tragara la tierra. Se había olvidado de la sesión de fotos que realizaron juntos y que había dado pie a que casi hicieran el amor como dos locos sobre el sofá.

Las seis libras que pagó por la revista fueron las mejor gastadas desde que puso un pie en Londres. La foto que



habían elegido para la portada era una en la que a ella apenas se la veía. Su cabeza surgía tras el hombro de Julian, que estaba en primer plano, lanzándole una mirada seductora a la cámara mientras ella le bajaba la camisa por un hombro y se lo besaba. El resto de las fotos que se habían hecho aparecían en el interior de la revista, y Miriam se entretuvo en leer la entrevista que le habían hecho a Julian mientras a ella la preparaban para las fotos. Hablaba de la fama y el dinero, de lo mayor que se veía para continuar desnudándose frente a la cámara, de sus aspiraciones y de su deseo de formar una familia en un futuro no muy lejano. Si Miriam todavía no estaba enamorada de él, aquella

entrevista acabó por definir sus sentimientos.

Al llegar a casa, le gustó escuchar el tipo de música que Julian solía poner cuando se sentía cómodo y quería relajarse. Lo había echado de menos. Toda la casa estaba a oscuras salvo por un resquicio de luz que podía verse a través del pasillo procedente del estudio de Julian. A Miriam le encantaba aquella habitación, porque pensaba que reflejaba a la perfección quién era él y cuáles eran sus pasiones.

Estaba sentado en el sofá, con las piernas cruzadas, y llevaba puestas unas gafas mientras leía que le daban un aire muy seductor. Miriam le sonrió cuando

él levantó la cabeza al advertir su presencia junto a la puerta y le enseñó la revista en la que ambos salían.

—Tendrías que haberme dicho que éramos chicos de portada.

Miriam entró en la habitación y se dejó caer en el sofá, a su lado.

—Quería que fuera una sorpresa. ¿Salimos bien?

Miriam le tendió la revista y se acomodó en el sofá mientras él pasaba las páginas.

—Creo que me han «photoshopeado» entera. Pero tú estás guapísimo, como siempre.

—¿Photo qué? —Soltando una carcajada, Julian se detuvo en la foto que se habían hecho junto a la ventana

— Esta es mi preferida.

Ella se acercó para ver mejor. No fue un acto premeditado ni pretendía incomodarlos a ninguno de los dos, pero Miriam acabó por apoyar la mejilla sobre su hombro.

—¿Porque estoy medio desnuda y me da una vergüenza tremenda admitirlo?

Él giró la cabeza, y verla, sentirla tan cerca, le provocó una sensación cálida y placentera dentro del pecho.

—Estás medio desnuda y preciosa. —Le sonrió—. Pero no me gusta por eso. Me gusta porque refleja a la perfección lo que yo veo en ti.

Ella lo miró con una ceja levantada,

y Julian tuvo que explicarse.

—Eres fantástica, Miriam. Una chica joven, divertida, y estás como una regadera

—Nada que ver con la típica chica inglesa, ¿eh? —se burló ella.

—No, nada que ver. —Julian dejó la revista a un lado y se quitó las gafas; no las necesitaba cuando ella estaba tan cerca—. Por eso me gustas tanto.

—Julian...

Él la silenció. Alzó un brazo y le acarició el pelo, que ese día Miriam llevaba suelto. En silencio, le estaba pidiendo permiso porque iba a besarla, y ella estaba rendida. Podría darle cualquier cosa que él le pidiera, pensó Miriam; luego asintió ligeramente e

instantes después tenía la sensual boca de Julian sobre la suya. No se había dado cuenta de cuánto había echado de menos sus labios hasta ese momento. Era una cursilada, dicho así. Tan solo se habían besado unas cuantas veces mientras se metían mano, pero aquel beso lo cambiaba todo.

Él estaba siendo delicado, pero su boca era insistente y no cesaba de pedir más mientras sus labios acariciaban los suyos.

Julian deslizó una mano por el costado de su cuerpo hasta llegar al muslo, se lo apretó y aprovechó para acercarla un poco más a su pecho. Miriam no pudo más que lanzar un

gemido de rendición y entrelazó los dedos en el pelo de su nuca. Cuando su lengua se encontró con la de Julian, creyó que el corazón se le saldría del pecho.

—¿Qué estamos haciendo? —le susurró cuando al fin se separaron para tomar aire.

Permanecían tan juntos que prácticamente respiraban los jadeos del otro. La boca de Julian descansaba entreabierta sobre la curva de su cuello.; sentir su respiración cálida la estaba excitando, pero antes de hacer nada tenían una conversación pendiente.

—Julian, no debemos...

Los dedos de él subieron hasta sus labios. Se los acarició usando las yemas

de los dedos y la silenció.

—Para. —Julian se incorporó un poco para verla mejor—. Sé lo que estás pensando, y la respuesta es que simplemente no soy capaz de evitarlo.

Ella parpadeó varias veces para asimilar sus palabras.

—¿Cómo que no puedes evitarlo? Julian, tú tienes...

—A Maggie, ya lo sé. —Tomando una de sus manos entre las suyas, Julian le besó uno a uno los nudillos—. He estado con ella este fin de semana. No, por favor. No te apartes —le suplicó cuando Miriam intentó levantarse—. Quería comprobar que todo seguía igual después de que nosotros tuviéramos un



momento íntimo.

—De que nos enrolláramos, Julian. Puedes decirlo. ¿Y bien? ¿Todo seguía igual?

Él negó con la cabeza y a continuación apoyó la frente sobre la de Miriam. Maldito fuera, pensó ella. Incluso a esa distancia era el hombre más guapo que ella había conocido nunca.

—Me convencí a mí mismo de que tú y yo... Que nosotros... Que había sido un momento de debilidad, nada más.

—Pues lo estás arreglando — resopló Miriam—. ¿Te acostaste con ella?

—No pude. Lo intenté, pero... —

Julian resopló—. ¿Qué me has hecho, Miriam? ¿Por qué no puedo dejar de pensar en ti?

—Vaya...

Noqueada, así era como se sentía. Aquel hombre increíble estaba totalmente embrujado. ¿Por ella? ¿Cómo podía ser? Él era atractivo, tenía éxito, dinero y a más mujeres a su alcance de las que un hombre podía soñar con conquistar en toda su vida. ¿Y estaba así por ella?

Se apartó un poco porque necesitaba interponer algo de distancia entre los dos y aclarar sus ideas. Aún sentía los labios hinchados por sus besos y la ropa interior hacía rato que le

molestaba, pero todavía no habían acabado de hablar.

—¿Eso es todo lo que vas a decir?  
¿«Vaya»?

—Sí, yo... —Miriam se llevó una mano a los labios y soltó una risita nerviosa—. ¡Vaya! ¿De verdad que no estoy soñando?

Julian le sonrió y con un hábil movimiento la atrajo de nuevo hacia sí. Lo que hizo fue sentarla sobre sus piernas, y no era que Miriam fuera a quejarse por ello.

—No sé qué has hecho conmigo, pero lo que sí sé es que no quiero que te detengas.

Ya estaba. Lo había dicho. Había muerto y subido al cielo, decidió

Miriam. Tuvo que cerrar los ojos y respirar hondo cuando Julian la besó en el cuello una vez más.

—Dímelo otra vez —le pidió ella en un susurro.

Y Julian la complació.

—Me gustas.

Se derritió entre sus brazos, completamente. Gustosa, Miriam volvió a rendirse a sus labios. La boca ansiosa de Julian la besaba como si no hubiera nada más en el mundo con lo que alimentarse que no fuera ella, y cuando su mano grande y caliente le acarició un pecho por encima del jersey, perdió la noción de todo lo que la rodeaba que no fuera Julian. Estaba loca por ese

hombre.

—¿Quiere esto decir que tú y Maggie ya no...?

Cuando Julian se apartó y resopló, Miriam se temió lo peor.

—Oh, oh...

—No he encontrado el momento —le confesó él—. Lo he intentado. Al principio traté de estar con ella como si nosotros no... Casi no hemos podido quedarnos a solas, y yo no he dejado de pensar en ti durante estos últimos días. Me he dado cuenta de que mi relación con Maggie ya no tiene sentido, pero...

—Aún sigues con ella.

Él suspiró y dejó caer la cabeza sobre el pecho de Miriam. Si ella lo apartaba él no podría reprochárselo,

decidió. Sin embargo, Miriam lo sorprendió una vez más cuando le deslizó las manos por la ancha espalda.

—Nunca antes me había metido en medio de una relación —murmuró.

Y cuando Julian levantó la cabeza, vio preocupación en su mirada.

—Tú no has hecho nada. Pero Maggie y yo apenas tenemos tiempo para vernos. Es complicado.

—Sigue sin parecerme justo para ella. Además, ni siquiera nos parecemos, Julian. Maggie y yo no tenemos nada que ver. Ella es tan guapa que yo...

—Tú eres perfecta tal y como eres —la acalló con su boca nuevamente.

Miriam deslizó las manos por la amplitud de la fuerte espalda de Julian, cubierta por un suave jersey de color celeste. Cuando él se removió y la dejó en el sofá para acomodarse sobre ella, los dos se sonrieron recordando el arrebató de pasión que había dado comienzo a todo aquel lío. Ella se aprovechó de la abertura en forma de pico de su jersey, que revelaba una porción del torso de Julian, y lo besó entre los pectorales.

—Quizá debamos ir un poco más despacio... —jadeó ella.

—Quizá, sí.

Pero la boca de Julian no estaba dispuesta a darle una tregua, y, mientras

se devoraban como dos locos, las manos de él se colaron bajo la camiseta de ella. Instintivamente, Miriam separó las piernas y levantó las caderas hacia él. El gemido que lanzó Julian cuando sus sexos cubiertos se encontraron la excitó todavía más.

—¿Dónde demonios te has metido?  
¡Mir! ¿Estás en casa?

Julian apenas tuvo tiempo para reaccionar, y Carol abrió la puerta instantes antes de que él pudiera quitarse de encima a Miriam. Carol se quedó boquiabierta, con el pomo de la puerta en la mano, mientras veía a su hermana completamente despeinada saliendo de debajo de aquel Adonis mientras intentaban recomponer sus ropas.



—Joder... Quiero decir... —Un carraspeo. Dos mejor, para aclararse la garganta—. Lo siento, yo... No tenía ni idea de que estabais...

—¿Qué quieres, Carol?

—Yo...

Su hermana estaba embobada mirando a Julian. El modelo no podía ocultar la sonrisa que le provocaba haber sido pillado con las manos en la masa, y no hacía más que acariciarse los labios hinchados e intentar colocarse bien el jersey.

—¡Carol!

—Ah, sí. Perdona, se me fue el santo al cielo. Quería decirte que tu jefe es un gilipollas.

—¿Daniel?

—Daniel, sí. Me ha plantado un morreo en toda la boca y ha hecho creer a todos que estamos liados cuando se ha dado cuenta de que Fred estaba intentando ligarme.

—¿Por qué ha hecho eso?

—¡Y yo qué sé! Pensé que tú le gustabas.

Miriam le lanzó una miradita a Julian por el rabillo del ojo esperando que no hubiera entendido las palabras de su hermana. Pero, a juzgar por la mueca de disgusto que se formó en la boca del hombre, supo que su español no era tan malo como él le había hecho creer.

—Será mejor que hablemos luego,

Carol. ¿Te importa?

Su hermana negó con la cabeza, pero antes de que pudiera marcharse, volvió a asomar la cabeza por la puerta y les dijo:

—Recordad: pónitelo, pónselo.

—¡Largo!

Julian esperó a que Carol se hubiera marchado para ponerse en pie, y con la expresión más seria que su rostro pudo formar, preguntó:

—¿Tu jefe?

—Una larga historia. ¿Te la cuento mientras cenamos? Cocino yo.

Cuando Miriam se levantó del sofá, él se le acercó y le rodeó la cintura con un brazo, hasta que sus caderas quedaron prácticamente pegadas.

—Prefiero cenarte a ti.

Soltando una risita, Miriam consiguió zafarse de sus brazos.

—Lo sé. Pero no siempre se tiene lo que se quiere, ¿no te parece? No te hará ningún mal esperar un poco más.

Poniendo los ojos en blanco y resoplando para calmar su deseo, Julian salió de su estudio siguiendo los pasos de Miriam. No, no lo mataría esperar un poco más.

Por ahora...

## CONFESIONES ÍNTIMAS DE UNA MUJER

*El amor existe, no es una ilusión. Uno simplemente tiene que reconocerlo y ser humilde ante él.*

Hablarle a Julian de su nuevo trabajo como camarera resultó más fácil de lo que Miriam pensó en un principio, y él se alegró tanto que la rodeó con sus fuertes brazos y acabó por levantarla

varios palmos del suelo en su felicitación. Lo único que no le gustó demasiado fue saber que su nuevo compañero bebía los vientos por ella. Julian no tenía ningún derecho a mostrarse celoso, pues él aún mantenía una relación con otra mujer mientras era ya más que evidente su atracción por Miriam y, aún más, se estaba planteando empezar una historia con ella; pero, aun así, no pudo evitar que se formara en sus labios una mueca de disgusto.

Mientras los tres picoteaban algo de cenar en la cocina, Carol les explicó su altercado con Daniel y los amigos de este. Al parecer, el grupo había acabado en algún pub del centro, y Fred,

olvidada ya toda su timidez, decidió entrar en acción y probar los sensuales labios de Carol. El chico ni siquiera había alcanzado a rozar la boca de la chica cuando Daniel lo apartó de un empujón.

—Y va y lo aparta de mí como si Fred tuviera ácido corrosivo en la boca o algo así —dramatizó Carol al narrarles lo ocurrido; luego mojó un trozo de pan en queso para untar y dio un mordisco antes de continuar hablando con la boca llena—. La cuestión es que ahora no sé si lo hizo para evitar que me liara con su amigo, porque soy tu hermana y está coladito por ti o bien porque Daniel ha sentido un flechazo nada más verme.

Miriam le lanzó a Julian una mirada desesperada; el modelo, sin embargo, no pudo más que reír tras escuchar a Carol. Le parecía tremendamente divertida la espontaneidad de la hermana de Miriam, que no tenía reparos en hablar de cualquier tema de conversación siempre que a ella le pareciera oportuno.

—Julian —prosiguió Carol—, el caso es que si yo fuera tú no me preocuparía demasiado. Es obvio que mi hermana solo tiene ojos para ti. Y Mir, asume que mi atractivo natural te ha desbancado a ojos de Daniel.

—Zorra —masculló Miriam tras morder su sándwich—. Si no fueras mi hermana, te odiaría.



Julian rompió a reír en roncas y masculinas carcajadas. Apenas estaba participando en la conversación, pero ser testigo del intercambio de insultos cariñosos entre las hermanas Blasco había conseguido que le resultara imposible dejar de sonreír desde que se sentaron a cenar en la isla de la cocina. Se dijo mentalmente que tendría que enviar una cesta de frutas o dulces típicos ingleses a la familia Blasco en agradecimiento por aquellas dos hermanas que le estaban cambiando la vida.

Al retirarse a descansar, cada uno lo hizo en su propia habitación. Después de que su hermana los interrumpiera en

el estudio de Julian, a Miriam no le apetecía que Carol supiera lo que estaba haciendo con él en la habitación de al lado. Conocía a su hermana y sabía que permanecería toda la noche despierta esperando escuchar algún gemido o grito en mitad del glorioso orgasmo —que sabía que Julian le proporcionaría— para que lo analizara a la mañana siguiente durante el desayuno. Como psicóloga le diría que el sexo estaba únicamente en su cabeza, pero como hermana, Carol estaría burlándose de ella hasta que decidiera regresar a España.

Por la mañana, al abrir los ojos y mirar el despertador, Miriam se sorprendió al ver lo temprano que era. A pesar de haberse pasado la noche soñando con Julian y los tórridos besos que habían compartido durante la noche anterior en su estudio, había logrado dormir a pierna suelta y se sentía con la energía suficiente para empezar el día.

Después de asearse, Miriam trató de despertar a su hermana y convencerla para que la acompañara al trabajo, pero fue tarea imposible: Carol dormía como un tronco, abrazada a la pobre almohada que recogía el hilillo de saliva que le caía por una de las comisuras de la boca. En cualquier otra situación,

Miriam se hubiera molestado y habría acabado por despertar a gritos a su hermana e, incluso, la hubiera arrastrado de la cama, pero aquella mañana era diferente. Sentía que una nueva etapa en su vida estaba a punto de comenzar, y ya no le importaba que Carol se quedara a solas con Julian, pues sabía que a él ya no le molestaban las excentricidades de ella o de su hermana y que incluso parecían divertirle sus salidas de tono. Sin duda, Julian era el yerno perfecto que toda madre desea. La cuestión era: ¿sería Julian perfecto para ella?

Se caló hasta las orejas el gorro de lana de color burdeos cuando el frío viento de la mañana azotó sus mejillas y las tiñó de un vívido color rojo. A pesar

de que le quedaba poca vida al invierno, Miriam pensó en lo irónico que era sentir tanto frío cuando la mayoría de los ingleses usaba camisetas de manga corta cuando aparecían unos tímidos rayos de sol. Aquel detalle sin importancia le recordaba que ella era una chica extranjera y que, aunque estuviera logrando adaptarse sin muchos problemas, su corazón seguía anclado en España. ¿Podría ella abandonar de manera indefinida a su familia? Ni siquiera había comenzado una relación con Julian y ya se estaba planteando instalarse en Londres a su lado.

Tenía la cabeza hecha un lío y las orejas amenazaban con empezar a echar

humo de tanto como maquinaba su cerebro. Decidió que, como tenía tiempo de sobra, optaría por caminar hacia el pub en lugar de tomar la habitual línea de metro.

Era tan temprano que apenas si se cruzó con un par de personas mientras bordeaba Hyde Park. Los más madrugadores habían aprovechado para salir a correr por el parque más famoso de la ciudad antes de acudir a sus puestos de trabajo. Sonrió para sí cuando un anciano caballero vestido de *tweed* y que paseaba a un pequeño Jack Russell se tocó el ala del sombrero y le dio los buenos días con un marcado acento británico.

Tras enfilear Piccadilly, la larga

calle parecía desierta, y ni siquiera discurrían por ella los típicos autobuses rojos de dos plantas. Miriam respiró hondo sin importarle que se le congelaran los pulmones. Quería respirar Londres cuando apenas había gente en las calles, empaparse de ella, de su humedad y su clima frío, del ruido del camión de la limpieza que descargaba sábanas limpias frente al prestigioso hotel Ritz e incluso del anciano vendedor que se situaba en una de las aceras para vender algún que otro *souvenir* a los turistas. Aquella ciudad era maravillosa, muy distinta a todo lo que ella conocía en España. Amaba la tierra que la había visto nacer y sabía

que, pasara lo que pasase, ella algún día regresaría a su hogar. Pero también sabía que en Londres podría ser muy feliz.

Al cruzar la calle, se vio reflejada en la brillante cristalera de una coqueta cafetería que llevaba por nombre Caffè Concerto. Al otro lado del escaparate, una chica con un gracioso sombrero de repostera sobre la cabeza colocaba las porciones de los dulces recién horneados, y a Miriam se le hizo la boca agua. Incluso las tartaletas de fruta que a ella nunca le habían gustado la incitaban a comprar un par de ellas para tomarlas como desayuno.

Decidida, entró en el local y pasó varios minutos observando los



deliciosos pasteles mientras la suave voz de la cantante Duffy hablaba sobre una chica que sueña con su futuro. Al final optó por una cajita de dulces de chocolate y vainilla muy parecidos a los *macarons* franceses, algo muy práctico teniendo en cuenta que aún le quedaba la mitad del camino por recorrer a pie hasta el trabajo.

A pesar de haberse entretenido comprando un delicioso —¡y carísimo!, pero el lugar y el producto lo merecían — desayuno, Miriam llegó con tiempo de sobra al pub, que aún permanecía cerrado, con lo cual optó por sentarse sobre la acera a esperar a que alguno de sus compañeros apareciera mientras ella

daba buena cuenta de sus *macarons*.

Daniel llegó silbando alguna canción que hubiera escuchado en la radio esa mañana y le sonrió nada más verla sentada en el suelo. Llevaba las manos metidas dentro de los bolsillos de sus tejanos oscuros, y aunque tenía el rostro ruborizado a causa del aire frío, Miriam sabía que Daniel apenas tenía frío. Era un duro chico inglés con un corazón que no le cabía en el pecho, y su sonrisa era capaz de derretir el iceberg más enorme del planeta. En lugar de apresurarse a abrir el pub, se sentó a su lado y aceptó la cajita de dulces que Miriam le tendía.

—Yo creía que a los españoles les gustaba dormir hasta tarde. ¿No

inventasteis vosotros la siesta?

—Y yo pensaba que los británicos erais una panda de capullos y estirados esnobs. He comprobado que era cierto. Devuélveme mis galletas.

Daniel rompió a reír y se metió un *macaron* entero en la boca.

—¡Serás animal! —lo acusó Miriam, sin ocultar su sonrisa—. Y además, ¿por qué estás tan contento esta mañana? Hace frío y es tan temprano que ni siquiera las palomas han salido a guarrearlo todo con sus cagaditas.

—Visto así, me pintas el día de color gris.

—Ya es gris.

—Vale, de acuerdo gruñona. —

Daniel le devolvió los dulces y se sacudió las manos para deshacerse de las migas—. ¿Qué te pasa?

—Nada.

Cuando Daniel se la quedó mirando con una de sus rubias cejas arqueadas, Miriam resopló y acabó contagiándose de la risa de él. Daniel tenía razón, y de un tiempo a esa parte se estaba volviendo gruñona. Realmente no tenía motivos para estar de mal humor, sino todo lo contrario. Probablemente aquel acabaría convirtiéndose en uno de los mejores días de su vida.

—Nada. —Miriam lo vio abrazarse las rodillas y balancearse hacia atrás y de nuevo al frente mientras permanecían sentados sobre el frío pavimento—. Te

acabas de cargar mi día de la suerte y no te pasa nada.

—¿Tienes un día de la suerte?

Daniel se encogió de hombros y le dedicó una bonita sonrisa.

—He decidido esta mañana que hoy sería mi día de la suerte. Pero ahora que lo pienso, a lo mejor tengo que prestártelo.

Ella le golpeó en el brazo sin fuerza y Daniel se acercó un poco más hasta rodearle los hombros con un brazo.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Acabas de hacérmela, pero vale. Te dejo que me preguntes.

—¿Tiene mi hermana algo que ver con que hoy sea tu día de la suerte?

Daniel la miró como si de repente Miriam hubiera pronunciado la frase en su idioma materno y no hubiera entendido ni una sola palabra. Se rascó la cabeza y miró hacia otro lado mientras decía:

—¿Qué? No sé de qué me hablas.

—¡Ajá! O sea, que sí. —Dejando la cajita a un lado, Miriam se frotó las manos—. Desembucha. ¿Te gusta?

—¡Por Dios, Miriam! ¿Qué es lo que te ha contado?

—Dice que la besaste. Y no un simple besito en la mejilla como una correcta despedida entre dos casi desconocidos. ¡La morreaste!

—Tuve un buen motivo.

Ahora fue Miriam quien alzó una ceja mientras le lanzaba una mirada acusadora.

—Fred estaba a punto de meterle la lengua hasta la campanilla —se apresuró a explicar Daniel—. No me parecía correcto.

—Claro, por eso preferiste ser tú el que le metiera la lengua a mi hermanita pequeña, ¿no es así?

—Dicho así suena fatal.

Miriam rompió a reír a carcajadas y casi acabó tumbada de espaldas en mitad de la calle como consecuencia de su ataque de risa. Daniel, por su parte, parecía totalmente abochornado.

—Vamos, Daniel. Te estoy tomando

el pelo.

Dejó que él la ayudara a levantarse, y Miriam se apoyó en la pared de la fachada mientras Daniel subía la persiana del pub.

—Dime una cosa. ¿Qué es lo primero que pensaste cuando traje ayer a Carol?

—Que era una rubia loca y guapísima.

Miriam puso los ojos en blanco.

—¿Por qué todos los tíos sois iguales? ¡Te estoy hablando en serio, vamos!

Entró detrás de Daniel y chascó la lengua cuando vio que él se adentraba en el local sin molestarse en encender las luces. Con lo patosa que era ella



acabaría cayendo de boca al suelo.

—¿Qué quieres que te diga? No me pareció bien que Fred se ligara a tu hermana.

—No te pareció bien porque te pusiste celoso.

—No seas ridícula. La acababa de conocer.

Miriam se quitó el abrigo y lo dejó sobre uno de los barriles que utilizaban como mesa para los clientes; luego colocó los brazos en jarras como hacía su madre cada vez que les echaba la bronca a ella y a sus hermanos pequeños y permaneció de pie mirando a Daniel.

—¿Sabes, Daniel? Hace una semana hubiera apostado mi brazo

derecho a que estabas coladito por mí.

—Estaba coladito por ti.

Ella levantó el dedo para indicar que no había terminado.

—Tú mismo lo has dicho. Estabas. Ahora bebes los vientos por mi hermanita.

—Reconozco que es guapa —acabó admitiendo él en un resoplido—. Por Dios, está más loca aún que tú y anoche me quedó claro que con ella uno nunca puede estar seguro de nada. ¿Qué?

Miriam lo estaba mirando con una sonrisa ladeada en los labios, la misma con la que Julian la había mirado a ella la primera noche, cuando se conocieron.

—Nada. —Al pasar por su lado, se detuvo a escasos centímetros de él y

volvió a utilizar el dedo para señalarlo, esta vez, muy cerca del rostro—. Pero te lo advierto, es mi hermana pequeña, y si la fastidias te perseguiré hasta darte caza. *Capisci?*

Daniel le sonrió.

—Alto y claro, señorita Corleone.

—Y ahora, ¡a trabajar!

Para cuando Miriam regresó a casa, ya hacía un par de horas que se había puesto el sol, y los residentes del bonito barrio de Julian se preparaban para cenar en familia. Miriam pensó que en España sus padres acabarían de tomar un café o estarían picoteando algo antes

de la cena. Al entrar por la puerta se vio asaltada por un torbellino rubio que no era otra cosa que su hermana Carol. Cuando la besó, Miriam pudo oler su propio perfume en la ropa de su hermana y decidió que tendría que esconderlo si quería volver a utilizarlo.

—Me has dado un susto de muerte —la acusó; después se fijó en la ropa que llevaba Carol—. ¿Vas a salir?

—Ajá. —Carol la hizo girarse para ayudarla a quitarse el abrigo y ella misma se deshizo del gorro que Miriam llevaba—. No necesito tu permiso, mamá. Además, sigo teniendo el mapa de Julian, y me ha hecho una ruta con boli fosforito por si me pierdo.

—¿Habéis estado hablando?

Realmente le parecía imposible, puesto que Carol no hablaba ni una sola frase de inglés y Julian... Bueno, al menos se defendía con el español.

—Claro que hemos estado hablando. Los juegos de mayores te los dejo a ti, querida. Aunque tendrás que concederme el placer de la vista. ¡Ese tío está como un queso!

Miriam puso los ojos en blanco cuando Carol la hizo a un lado para mirarse en el espejo de la entrada.

—No me esperes levantada. Fred me ha llamado y quiere invitarme a cenar después de lo que pasó anoche. ¿Me dejas tu brillo de labios?

—¿Fred? —Sin ser consciente de

lo que sus manos hacían, le tendió el *gloss* rosa a su hermana—. ¿Estás segura, Carol? He estado hablando con Daniel y creo que los dos podríais entenderos.

—Bah. —Haciendo «pop» con los labios, Carol se giró para que su hermana la observara—. ¿Qué tal estoy?

Con una corta minifalda azul plisada y un bonito jersey de perlititas en el escote de forma de barco, Carol estaba preciosa, y Miriam estaba segura de que la mitad masculina de Inglaterra acabaría rendida ante sus pies.

—Estás preciosa, pero eso ya lo sabes. —Le sonrió—. ¿Irá Daniel también con vosotros?

—No tengo ni idea. Pero deja ya de

darme charla. Tengo que irme y tú tienes una cita a ciegas.

—¿Qué? Yo no tengo ninguna cita.

—Claro que sí. —Carol se puso el abrigo y besó a su hermana en la mejilla—. Tu chico es un encanto y está buenísimo, pero es aún peor que yo en la cocina. Esta mañana me dio un zumo de vómito de la niña del exorcista como desayuno.

Miriam hizo una mueca de desagrado.

—¿Tan malo estaba?

—¡Peor! Disfruta de esta noche, hermanita.

Y tras guiñarle un ojo, le lanzó un beso desde la puerta y se marchó.

Miriam ni siquiera tuvo tiempo de preguntarle a qué se refería. Respiró hondo y se dejó llevar por los acordes de la canción de Sam Smith que se escuchaba de fondo por toda la casa. Su voz triste lamentaba saber que su relación era a tres bandas, pero ella apenas escuchaba lo que decía. Sentía que las rodillas le temblaban, y tuvo que frotarse las manos para mantener a raya su nerviosismo.

Encontró a Julian encendiendo un par de velas en la mesa que nunca usaban, al otro lado de la cocina. Estaba guapísimo con la camisa blanca abierta en el cuello, las mangas subidas mostrando sus fuertes antebrazos y los vaqueros ciñéndose a sus piernas y



marcando su perfecto trasero. Al acercarse, Miriam se dio cuenta de que iba descalzo y la boca se le hizo agua.

Cuando Julian se giró hacia ella, le dedicó una sonrisa que iluminó todo su rostro e hizo que los ojos le brillaran. Así era como Miriam había imaginado que la miraría un hombre algún día, un hombre completa y absolutamente enamorado de ella. El corazón se le encogió y se saltó un par de latidos.

—Bienvenida a casa.

La voz de él, apenas susurrada, le llegó muy adentro, y aceptó la mano que Julian le tendía. Se quedó sin respiración cuando él se la llevó a los labios y la besó en el dorso.

—¿Qué es todo esto? —logró preguntar ella.

Él le sonrió y la invitó a que se acercara.

—Esta mañana te marchaste tan temprano que no tuve tiempo de prepararte el desayuno. Así que he pensado que podía comportarme como un buen muchacho y prepararte la cena mientras tú descansas.

—¿Has cocinado para mí?

Julian volvió a sonreírle y la abrazó por la espalda.

—He tenido un poco de ayuda. Carol me ha echado una mano.

Miriam soltó una carcajada.

—Será mejor que pidamos comida

a domicilio, entonces.

Él rio con ella y la animó a que echara un vistazo a los platos que había preparado.

Se quedó sin aliento al ver que Julian se había preocupado por hacer que se sintiera cómoda. Había cocinado platos españoles para ella, y Miriam supo entonces que su noche especial junto a Julian acababa de comenzar.

## CITA A CIEGAS

*Esta sí que es una cita a ciegas. Todavía estás a tiempo de escabullirte, es tu última oportunidad.*

Sobre el mantel de lino blanco que cubría la mesa de la cocina, Julian habían colocado varios platos en los que llevaba trabajando prácticamente todo el día. Se había esmerado en engalanar la mesa en la que los dos cenarían e

incluso había encendido una solitaria y larga vela que otorgaba un ambiente íntimo y romántico a la velada. Miriam sintió escozor en los ojos cuando vio una tortilla de patatas que parecía que había sido aplastada por el camión de juguete de un niño de tres años junto a un plato de jamón, una pequeña fuente de ensaladilla rusa y unos palitos rebozados que tenían un aspecto muy apetitoso.

—Sé que la tortilla no tiene muy buen aspecto —se explicó él al ver que los ojos le brillaban—. Tu hermana y yo tuvimos que intentarlo varias veces hasta que nos dimos por vencidos y este es el resultado. Pero prometo que sabe mejor de lo que parece y que no estoy

intentando envenenarte.

Miriam, sin embargo, negó varias veces con la cabeza y levantó los ojos vidriosos hacia el rostro de Julian.

—Es la primera vez que un hombre cocina para mí —dijo con voz queda—. Gracias.

Alzándose sobre las puntas de los pies, Miriam rodeó el cuello de Julian con los brazos y lo besó en los labios para expresarle no solo agradecimiento, sino también todo lo que él significaba para ella. Julian aprovechó ese beso para sujetarla de la cintura y pegar el cuerpo de Miriam a su fuerte torso. Ella gimió bajito contra su boca al sentir el calor que irradiaba el pecho de Julian

bajo la camisa.

Cuando se separaron él la miró con los ojos brillantes de satisfacción y una sonrisa preciosa adornando sus labios. De pronto, Miriam se sintió tímida y agachó la mirada al tiempo que interponía un poco de distancia entre ambos.

—¿Te gusta, entonces?

Se fijó en que los labios de Julian estaban ligeramente hinchados tras su beso, y aquello le gustó tanto que sintió que el corazón se le aceleraba.

—No puedo creer que te hayas tomado tantas molestias por mí. Y aún menos que mi hermana te haya ayudado a cocinar.

Él se le acercó, tomó uno de los

tenedores brillantes que había sobre la mesa y trató de pinchar un trocito de tortilla. Estaba tan tierna que acabó despedazándose antes de poder acercar el tenedor a la boca de Miriam.

—¡Riquísima! —exclamó ella con la boca llena.

—Pues esta es la prueba número tres. —Julian apartó una silla, invitándola a sentarse; después tomó asiento frente a ella y sirvió un par de copas de vino—. Al primer intento me quedó claro que Carol es tan negada para la cocina como yo.

Miriam estalló en carcajadas y casi se atragantó con un trocito de jamón que se había llevado a la boca. Lo disfrutó



tanto como si fuera el pata negra que su padre compraba cada año por navidad. Se removió en la silla cuando vio que Julian se chupaba el dedo que había quedado manchado después de intentar recomponer su trozo de tortilla.

—El truco está en el giro de muñeca. Créeme, soy una experta.

—No me cabe la menor duda. — Julian le acercó otro plato—. ¿Por qué no pruebas esto?

Miriam tomó con los dedos uno de los palitos de merluza que Julian le ofrecía y cuando dio el primer bocado, él sonrió, satisfecho de sí mismo, cuando a ella se le abrieron los ojos como platos.

—¡Son las croquetas de mi madre!

—exclamó, emocionada—. ¡No puedo creerlo! ¿Cómo las has conseguido?

Julian se encogió de hombros y trató de hacerse el interesante hasta que Miriam le lanzó su servilleta a la cara.

—Tu hermana recordó que era tu plato favorito —acabó confesando—. Así que llamó a tu madre y la convenció para que tuviéramos una videoconferencia y que nos explicara así la receta paso por paso. ¿Por qué me miras así?

—¿Has hablado con mi madre?

—Mejor aún —sonrió—, la he visto y es una mujer encantadora. Y muy guapa. Casi tanto como tú.

—¡No puedo creer que hayas

conocido a mi madre! —La voz de Miriam era tan aguda que si hubieran vivido en un piso, el bloque entero de vecinos la habría escuchado—. Ni siquiera le he hablado de ti.

—Una madre lo sabe todo, cariño.

Julian tomó su mano y entrelazó sus dedos a los de Miriam por encima de la mesa. La mayoría de personas que había conocido desde que se había convertido en un modelo reconocido lo trataban como si él fuera un ser superior, como a alguien admirado al que hay que agasajar y, en algunos casos, tratar de seducir. Con Miriam nunca había sido así. Ella ni siquiera sabía quién era él cuando se conocieron, y cuando supo que vivía con el modelo más cotizado

del momento, había continuado tratándolo del mismo modo. Ella era fresca, espontánea. Era una mujer real y hacía que él se sintiera especial por sí mismo, no por lo que representaba por su fama y su trabajo.

Compartieron la cena típica española entre risas y confidencias, disfrutando de la mutua compañía y de los incipientes sentimientos que comenzaban a sentir el uno por el otro. Era ya innegable la atracción existente entre ellos, y cada vez que se miraban saltaban chispas por encima del mantel.

Sin embargo, cuando hubieron retirado los platos y pensaron que sería buena idea acabarse la botella de vino

cómodamente sentados en el sofá, Miriam no pudo evitar formular la pregunta que hacía ya un largo rato le rondaba en la cabeza.

—¿Has podido hablar con Maggie?

Julian interrumpió el gesto de llevarse la copa a los labios, abrió los ojos y la miró por encima del fino cristal de bohemia. Sus brillantes ojos azules estaban velados ahora por una fina capa de preocupación, y Miriam se dio cuenta de ello, pero decidió esperar su respuesta antes de sacar conclusiones precipitadas.

—He intentado hablar con ella — dijo él finalmente; sus ojos seguían con preocupación los dedos de Miriam, que acariciaban el borde de la copa—. La he

llamado por teléfono varias veces esta mañana, pero no ha habido forma de contactar con ella.

Miriam suspiró, ¿qué otra cosa podía hacer? De algún modo sabía que su relación con Julian no sería fácil, que tendrían impedimentos para comenzar una historia juntos. Ella quería ser su compañera, quería estar con él y comprobar hacia dónde podrían llegar si estaban juntos, pero tampoco quería ser la tercera en discordia. No conocía a Maggie, pero no quería que la mujer sufriera por su causa. De algún modo, sentía que era ella la intrusa y que había estropeado el romance de dos personas influyentes, famosas y guapísimas. La

pareja perfecta.

—No es algo fácil —continuó él—. Y no quisiera hablarlo por teléfono. Me gustaría contarle cara a cara lo nuestro.

Ella le permitió que le acariciara el dorso de la mano y que entrelazara sus dedos después. Su contacto era cálido, suave y encendía la llama de su pasión, de su deseo, con el más mínimo roce. Quería a ese hombre, pensó. No se trataba solo de deseo sexual.

—Pero le has hablado de mí, ¿no? Sabe que existo.

El ligero tic que apareció bajo el ojo izquierdo de Julian no le pasó desapercibido y Miriam se temió lo peor.

—Sabe que estoy viviendo con

alguien, sí. Pero...

Ahí estaba el pero.

—Pero no sabe que tú me quieres  
—acabó por él en un suspiro.

Julian negó con la cabeza.

—No supe cómo decírselo cuando fui a verla. Me marché con la intención de reafirmarme. Intentaba convencerme de que todo seguía como siempre, que mi relación con Maggie era lo mejor para mí. Pero me equivocaba. —Julian utilizó sus dedos para levantarle el mentón y hacer que lo mirara a los ojos —. En mi cabeza, en mi corazón, tan solo estabas tú.

—Pero no le dijiste lo que hay entre nosotros.



—No —negó él, y el arrepentimiento se reflejó en su ceño fruncido—. No tuve el valor suficiente, no quería hacerle daño y... Mírate, ahora te estoy haciendo daño a ti.

Ella le sonrió para tranquilizarlo, pero su sonrisa a Julian se le hacía lejana; estaba cargada de preocupación y tristeza y por nada del mundo iba a permitir que la chispa de la vida se apagara en el espíritu de Miriam.

—Entiendo que es algo delicado de tratar —le susurró ella, deshaciéndose de las caricias de sus dedos—. No te preocupes, Julian. Lo entiendo perfectamente.

—Se lo contaré todo, no tengas

dudas.

—Te creo —le aseguró Miriam—. Sin embargo, hay algo que me gustaría saber.

Él dejó la copa a un lado y cruzó las piernas de manera desenfadada sobre el sofá. Aunque trató de recuperar las manos de Miriam y sujetarlas entre las suyas, ella se hizo a un lado, y aquel simple gesto lo sintió como un golpe en su pecho.

—Puedes preguntarme lo que sea. Ella se acabó de un trago el contenido de su copa, cerró los ojos y respiró hondo antes de decir:

—¿Te acostaste con ella?

Los ojos de Julian se abrieron como platos y los dos discos azules que

rodeaban su pupila adquirieron una tonalidad oscura, como las aguas del mar justo antes de llegar una tormenta.

—Claro que no me acosté con ella. —Su voz se asemejaba a la de un barítono y Miriam se dio cuenta de que estaba haciendo esfuerzos por contenerse—. ¿De verdad piensas que lo hice?

Ella se encogió de hombros.

—No te lo reprocharía. A fin de cuentas, nosotros no somos... —Y se corrigió de inmediato cuando vio la ceja alzada de Julian—. No éramos nada. Julian, fuiste a ver a tu novia y estuviste con ella varios días. Entendería que tuvierais sexo.

Julian se pasó una mano por su bonito rostro surcado de preocupación. Al verlo, con su cuerpo tan fuerte, tan musculoso, su cara preciosa de mirada seductora y sus manos fuertes dispuestas a protegerla, Miriam sintió una oleada de ternura. Sabía que los sentimientos de Julian hacia ella eran más fuertes de lo que ninguno de los dos estaba dispuesto a reconocer aún, y la certeza del incipiente amor que se profesaban la asustaba y la complacía a partes iguales. Nunca antes se había sentido tan especial. Solo con él.

Al fin, él levantó la cabeza y le clavó la mirada.

—¿Quieres la verdad? —Ella

asintió varias veces con la cabeza—. Bien, te lo contaré. —Pero antes, tomó la copa que había dejado abandonada minutos antes y resopló al ver que ya estaba vacía—. La verdad es que sí, intentamos tener sexo.

—¿Ves? No hay ningún problema en que...

—No he terminado —la interrumpió él, y tomó las mejillas encendidas de Miriam entre sus manos—. Creí que si me acostaba con Maggie tú desaparecerías de mi cabeza. Y casi me convencí de ello, maldita sea.

—¿Entonces? Julian, no entiendo lo que tratas de decirme.

—Lo que trato de decirte, terca española, es que pude engañarme a mí

mismo convenciéndome de que te había sacado de mi cabeza. Pero lo que no pude hacer fue sacarte de mi corazón.

Los labios de Miriam formaron una O perfecta, pero de su garganta no salió ningún sonido, tan impresionada estaba por la declaración de Julian.

Él sonrió a ver la sorpresa en su rostro. Era adorable, era preciosa. Y era toda suya.

—Así que la respuesta es no. No me acosté con Maggie. De hecho, apenas pasamos tiempo juntos. —Julian dejó que su cabeza descansara sobre la frente de ella y su voz se tornó en un susurro cuando dijo—: Solo te quiero a ti.

Miriam apenas tuvo tiempo de

asimilar sus palabras antes de que Julian tomara posesión de sus labios entreabiertos. Su boca se movía sobre la de ella de manera sensual, tomando y exigiendo más, todo al mismo tiempo. Con su húmedo beso, trataba de demostrarle que todo lo que acababa de decirle era cierto y que ella era la única mujer para él, aunque aún no fuera del todo libre para amarla como ella se merecía.

Ella se rindió a sus besos y permitió que la tumbara de espaldas encima del sofá mientras él se cernía sobre su cuerpo y se hacía hueco entre sus piernas. Miriam aprovechó la escasa tregua que le permitieron los besos de Julian para lograr introducir algo de aire

en sus pulmones. De nada sirvió cuando lo vio arrodillado entre sus muslos, con la respiración jadeante, mientras se abría la camisa de un tirón. De no ser por lo excitada que se sentía, Miriam hubiera reído a carcajadas al ver la hilera de botones saltar por los aires en su arranque típicamente masculino y primitivo. Cuando Julian volvió a reclamar sus besos y le introdujo la lengua en la boca, Miriam aprovechó para asirse a su nuca con una mano mientras utilizaba la otra para explorar el duro abdomen del hombre que tenía encima. Juguetona, mordió el labio inferior de Julian y sonrió cuando sintió que el estómago de él se contraía bajo



las caricias de sus dedos. Aquel hombre era magnífico, pensó, y la quería solo a ella.

Julian se removió encima y su creciente erección se clavó en el muslo de ella. Miriam ahogó un gemido, impresionada por lo duro que lo sentía aun estando cubierto por los pantalones.

—Esto es lo que me provocas... — le susurró él al oído.

Luego su lengua hizo maravillas en su oreja y Miriam notó la humedad crecer entre sus piernas. Cuando Julian acunó sus pechos cubiertos en ambas manos y presionó la pelvis contra ella, Miriam se arqueó bajo su cuerpo y de su garganta salió un ronco gemido de pura excitación; luego los dedos de él

comenzaron a manipular sus sensibles pezones y ella simplemente se creyó morir.

Estaba a punto de volver a pasarle; su corazón se aceleraba más y más a medida que el orgasmo se acercaba. Todo su cuerpo temblaba y un ramalazo de placer le recorrió la espina dorsal mientras Julian continuaba frotándose una y otra vez contra la unión entre sus muslos. Miriam no quería que pasara, no así, no como la última vez. La pasión desenfrenada que sentían el uno por el otro se volvía irrefrenable, y ninguno de los dos era capaz de contener el deseo que se provocaban. Además, estaba aquel pequeño detalle que no se iba de

su cabeza ni siquiera cuando estaba a punto de alcanzar el clímax, y era que Julian continuaba siendo un hombre comprometido.

Apenas ese pensamiento hubo cruzado por su mente, la abrasadora excitación que le recorría el cuerpo se enfrió de golpe hasta convertirse en un bloque de hielo.

—Para... —susurró todavía jadeante, tratando de quitarse a Julian de encima—. Julian, por favor... Tenemos que parar.

La boca de él estaba gloriosamente entretenida en humedecerle la camiseta allí donde se marcaba el erecto pezón, y Miriam tuvo que sujetarle la cabeza para apartarla de aquella zona erógena de su

cuerpo y conseguir que le prestara atención.

—No podemos hacerlo. Tenemos que esperar.

Mirándola como si ella estuviera hablándole un dialecto del español que él no comprendía, Julian se alzó sobre sus brazos e interpuso un poco de distancia entre sus cuerpos excitados. Estaban por fin disfrutando de lo que ambos deseaban, se lo estaban pasando tan bien que no entendía por qué Miriam le había pedido que parase.

—¿Qué quieres decir con que tenemos que esperar?

Ella logró escabullirse de sus brazos y se deslizó por el sofá hasta

caer sentada en el suelo. Luego se puso en pie, recompuso sus ropas revueltas y le tendió la mano a Julian para ayudarlo a levantarse.

—Quiero decir que no está del todo bien. —Tomó la camisa rasgada de él y se la tendió—. Habla primero con Maggie, por favor. No creo que sea justo para ella que tú..., que nosotros... —resopló; lo último que necesitaba era ponerse a tartamudear—. No tiene por qué sufrir más de lo necesario.

Él se colocó la camisa y la dejó abierta mostrando su pecho; no se había salvado ni un solo botón, pero ¡qué importaba! Lo único que él quería era perderse entre los brazos de la mujer que le había robado el aliento. Puede

que incluso el corazón.

—¿Tanta importancia tiene para ti que esperemos para hacer el amor?

Miriam sintió que las rodillas le temblaban cuando Julian pronunció eso de «hacer el amor». La mayoría de los hombres hubieran usado la palabra «acostarnos» o incluso «follar». Pero no Julian. Él era de la vieja escuela, un hombre con todas las letras. Y aunque le pareciera imposible, se enamoró un poquito más de él.

Acariciándole la mejilla, se alzó sobre las puntas de sus pies para dejar un tierno beso sobre los labios masculinos.

—Sabía que lo entenderías.

—Te entiendo —susurró él—. Y aunque en este momento no lo parezca, te respeto.

Ella soltó una risita cuando los ojos de ambos se fijaron en la protuberancia que crecía dentro de los pantalones de él.

—Te lo recompensaré, lo prometo. Ahora voy a subir mi habitación y los dos nos acurrucaremos en la cama como dos niños buenos.

—¿Buenos?

—Muy buenos —le aseguró ella antes de perderse escaleras arriba—. Buenas noches, Julian.

## SUCEDIÓ UNA NOCHE

*Pero así son las cosas, crees tener algo bueno en las manos y de pronto llega otro, cambia todo el final y no tienes nada.*

Justo cuando puso un pie en su habitación, Miriam se arrepintió de la decisión que había tomado. ¿Qué demonios le pasaba? Lo que más deseaba en el mundo era estar con Julian



—en aquel momento, del modo más íntimo posible—, entonces, ¿por qué le había pedido que parara? El miedo al fracaso se había apoderado de ella y no había sido capaz de llegar hasta el final.

Mientras se cambiaba de ropa, trató de deshacer el amasijo de pensamientos que se arremolinaban en su cabeza. Por un lado, debía reconocer que le daba miedo comenzar una relación con Julian. Si las cosas no salían bien, sería ella la que más sufriría. Julian era un hombre conocido en todo el mundo, acostumbrado a los focos, las entrevistas, a la vida pública. Ella no era nadie y nunca lo sería. Se conformaba con llegar a ejercer un día su profesión como maestra de escuela e

intentar ser feliz. Si la relación entre ellos se rompía, Julian saldría adelante mientras que a ella no le quedarían más que amargos recuerdos de lo que podría haber sido y no fue. Pero, por otro, sabía que se arrepentiría el resto de su vida si no lo intentaba. A pesar de que él aún mantuviera una relación con Maggie, si tenía en cuenta lo que le había contado, la historia entre la actriz y el modelo tenía los días contados. Entendía que la chica estuviera resentida con ella, pero no había podido evitar enamorarse de Julian.

Después de pelear con el cuello del jersey y acabar completamente despeinada, Miriam pensó en lo que

representaba Julian a sus ojos. Era lo que se decía un hombre vistoso. Incluso los hombres debían girar sus cabezas al verlo pasar. Físicamente era perfecto, y las facciones ligeramente rudas de su rostro, junto a sus profundos ojos azules, no hacían más que incrementar su atractivo natural. Pero no era aquello lo que la había enamorado. Julian era atento y cariñoso y se había ofrecido a ayudarla aun cuando no la conocía; eso demostraba que era noble de corazón. Había confiado en ella, le había abierto las puertas de su hogar y se había propuesto cuidarla y protegerla desde el primer día. A pesar de su fama mundial, era un buen hombre, y el corazón de Miriam se alteraba con solo pensar en

él. Cuando por su mente cruzó la idea de que probablemente Julian fuese el hombre de su vida, Miriam sintió tal emoción que a punto estuvo de derramar unas lágrimas.

Así pues, le quedaban dos opciones: aprovechar la oportunidad que se le presentaba e ir a buscarlo o esconderse bajo las mantas y lamentarse del momento que había dejado pasar.

—¡Qué leches!

Se puso los pantalones a toda prisa y tan solo se permitió un par de segundos para adecentarse el pelo frente al espejo antes de cambiar de opinión. Decidida, salió de su habitación todo lo deprisa que sus piernas le permitían y

utilizó los nudillos para llamar a la puerta de Julian sin titubear un instante.

—Adelante.

Miriam abrió la puerta justo a tiempo para ver cómo Julian se quitaba las gafas negras de pasta. Estaba sentado en la cama, con la sábana cubriéndole hasta las caderas y el pecho descubierto; sobre el regazo tenía un grueso cuaderno que dejó a un lado junto a las gafas cuando la vio aparecer. La imagen de Julian acostado en su cama de cuatro postes dejó a Miriam sin respiración.

Él, al verla, utilizó sus fuertes brazos para incorporarse y no se molestó en ocultar su torso desnudo.

—No te esperaba esta noche —murmuró—. ¿Va todo bien? ¿Es tu

hermana?

Miriam negó con la cabeza y cerró despacio la puerta a su espalda. Lentamente caminó unos pasos hacia él y tomó asiento a su lado en la cama.

—No se trata de Carol, Julian. Se trata de mí.

Él notó que le temblaba la voz y que la respiración se le había acelerado. Al verla humedecerse los labios con la punta de la lengua, Julian ahogó un suspiro en su pecho y esperó pacientemente hasta que Miriam continuó hablando.

—Antes no tuve el valor de decirte lo que realmente siento. Cuando me dijiste que solo me querías a mí, yo...

—Miriam negó con la cabeza y el corazón se le aceleró bajo el pecho cuando Julian la tomó de la mano—. Es la primera vez en mi vida que un hombre se me declara —confesó, y una pequeña sonrisa asomó a sus labios—. Me alegra que hayas sido tú.

—¿Ah, sí?

No podía decirse que Julian no estuviera encantado con lo que oía, y no hacía nada por ocultar su satisfacción. Ella sonrió todavía más.

—Completamente. —Acercándose, Miriam le rodeó el cuello con los brazos—. Quiero estar contigo, Julian. Esta noche quiero que seas mío.

El gemido ahogado que salió de la garganta de Julian cuando la estrechó

contra su cuerpo reverberó directamente en el interior del pecho de Miriam, que acabó rendida entre sus brazos. Su boca hambrienta, anhelante de ella, se apoderó de sus labios, y en lo que dura un parpadeo, Miriam se vio envuelta por esos fuertes brazos de tacto satinado que la movían como si ella no pesara más que una pluma hasta dejarla tumbada de espaldas sobre la cama. Su mente gritaba desesperada por un poco de calma, pero en cambio su cuerpo clamaba por más pasión, más urgencia. Y Julian estaba ahí para complacerla.

—No te imaginas cuánto tiempo llevo esperando esto —le susurró él.

Aquella vez era diferente al primer



arretrato de pasión que vivieron tras la sesión de fotos. Ahora era real, los dos lo sabían, y esa certeza tan solo conseguía avivar aún más su deseo.

Miriam levantó los brazos cuando Julian manifestó en silencio su deseo por desnudarla, y cuando sus pechos desnudos quedaron al descubierto, un grito ahogado salió de lo más profundo de su garganta cuando vio a Julian enterrar la cabeza entre ellos. Los dedos de los pies se le doblaron sobre la suave sábana y su espalda se arqueó hacia arriba mientras Julian le acunaba ambos senos y su boca saboreaba primero un pezón, dejando la rosada cima erecta y húmeda de saliva, antes de pasarse al otro.

Cuando Miriam abrió los ojos y vio la morena cabeza sobre ella, su boca de labios sensuales dándose un festín con sus pezones, se sintió borracha de deseo. Enterró los dedos entre las hebras oscuras de su pelo y tiró de ellas con suavidad, hasta que consiguió que él la mirara. Las profundidades verdosas de ella se mezclaron con los dilatados ojos azules de él. En aquel momento, movido por la excitación, Julian le recordaba a una pantera a punto de atacar a su presa, de asaltarla y sacudirla hasta que no quedara nada de esta. Y Miriam estaba dispuesta a entregárselo todo.

Deslizándose por las curvas de su

cuerpo como el animal que era, Julian introdujo los dedos por la cinturilla de los pantalones del pijama y los deslizó por las largas piernas de Miriam llevándose en el camino las propias bragas. Ahora, desnuda completamente bajo él, el cuerpo de la mujer se retorció ante sus ojos siguiendo el sensual baile de la pasión. Su pene hinchado saltó dentro de los pantalones cuando la vio morderse los labios mientras clavaba la mirada en su abultada entrepierna.

—Sabes cómo prender la llama del deseo en un frío británico como yo, española.

Ella soltó una risita que ahogó en un gemido cuando Julian le lamió una cadera.

—Puedes ser muchas cosas, Julian —le susurró ella—, pero no eres ni mucho menos un hombre frío.

Miriam sintió los dientes de él sobre la piel y levantó las caderas cuando Julian deslizó los labios por el interior de sus muslos. Sus miradas se encontraron bajo el arco que formaba una de sus piernas flexionadas.

—¿Y qué es lo que soy?

El jadeo que Miriam emitió cuando sopló ligeramente sobre la mata de rizos de entre sus piernas llenó a Julian de un agradable orgullo masculino. La estaba poniendo a cien, lo sabía, pero no había hecho más que empezar.

—Eres...

—¿Sí?

Sujetándose en sus brazos en tensión, Julian reptó sobre su cuerpo y recorrió con su lengua el camino que le llevaba desde el ombligo de la mujer hasta la base de su cuello.

—¡Eres una bomba sexual!

Incluso su risa era sexy, pensó Miriam mientras él jugueteaba con el lóbulo de su oreja entre los dientes.

—Quiero tocarte...

Él se alzó para mirarla. La tomó de la mano y besó el interior de su muñeca, allí donde latía el pulso acelerado. Las pupilas de Miriam se dilataron cuando lo vio lamerle las venas azuladas de su muñeca; luego entrelazó los dedos con

los de ella e introdujo sus manos unidas en el interior de los pantalones del pijama.

—Toca, pues.

Estaba caliente, era sedoso y lo encontraba grandiosamente erecto. El pene de Julian se deslizaba entre sus dedos tal y como lo haría la sedosa cola de una pantera. Julian era su pantera y estaba listo para ella. Sus bocas volvieron a unirse en un húmedo y apasionado beso que no tenía intención de terminar nunca mientras ella lo masturbaba. Sentir la vibración de la garganta de él y tragarse sus roncos gemidos la hacía sentirse poderosa, y el suave vaivén de las estrechas caderas incrementaba su propio deseo.

—No esperemos más, Julian —le susurró al oído—. Ahora, ahora...

Él no la hizo esperar; arrodillándose entre las piernas abiertas de ella, Julian se deshizo de la única prenda que aún llevaba y corrió al encuentro de la mujer inteligente, preciosa e ingeniosa que le había robado la razón nada más verla en aquel aeropuerto.

Miriam se aferró al poderoso cuerpo masculino que tenía sobre ella utilizando los brazos y las piernas, enredándolas a la cintura de él cuando Julian la penetró. Hacía tanto tiempo desde la última vez que se acostó con alguien que sabía que el dolor sería

inevitable, pero este nunca llegó. El pene de Julian la llenaba por completo y se amoldaba al interior de su cuerpo como si fuera una pieza que hubiera perdido hacía tiempo y ahora hubiera vuelto a su lugar. Los dos encajaban, y unas profundas oleadas de placer recorrieron sus cuerpos desde la primera embestida.

Había imaginado que Julian sería un amante entregado al que le gustaba tanto dar placer como recibirlo, pero ahora que lo tenía empujando entre sus piernas, Miriam se daba cuenta de que se había quedado corta. A Julian le encantaba el sexo; le gustaba tanto que disfrutaba con el placer de ella, y cada vez que sus sensuales labios chupaban



sus pezones, Miriam sentía su miembro endurecerse todavía más dentro de ella.

Ella se consideraba a sí misma como una amante comedida durante el sexo, pero ahora, mientras hacía el amor con Julian, se sorprendió al escuchar los fuertes gemidos que emitía y los grititos de dicha cada vez que la hinchada cabeza del pene de él rozaba un sensible punto dentro de su vagina. Él también pareció excitarse con aquella nueva fricción, puesto que terminó por arrodillarse entre las piernas de ella, con las rodillas de Miriam a la altura del pecho, para tratar de alcanzar nuevamente aquel mágico lugar.

Miriam se maravillaba con la

potencia de Julian y la fuerza de su cuerpo. El modelo se entregaba en cuerpo y alma en el acto amoroso y acabó por colocar las manos sobre la pared del cabecero para impulsarse con cada nueva embestida.

El orgasmo que experimentó Miriam fue total y absolutamente arrasador. Ni siquiera tuvo fuerzas para retrasarlo; potentes oleadas de placer se apoderaron de cada fibra de su ser y ella tan solo pudo dejarse arrastrar por ellas hasta caer en el profundo abismo donde la esperaban la dicha y la satisfacción.

Mientras ella trataba de normalizar su respiración, sintió entre sus brazos cómo el cuerpo de Julian se tensaba hasta el último de los músculos que lo

conformaban y el ronco gemido de su clímax la calentó tanto como la fuerza de su derrame entre sus muslos.

Mirándose a los ojos, bebieron de los jadeos del otro y se alimentaron de los débiles gemidos que sus bocas exhalaban. Luego él la besó en los labios sin dejar de mirarla y salió de su cuerpo para acostarse a su lado. Miriam no tardó en seguirlo y usó su torso perlado en sudor como almohada.

Se había quedado catatónica, ojiplática. Completamente flipada.

Lo sintió jugar con su cabello enredado y aspirar su aroma, tal y como ella imaginó que haría el protagonista perfecto de una novela romántica. Esta

vez, se dijo, no era ninguna ensoñación ni se trataba de un pasaje de un libro. Ella era la chica, la protagonista. Y Julian era su hombre.

Incorporándose un poco, Miriam le mordisqueó una morena tetilla, y la sonrisa que le dedicó al mirarlo fue tan radiante que amenazaba con competir con la blanca luz de la luna que se colaba a través de la ventana.

—¡A esto se le llama dar la campanada! ¡Menudo machote!

## UNA CUESTIÓN DE TIEMPO

*Es tan hermosa... Si hicieras el amor con ella, te morirías. Le abrirías la camisa, le verías los pechos y tus ojos explotarían. Harías el amor ciego, y te morirías.*

Las carcajadas de Julian resonaron por toda la habitación y el modelo se dejó contagiar por el buen humor de Miriam.

—Creo que me tomaré eso como un cumplido —acabó por decir él.

—Es que lo era.

Miriam volvió a acomodarse a su lado y dejó descansar la mejilla sobre el amplio pecho de Julian. Ronroneó agradecida cuando él cubrió sus cuerpos desnudos con la suave sábana y ella se acurrucó un poco más en su costado.

—Pellízcame para que me despierte, Julian. Todo es tan perfecto que no puede ser real.

—Somos reales —le susurró él, los labios acariciándole el cabello despeinado al hablar—. Estamos aquí, los dos solos y juntos.

—Y desnudos —añadió ella.

—Muy desnudos. —Y para que no quedara ninguna duda, él deslizó los dedos entre las nalgas de ella—. Y eso me encanta.

—Pervertido —lo acusó Miriam en español, y volvió a sonreírle antes de que sus labios se unieran de nuevo en un beso cálido y al mismo tiempo apasionado—. ¿Qué estabas leyendo? —Julian arqueó una ceja; tan pronto Miriam utilizaba el castellano para expresarse como al minuto siguiente volvía a emplear el inglés, y a veces le costaba seguirla—. Antes, cuando he entrado en la habitación con la intención de seducirte. Estabas leyendo algo.

—¿Ya habías decidido que

intentarías seducirme?

Ella lo miró, coqueta.

—Ya sabes que sí. Pero no te hagas el sueco, vamos. ¿Qué era?

Julian abandonó momentáneamente la calidez que el cuerpo de Miriam le ofrecía para recuperar el guion que habían dejado caer al suelo mientras hacían el amor. Haciéndole una señal en una esquina de la página que estaba leyendo, lo dejó caer sobre el regazo de ella.

—«*Canción de amor*» —leyó Miriam en voz alta—. ¿Qué es?

—Es el guion para una película en la que me han propuesto trabajar —le explicó él mientras ella pasaba las páginas del grueso cuaderno.



Al escucharlo, Miriam levantó la cabeza y se lo quedó mirando con los ojos abiertos como platos, impresionada.

—Espera, ¿qué? ¿Te han propuesto trabajar en una película?

—Todavía no he terminado de leerlo y aún estoy pensándomelo —la frenó él.

—¿Qué es lo que tienes que pensar? —Y de un saltito, Miriam se apartó de él y se puso de rodillas sobre la cama, sin que le importara mostrar su cuerpo desnudo—. ¡Julian, esto es fantástico! Y es lo que querías, ¿no?

Él le sonrió, contagiado de su entusiasmo y buen humor. Si había

tenido alguna duda, ahora sabía que la vida junto a Miriam sería toda una aventura y que ella siempre estaría a su lado para apoyarlo en cualquier proyecto que se dispusiera a emprender.

—Es lo que me gustaría hacer. Pero antes de aceptar tengo que asegurarme de estar preparado. Quiero hacerlo bien, Miriam.

—¡Y lo harás bien! —le aseguró ella—. Cuéntame, ¿de qué va la película?

—Es la historia de un conde frío y solitario enamorado de una de sus doncellas. Una chica sorda que... ¿Por qué me miras así?

En los ojos de Miriam apareció un brillo de emoción que acompañó

segundos después con un grito exaltado.

—¡No me lo puedo creeeeer! ¿Vas a ser uno de esos nobles atormentados pero terriblemente irresistibles del periodo victoriano inglés?

—Bueno, sí, pero...

—¡Es la leche! ¡Tienes que aceptar, Julian! El papel tiene que ser tuyo y... ¡Espera un momento! Ni se te ocurra moverte, que vuelvo en seguida.

Julian la vio salir a toda prisa de la habitación y se perdió en la visión perfecta de su trasero desnudo y el vaivén de sus caderas mientras se movía. Se permitió el lujo de estirarse a lo largo sobre la cama mientras

rememoraba el éxtasis que acababa de compartir con ella. Por primera vez en sus treinta y cuatro años de vida, se sentía un hombre feliz y completo. ¡Quién lo iba a decir! La española era su polo opuesto, pero también lo completaba.

Miriam regresó justo cuando él empezaba a anhelar su contacto, pero quedó un tanto decepcionado al verla aparecer llevando una de sus propias camisetas. Por supuesto, le quedaba grande, y parte de sus muslos quedaban cubiertos a la vista, pero aun así Julian la encontró absolutamente arrebatadora luciendo su propia ropa.

—¿De dónde has sacado mi camiseta?

Ella se acurrucó de nuevo bajo el brazo que Julian había extendido hacia ella para recibirla.

—Te la robé mientras estabas fuera. Me gusta cómo me queda. —Y tras besarle el torso, le colocó un pequeño y frío objeto en la mano—. Quiero que tengas esto, Julian.

Se trataba del viejo reloj que Carol le había traído para que le diera buena suerte. Julian se quedó asombrado al contemplar la exquisita pieza de coleccionista que tenía en las manos. El suave tictac del reloj y el cuidado relieve dorado que adornaba la tapa le hacían sospechar su antigüedad.

—¿De dónde lo has sacado? Este

reloj debe de tener al menos...

—Unos doscientos años, sí. —  
Miriam sonrió—. Pertenebió a mi padre  
y antes que él a mi abuelo y al padre de  
mi abuelo, a su padre... Y así hasta no  
sé cuántas generaciones de los Blasco.  
Ahora quiero que lo tengas tú.

Julian la miró, perplejo.

—No puedo aceptarlo. Es  
demasiado.

—Pero ¿qué dices? ¡Claro que  
puedes! Quiero que lo tengas tú, Julian.  
Si vas a ser todo un señor conde  
necesitas un reloj como este. —Le  
sonrió—. Siempre me ha gustado pensar  
que era mi amuleto de la suerte y que  
gracias a él te conocí a ti. Ahora quiero  
que lo tengas tú.

—¿Por qué yo? —Su voz sonaba parcialmente más ronca de lo normal y en sus ojos se apreciaba el brillo de la emoción.

Miriam extendió la mano y le acarició una mejilla sobre la que comenzaba a formarse una suave barba oscura.

—Porque me has hecho creer en los cuentos de hadas. Y porque, pase lo que pase, nadie podrá quitarme jamás este tiempo contigo.

La besó en los labios antes de que pudiera decir nada más. Ella tenía razón, pensó Julian mientras volvía a dejarse arrastrar por la pasión; pasara lo que pasase, jamás se olvidarían. Aunque él

estuviera dispuesto a hacer todo lo que tuviera al alcance de la mano para no perderla nunca.

Antes de que la excitación le nublara el juicio, dejó con cuidado el reloj sobre la mesilla de noche y se entregó por completo a los brazos de la mujer que lo reclamaba. Miriam interrumpía sus sensuales gemidos por pequeñas risitas cuando él le sacó la camiseta por la cabeza sin muchos miramientos, y sus profundos jadeos la sorprendieron a sí misma cuando Julian se introdujo un pezón en la boca.

—Lo haces tan bien... —le susurraba.

Animado por sus palabras, Julian se afanaba todavía más en su tarea, y acabó



por dejar el pezón tan duro y reluciente de saliva que él mismo se excitó cuando este le rozó los pectorales. Tan excitado estaba que el pene le dolía; Julian apenas podía contenerse más, pero hizo un esfuerzo y deslizó los dedos en el interior de los muslos de Miriam. Sonrió encantado y le mordisqueó los labios hinchados al comprobar lo mojada que estaba, lista para él.

—Julian, por favor...

Sus dedos la torturaban; Miriam sentía su dedo medio curvándose en su interior, acariciándole las íntimas paredes, mientras que la palma de su mano se movía en círculos para crear una tormentosa fricción sobre su clítoris

inflamado.

—Por favor ¿qué?

¡Dios bendito!, pensó Miriam.

Incluso su voz susurrada la excitaba.

—No puedo más...

Él le sonreía y, sin esperárselo, se vio de pronto a sí misma tumbada boca abajo sobre la cama, con el cuerpo de Julian presionándole la espalda. Él se dedicó a llenarle la espalda de suaves y húmedos besos y le recorrió con la lengua el camino que marcaba su columna vertebral hasta su trasero levantado.

Miriam tuvo que tragar saliva varias veces para conseguir que la voz saliera de su garganta.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Tú qué crees?

Ella ahogó un gemido en la almohada al darse cuenta de que Julian tenía el rostro justo sobre sus nalgas y su dura erección le hacía cosquillas en las piernas.

—Julian...

—Una vez me preguntaste cuál era mi postura favorita.

—Oh, Dios...

No podía verlo, pero Miriam sabía que estaba sonriendo.

—Exacto. Oh, Dios...

Dejó que Julian la manejara a su antojo; su grande y cálida mano se colocó abierta sobre su vientre y le levantó el trasero para penetrarla desde

atrás. El mundo de Miriam se vio puesto patas arriba cuando sintió cómo su potente erección la llenaba por completo en esa postura. No podía verse en el espejo que tenía a la espalda, pero su imaginación le proporcionaba la imagen de los dos haciendo el amor en aquella íntima postura.

—Mi pantera... —susurró ella.

Julian gimió a su espalda e imprimió velocidad a sus acometidas. El resto del mundo dejó de existir para ellos mientras descubrían las maravillas que el sexo tenía guardadas para ambos. No había nada más, solo aquel hombre y su mujer disfrutando de su momento juntos.

Cuando el orgasmo les sobrevino,

Julian cayó desplomado sobre el manto blanco que era la espalda de Miriam y la abrazó tan fuerte que ella casi temió que la asfixiara.

—No me dejes nunca —le susurró él, todavía con la respiración agitada.

Ella sintió la potencia de sus sentimientos y los fuertes latidos de su corazón contra la curva de su espalda.

—No pienso irme a ninguna parte.

No muy lejos de allí, Carol estaba a punto de marcharse del concurrido bar en el que había quedado con Fred al darse cuenta de que había sido víctima de una encerrona y que no era el chico

rubio y simpático quien la estaba esperando, sino Daniel, el compañero de trabajo de su hermana.

—¡Espera, por favor! —oía que le gritaba él a su espalda—. ¡Carol! *Wait a minute, please!*

—*Wait a minute, wait a minute ...*  
—farfullaba ella mientras giraba una esquina en dirección a la boca de metro—. ¡Como si lo entendiera!

La estación de Marylebone estaba a escasos metros de distancia y Carol aceleró los pasos todo lo que sus altos tacones le permitían. Quería llegar a casa cuanto antes, aunque eso supusiera cargarse la velada romántica de su hermana, pero estaba segura de que ella y Julian lo entenderían.

—¡Carol! *Please!*

Se giró cuando sintió los dedos de Daniel rozándole la espalda. El atractivo e insistente rubio la había alcanzado, y Carol no se molestó en ocultar su malestar cuando quedó frente a frente con él.

—¿Se puede saber qué es lo que quieres?! —le gritó—. No sé aquí, pero de donde yo vengo, cuando una mujer te llama capullo y sale corriendo significa que no quiere saber nada de ti, ¿entiendes?

Evidentemente no, Daniel no la entendía. Ni ella hablaba inglés ni él comprendía el español. Su relación estaba abocada al fracaso.

—*Eh... OK! I understand... I mean...* Lo entiendo.

—¿Qué *understand* ni qué niño muerto? ¡Daniel! ¡No te entiendo!

Desesperada, Carol dio una patada en el suelo. Era inútil, no iban a comprenderse. Y en cierto modo, aquella situación en la que se encontraban le hacía gracia; parecía sacada de una comedia en la que ellos, los protagonistas, irremediablemente acabarían locos el uno por el otro.

—*OK, I got it.*

Haciendo un esfuerzo por hacerse entender, Daniel sacó del interior de su chaqueta un papel doblado y se puso a leer.



—Yo te... me... *Oh, fuck!*

—Que sepas que eso lo he pillado

—le dijo ella—. ¿Qué es eso? Déjame ver.

Carol se puso a su lado para poder leer lo que él trataba de decirle y soltó una carcajada al ver que él le había preparado un discurso en español. Pero el pobre se liaba con las letras y no era capaz de hilar las frases.

—Ahí dice que te disculpas por haberme engañado para verme esta noche y que te gustaría que un día saliéramos juntos.

Él la miró como si Carol estuviera leyendo el mapa de El Dorado en lugar de la chuleta que Fred le había

preparado. Aun así acabó por asentir un par de veces con la cabeza, completamente extasiado mientras miraba a la joven que tenía a su lado.

—Yo... —Daniel echó un ojo al papel para asegurarse de lo que tenía que decir—. Sí, yo... ¿salimos juntos?

Carol soltó una risotada. Por extraño que pudiera parecer, su enfado había quedado en el olvido y ahora sentía una gran ternura hacia Daniel. Le parecían adorables sus esfuerzos por hacerse entender y conseguir una cita con ella, así que se dejó llevar y acabó por estamparle un beso en los labios.

Después, utilizó una de las pocas frases que sabía en inglés:

—*I like you! But... ¿Cómo se dice?*

*It's impossible?*

El rostro de Daniel pasó de la sorpresa a la decepción en lo que dura un parpadeo.

—Lo sé, lo sé —continuó ella—. *Fuck* otra vez. Es que yo —se señaló el pecho y luego utilizó los dedos índice y corazón y los hizo caminar en el aire mientras decía — me vuelvo a casa. ¿Lo pillas?

A Daniel le llevó unos segundos comprender lo que Carol le decía, pero finalmente llegó a entenderla.

—*Oh, no!*

—*Sorry.* —Carol se encogió de hombros—. Pero podemos... Déjame pensar, *think*... ¡Ya está! ¡Podemos

vernos, chatear! —Él la miró sin entender—. Skype, tío.

—*Oh, yes!* Skype, yo conocer. Sí...

*We can...* podemos...

—¿Me esperarás, Daniel?

Daniel había visto alguna que otra película española en versión original para entender eso último.

—*I...* yo... ¿me das tu teléfono?

Carol sonrió, encantada.

—¿Al final va a resultar que el inglés es espabilado! Vamos, Daniel, te dejo que me acompañes a la estación.

## PRETTY WOMAN

*Por si luego me olvido de decírtelo, esta noche me he divertido mucho.*

La marcha de Carol afectó a Miriam más de lo que ella hubiera pensado. A pesar de que su hermana tan solo hubiera estado en Londres unos días, lo cierto era que le gustaba tener a alguien de su familia cerca, y aunque Carol no fuese su integrante más cuerdo, Miriam se

sentía amparada por el cariño de su hermana. Además, podía compartir con ella sus dudas y sus miedos sobre si era buena idea o no eso de iniciar una relación amorosa con Julian. Carol siempre la había animado a dar un paso más en su amistad con el modelo.

—¡Está buenísimo! ¿Se puede saber a qué estás esperando? Es obvio que le gustas, Mir.

Se lo había repetido infinidad de veces, e incluso había ayudado a Julian a preparar una velada romántica para ella. Miriam sabía que estaba en deuda con su hermana; un motivo más para echarla de menos.

Hacía dos días que Carol se había ido y aún esperaba oír sus protestas por

la comida que preparaba Julian cuando llegaba del trabajo. Miriam odiaba las despedidas; dejar a su familia en España ya fue bastante duro la primera vez, pero ahora que había tenido que decirle adiós a su hermana sentía que su corazón se entristecía un poco más a pesar de las palabras de ánimo de Carol.

—¡Anima esa cara, vamos! —le había dicho su hermana antes de embarcar; Julian se mantenía en un discreto segundo plano con la maleta de Carol en la mano mientras dejaba unos momentos de intimidad a las hermanas —. Estamos a dos horas escasas de vuelo y, además, ¡te estás tirando al tío más bueno del planeta!

Miriam sonrió y por el rabillo del ojo pudo ver a Julian tratando de contener la risa; él también había escuchado el comentario de su poco discreta hermana.

—¿Y qué pasa con Daniel?

Carol se encogió de hombros como si tal cosa, pero el brillo coqueto que apareció en sus ojos la delataba. Se había ilusionado con el camarero.

—Bueno, ya se verá. De momento pienso ponerme las pilas con el inglés, y estoy segura de que mi nuevo cuñado estará encantado de echarme una mano, ¿verdad que sí?

Julian le aseguró que así sería, aunque se ruborizó un tanto al escuchar



el nuevo parentesco que los unía.

—¿Puedo sobar un poco a tu chico, como despedida?

—Soy todo tuyo —le aseguró Julian con una sonrisa y los brazos abiertos.

Para cuando regresaron a la residencia de Julian, en Belgravia, Miriam ya había derramado unas cuantas lágrimas durante el camino, pero, por suerte para ella, él había estado ahí para consolarla.

En el pub tampoco es que le resultara fácil no pensar en su hermana. Cada vez que le tocaba compartir turno con Daniel, el chico se mostraba triste y decaído y aprovechaba cada momento

libre que tenían, cuando la clientela disminuía un poco, para pedirle a Miriam que lo ayudara a aprender algo de español. Según veía Miriam, Daniel se estaba tomando muy en serio eso de conquistar a su hermana, y ella esperaba que de verdad les funcionara.

En cuanto a Julian... Miriam llevaba dos días flotando como si se encontrara sobre una nube. Había pasado dos noches de pasión desenfrenada en compañía del hombre más guapo, encantador, atento y cariñoso que ella había conocido jamás. Y cuando ella regresaba a casa después de trabajar, lo encontraba esperándola con los brazos abiertos. Aún no se lo había dicho, pero Miriam se había

enamorado de él y ya apenas se imaginaba la vida sin estar a su lado.

Tanto era así que una tarde después de cubrir su turno en el pub, Miriam decidió regresar a casa dando un paseo, algo que comenzaba a convertirse en una costumbre para ella. Se enamoró una vez más del hermoso —y grandísimo— Hyde Park y de las elegantes casas que se arremolinaban a uno y otro lado de la calle de un bonito barrio esnob. Justo al abandonar el conocido parque, Miriam dejó que sus pasos la guiaran al interior del Instituto Cervantes. La institución estaba apenas a unas calles de distancia del hogar de Julian y era el lugar soñado por todo profesor residente en el

extranjero donde un día llegar a trabajar. El centro era un continuo ir y venir de estudiantes que se apresuraban por entrar en las aulas para recibir sus lecciones y poseía además una amplia biblioteca con centenares de libros sobre la lengua española y la cultura de los países hispanohablantes.

Sin pensar mucho en lo que hacía, Miriam se acercó al mostrador de recepción y tomó algunos impresos y panfletos informativos que guardó rápidamente en el bolso. Tan pronto como hubo entrado en el edificio se marchó, pues si dejaba que la idea de establecerse de manera indefinida en Inglaterra echara raíces en su cabeza acabaría por volverse loca.

Cuando al fin llegó a casa, le sorprendió no escuchar la habitual música de ambiente que Julian solía hacer sonar en los altavoces al caer la tarde, y tampoco percibió ningún olor procedente de la cocina. Tan solo el silencio, y aunque las luces estuvieran encendidas, parecía que la casa estuviera desierta. Sacó el móvil del bolso y dejó los impresos del Instituto Cervantes sobre la encimera de la cocina, luego comprobó que no tuviera ninguna llamada perdida de Julian o algún mensaje diciéndole que no lo esperara aquella noche. Miriam suspiró, frustrada, al ver que nadie la había reclamado en toda la tarde. Aquel día,

más que ningún otro, necesitaba tener a Julian a su lado.

Miriam sintió su presencia incluso antes de saber a ciencia cierta que se encontraba a su espalda, como si Julian hubiera sabido que ella lo necesitaba justo en ese preciso momento. Julian olía a jabón, loción de afeitado y ese aroma íntimo que todos tenemos y que se vuelve verdaderamente embriagador en la persona que amamos. Le deslizó las manos alrededor de la cintura y entrelazó los dedos con los de ella a la altura de su vientre. Miriam cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás para sentirle mejor y Julian aprovechó para besar suavemente la apetitosa curva del cuello femenino, expuesto a él.

—Te he echado de menos hoy — susurró Miriam, todavía con los ojos cerrados.

Sintió los dientes de él sobre su cuello cuando Julian sonrió.

—Pues aquí me tienes. Y soy todo tuyo. —Al girarse entre sus brazos, Julian pudo apreciar su rostro cansado —. ¿Un día duro hoy? Pareces preocupada.

Miriam negó con la cabeza y le sonrió para tranquilizarlo. Si Julian estaba guapo vestido con un traje de tres piezas de estilo formal, ahora que lo tenía frente a sí con unos pantalones grises de pijama y la parte superior abierta a ambos lados del pecho, como

si fuera un batín, estaba simplemente impresionante. Se inclinó hacia adelante y rozó con la nariz el pecho desnudo de su chico; luego utilizó los dedos para recorrerle el pectoral, de pezón a pezón.

—Qué bien hueles —suspiró Miriam antes de clavar sus brillantes ojos verdosos en él—. Estoy bien, tan solo pensaba. Ya sabes...

—Uy... Cuando una mujer piensa demasiado, generalmente no suele ser nada bueno.

Julian le sonrió mientras tomaba sus dedos para dedicarse a besárselos uno a uno. El corazón de Miriam se saltó varios latidos mientras contemplaba su gesto.

—Simplemente pensaba en mi



hermana. La echo de menos.

—Lo sé, cariño. Pero algo me dice que la tendremos por aquí muy pronto.

Miriam rio cuando Julian le guiñó uno de sus bonitos ojos. Era cierto, ella también creía que la relación entre Daniel y Carol devolvería a su hermana a Inglaterra antes de lo que ambos pensaban.

—Sí, yo también lo creo.

Y soltó una risita cuando Julian la atrajo hacia su pecho y se apoderó de su boca con besos hambrientos de ella. Había un algo especial cuando Julian la besaba, y era que al modelo le encantaba besar y así se lo demostraba cada vez. Primero le recorría los labios

con la lengua, incitándola hasta que Miriam los separaba y él tenía vía libre al interior de su boca. Lo que venía después era no apto para menores. Con cada beso, con la incursión de la lengua que se deslizaba al interior de su boca, Julian le estaba haciendo el amor, y cuando Miriam lanzaba un gemido, él sabía exactamente lo excitada que estaba. Le temblaban tanto las rodillas que Julian tuvo que rodearle la cintura con un brazo y alzarla en el aire para dejarla sentada sobre la encimera.

—¡Ay, espera!

A regañadientes, Miriam se removió un poco para sacar de debajo de su trasero los papeles que había sacado del bolso y que ahora estaban un

tanto arrugados.

—¿Qué es eso?

—¿Esto? Er..., ¡nada, nada! No tiene importancia en realidad.

Y trató de esconder las hojas de nuevo en el bolso, pero con su interés mal disimulado tan solo había conseguido atraer más la curiosidad de Julian, que le hizo cosquillas en los costados hasta que los papeles cayeron al suelo.

—¡Eres un tramposo! —lo acusó Miriam—. Devuélvemelos, anda. Mira que te juegas la sesión de sexo de esta noche.

Julian rio, divertido, y besó los morritos enfurruñados que hacía Miriam

siempre que algo le molestaba. Hizo caso omiso de sus protestas y se puso a leer.

—Sin las gafas no entenderás nada —lo provocó ella—. Y además está en español, listillo.

Julian giró el panfleto hacia la parte que estaba traducida al inglés y arqueó una ceja al mirarla. Miriam puso los ojos en blanco y resopló.

—¿Estás buscando un trabajo como profesora? —le preguntó él tras finalizar la lectura—. ¿Para quedarte aquí, en Londres?

Miriam bajó de un saltito de la encimera y cruzó los brazos a la altura del pecho.

—Lo has dicho tú, no yo. Y puede

que te equivoques, sabelotodo.

Él le revolvió el pelo en un gesto cariñoso y ella se apartó fastidiada y totalmente despeinada.

—¡Quita!

—No es que me considere, ¿cómo lo decís en España? No es que me considere un lumbreras, pero ya que no creo que te interese perfeccionar tu español, la opción que me queda es la de que estés pensando en solicitar un puesto.

—Bueno, ¿y qué si lo estoy pensando? Mi inglés está mejorando y me encanta vivir en Inglaterra. Además, soy profesora. ¿Por qué no iba a hacerlo? Pero les he estado echando un

ojo a todos esos papeles y no será fácil. Tengo que estudiar, tengo que hacer una prueba, tengo que...

—¿Y yo? —Julian interrumpió su discurso y se acercó a ella con paso lento y seductor—. ¿Tengo yo algo que ver en esta decisión?

Miriam se lo quedó mirando seriamente. ¿Qué podía decirle? ¿Le mentía? Por supuesto que él era una de las razones principales por las que estaba buscando un buen empleo con el que poder establecerse en la ciudad. Cuando aterrizó en Londres, algo más de un mes atrás, y se vio sola, sin un lugar adonde ir y además estafada, Miriam jamás pensó que su aventura inglesa pudiera llegar a convertirse en una vida

estable y por tiempo indefinido en Inglaterra. Pensaba ganar algo de dinero para contribuir a la economía familiar y pasados unos meses regresar a casa.

Pero ahora Julian lo cambiaba todo, y ella era capaz de cambiar su vida y sus planes por él.

Y, sin embargo, acabó diciendo:

—Puede. ¿Nunca te han dicho que no tienes abuela?

Julian se puso a reír con ella. Aunque el idioma nunca hubiera sido un problema entre ellos, lo cierto era que aún le desconcertaba ese cambio del inglés al castellano que Miriam a veces usaba al hablar.

Le rodeó la cintura con los brazos y

le robó un beso fugaz.

—Me gusta cómo suena ese «puede». ¿Tienes algún plan para esta noche?

—Pueees... —Miriam se dejó caer hacia atrás, segura entre sus brazos, y les dio un ligero apretón a los duros bíceps de Julian, a los que se sujetaba —. Había pensado compartir un baño sexy y caliente con mi chico, comer un poco y a lo mejor practicar algo de sexo salvaje sobre la alfombra de tu estudio, pero como ya has empezado sin mí...

—Creo que voy a cancelar la limusina.

Julian la soltó de golpe y Miriam tuvo que sujetarse a la isla de la cocina para no caer. Como pudo, caminó tras



él, que iba buscando su teléfono móvil.

—Espera, Julian... ¡Julian, espera!  
—Al tirar de la chaqueta abierta de su pijama, Miriam acabó por dejar al modelo con el pecho descubierto y se obnubiló con la perfección morena de su espalda, expuesta a sus ojos—. ¡Ey! ¡Julian! ¡¿Quieres parar y escucharme?!

Él se detuvo en seco y Miriam casi acabó incrustada contra él.

—¿Qué es eso de cancelar la limusina? —insistió Miriam—. ¿Ibas a salir?

—Íbamos a salir —la corrigió él—. Ese era el plan. Había preparado una noche especial para nosotros, pero he decidido que tu plan me gusta mucho

más. Así que ya no es necesario que vengan a buscarnos.

—¿Qué?! —Miriam le arrebató el teléfono de las manos; los ojos le brillaban de emoción—. ¿Me has preparado una cita?

—Algo así.

Julian sonrió al ver el entusiasmo reflejado en el rostro de Miriam, como una niña la mañana de navidad.

—¿Te gusta el teatro?

—No es que haya ido mucho —confesó ella—. Pero me encantaron todas las obras que he visto cuando iba de excursión con el instituto, esa emoción que sientes cuando te das cuenta de que estás siendo testigo de una representación única, que nunca una

función es igual a otra. Es fantástico.  
¿Vamos a ir al teatro?

¡Qué fácil era hacerla feliz!, pensó Julian. Y qué maravillosa sensación experimentaba él cada vez que Miriam le sonreía. Se juró a sí mismo que haría cuanto estuviera en su mano por conseguir que sonriera cada uno de los días de su vida.

—¿Te gusta Shakespeare?

Los ojos de Miriam se abrieron tanto que Julian temió que se le salieran de las órbitas.

—¡Estás de coña! ¡No estás de coña! ¡Vas a llevarme a ver una obra de Shakespeare!

—¿Te suena *Romeo y Julieta*?

El gritito que ella dio acompañado de un gracioso salto consiguió que él rompiera a reír, encantado.

—¡Voy a ver *Romeo y Julieta* de Shakespeare en un teatro inglés! — canturreaba ella—. ¡Es la leche!

—Quizá deba mencionar que hoy es la noche del estreno y que es probable que haya muchas cámaras y mucha gente conocida y que quizá debemos ponernos algo presentables. —Miriam se lo quedó mirando boquiabierta y él le dedicó una de sus sonrisas ladeadas—. A veces es genial ser quien soy, ¿verdad?

—Te estás quedando conmigo, ¿verdad?

—En absoluto, querida.

—La noche del estreno... ¡Y no tengo nada que ponerme! ¡Julian! ¿Qué me pongo?

Mientras le gritaba, Miriam iba subiendo de dos en dos las escaleras que conducían al segundo piso. Julian la seguía con pasos lentos y pausados, disfrutando de la euforia de ella. Contó hasta tres y entonces se produjo el grito de sorpresa. Miriam había entrado en su habitación.

—¡Me cago en la leche! —dijo en español—. ¡Aquí hay tres vestidos increíbles y tan caros que pueden alimentar a una familia durante un mes entero!

—¿Te gustan? —le preguntó él

desde la puerta—. Espero que no te importe que haya elegido por ti. Por supuesto, puedes escoger el que más te guste de los tres.

—¿Me has comprado vestidos? — preguntó Miriam, sorprendida.

—Es un préstamo —le advirtió—. Un diseñador que conozco me debía un favor, pero esta noche son todo tuyos. ¿Te gustan?

Miriam echó un vistazo a los vestidos que estaban extendidos sobre la cama. Uno de ellos era de un color rojo pasión, con unos finos tirantes de pedrería y corto hasta la rodilla; el de en medio tenía el corte de una princesa, con un escote palabra de honor y de color chocolate con un lazo negro bajo el

pecho. El tercero era un vestido vaporoso de fiesta de color negro. Y no sabía con cuál quedarse.

—De un diseñador... —susurró—. ¿Estás seguro de que me quedarán bien? No tengo el cuerpo de una modelo, Julian.

—Cariño, después de estos días puedo asegurarte que conozco tu cuerpo mucho mejor que tú. Ahora relájate y disfruta. Tenemos una hora antes de que vengan a buscarnos.

—Vale... No tardaré, lo prometo. Él la besó en los labios y cerró la puerta de la habitación a su espalda. Cuando Miriam se quedó a solas se permitió unos segundos para respirar

hondo y calmarse. Estaba viviendo su propio cuento de hadas.

—¡Qué coño! ¡Hoy voy a vivir mi propia versión de *Pretty Woman*!



## ALGO PARA RECORDAR

*El destino es algo que hemos inventado porque no soportamos que todo lo que sucede sea accidental.*

Los ojos de Miriam resplandecían tanto como el brillo de focos y luces que tenía a su alrededor. Fiel a su palabra, Julian le estaba proporcionando una noche de ensueño, y cuando la limusina llegó

puntual a la hora concertada, lista para recoger a la pareja, Miriam sintió que el corazón se le encogía.

A Miriam le gustaba pensar en ella misma como la heroína atípica de la historia que, en lugar de lucir zapatos de tacón e ir perfectamente peinada, se sentía feliz llevando sus deportivas, un buen par de vaqueros y el cabello recogido en una coleta alta. Pero aquella noche todo era diferente; por primera vez, sentía los nervios previos a una cita, las mariposas de su estómago revoloteando ansiosas ante un acontecimiento importante. Julian era un hombre romántico y atento con ella; con esto no quería decir que fuera perfecto,

pues todos, estemos dispuestos a admitirlo o no, tenemos defectos, pero él la hacía sentir especial. La hacía sentir querida.

Tal y como le había prometido a Julian cuando este le dejó unos momentos a solas en su habitación para que pudiera relajarse y vestirse para la velada, Miriam bajó las escaleras cuarenta minutos más tarde, para sorpresa de Julian. Y fue una sorpresa para el modelo no solo porque hubiera empleado casi el mismo tiempo que él en arreglarse, sino por lo resplandeciente que estaba.

Finalmente, Miriam se había decantado por el vestido palabra de honor de color chocolate. El encaje que

cubría sus curvas era tan suave que Miriam lo sentía como una segunda piel, y aunque sus pasos eran un tanto inestables debido a los altos zapatos de tacón, cuando Julian la recibió al pie de la escalera y sostuvo su mano para besarla en el dorso, como todo un caballero, ella se olvidó de todo miedo e inseguridad y se dispuso a disfrutar de la noche.

Se había dejado el pelo suelo y ahora su larga melena castaña le caía en cascada sobre la espalda y los hombros descubiertos. Con la ayuda del secador, les había dado forma a sus mechones rebeldes y ahora lucía unos bonitos e informales bucles que hacían juego con

el color de su vestido.

—Bueno, ¿qué tal estoy?

Julian advirtió el tono expectante en su voz cuando Miriam formuló su pregunta. Se la veía nerviosa y también absolutamente perfecta, y aunque por su trabajo él estuviera acostumbrado a tratar con mujeres preciosas, sofisticadas y ligeras de ropa en algunas ocasiones, Julian sabía que ninguna de ellas le había afectado tanto como Miriam en aquel momento. Al besarle los nudillos sintió deseos de gritarle al mundo que era suya y que él era de ella.

—Tan apetitosa que me siento tentado a darte un bocado aquí mismo — contestó.

Ella soltó una risita nerviosa y

permitió que Julian la ayudara a colocarse su abrigo de paño oscuro.

—Me siento como Vivian la noche en la que Edward la lleva a la ópera.

—¿Quién es Vivian y por qué Edward la lleva a la ópera?

Miriam se giró en redondo para mirarlo mientras se sacaba el pelo del interior del abrigo. Su movimiento fue tan brusco que Julian acabó por masticar alguna de sus hebras castañas.

—Te estás quedando conmigo, ¿verdad? ¿Cómo puedes no saber quién es Vivian?

—Te pido perdón por mi falta de conocimiento —se disculpó él entre risitas; ella, por su parte, le golpeó en el

brazo, recriminándole sin maldad su perfecta educación inglesa—. Y ahora, ilumíname.

—¡*Pretty Woman*, hombre de la caverna! No puedo creer que no sepas de lo que te estoy hablando. Me apuesto lo que quieras a que ni siquiera la has visto.

—¿Lo que quiera?

Miriam volvió a golpearle al ver una de sus cejas alzada y bajo esta un ojo travieso, que la miraba con intención.

—Cochino.

Julian rio a carcajadas.

—Claro que he visto la película. Lo que no logro comprender es por qué te comparas con Julia Roberts. No es que

te pague por tu compañía, y además...

—Ya, ya.... —Miriam hizo un gesto con la mano—. Tampoco soy una lumi.

—¿Una qué?

El timbre de la puerta interrumpió la conversación justo en el momento en que había empezado a ponerse interesante, pensó Julian.

—¡Salvado por la campana, señor Cole! Ahora lléveme a ese estreno.

De camino al teatro, Miriam se fijó en lo guapo que estaba Julian. Intentó no pensar en lo grande que sería su guardarropa —ya le había visto vestido de *sport*, con esos pijamas eróticos, con traje, corbata, con y sin chaleco...— y



se centró en el hombre increíble que estaba sentado a su lado, sujetándole la mano sobre una de sus rodillas. Aquella noche, Julian vestía un elegante esmoquin de un riguroso color negro; había prescindido del fino chalequillo y la camisa blanca resaltaba impoluta sobre la superficie de su duro pecho. Miriam se permitió el lujo de enderezarle la pajarita aunque no fuera necesario, tan solo por el placer de tocarlo.

Cuando él giró la cabeza para sonreírle, Miriam supo que estaba del todo perdida. Aquel hombre la había conquistado para toda la vida.

—Hemos llegado —anunció Julian poco después.

La limusina se detuvo y ella esperó, nerviosa, a que Julian se apeara del coche y lo rodeara para abrirle la puerta después.

No hizo más que poner un pie en el suelo cuando la potencia de un flash casi la dejó ciega. A pesar de que Julian le hubiera advertido y de que ella supiera que en la noche de un estreno la prensa era habitual a las puertas del teatro, Miriam jamás se habría imaginado tal cantidad de periodistas, cámaras y fotógrafos congregados para cubrir el evento.

—Tranquila —le susurró Julian cuando la ayudó a bajar del coche—. Solo quieren unas cuantas fotos. No

sospecharán nada, te lo prometo.

Y Miriam no sabía por qué, pero le molestó aquella frase. Pero no tuvo tiempo de hacérselo notar; al avanzar por la gran alfombra roja que habían colocado hasta la entrada del teatro, un hombre con traje y pinganillo en la oreja se les acercó para decirle a Julian que la prensa esperaba unas declaraciones por su parte. Miriam lo entendía, pues a fin de cuentas Julian era el modelo más cotizado del momento y era vox pópuli que en breve comenzaría su andadura como actor. Así que fue discreta y se hizo a un lado mientras Julian saludaba a unos y a otros y hablaba frente a cada cámara que lo enfocaba.

Y mientras esperaba, se quedó

alucinada con cada cara conocida que pasaba por su lado, algunos incluso saludándola. Reconoció a actores británicos, directores de renombre y estrellas de la canción, ¡y todos estaban a un palmo de distancia de ella! Se sorprendió al darse cuenta de que no desentonaba en absoluto entre tanto famoso bien vestido y se alegró por ello.

—¡Olé yo! —se dijo a sí misma, felicitándose.

—¡Olé! ¿Española?

Miriam se giró para hacer frente a la voz de barítono que le preguntaba si era española. Lo primero que vio fue la enorme sonrisa amigable y de perfectos dientes blancos que el hombre le

dedicaba y unos ojos azules que se arrugaban en las comisuras. A simple vista, el hombre podía parecer del montón, pero cuando una se fijaba, no podía evitar encontrarle cierto encanto. Llevaba el pelo castaño cortado a la moda y repeinado hacia un lado como si una vaca le hubiera lamido la cabeza, pero a Miriam le pareció un encanto y decidió devolverle la sonrisa.

—Del sur —contestó con una sonrisa—. Es la primera vez que asisto a un estreno.

—Pues ha elegido la mejor noche. Los mejores profesionales sobre las tablas —le aseguró—. Pero lo que de verdad me gustaría saber es cómo te llamas.

¡Vaya con los ingleses...!, pensó Miriam. De fríos no tenían nada, sobre todo si se encontraban con una latina...

—Me llamo Miriam —le dijo al fin.

—¡Un nombre que puedo pronunciar, Miriam! —Ella recordó que Julian le había dicho algo parecido cuando se conocieron—. Y dime, Miriam, ¿has venido sola? ¿Tu agente está revoloteando por aquí, en alguna parte?

—Lo cierto es que...

No le dio tiempo a decir que había venido acompañada; al verla alternar con un viejo conocido, Julian se deshizo del periodista que le estaba preguntando

por su vida privada y no dudó en acercarse a ellos y marcar territorio.

—¿Levantándome a la chica, Tom?

El aludido miró a Julian no sin cierta sorpresa, y después de clavar la vista en Miriam pareció comprender la relación que los unía y se limitó a alzar las manos en señal de paz mientras sonreía.

—No se me ocurriría, Julian. —Y, dirigiéndose a Miriam, se despidió—: Ha sido un placer conocerte, Miriam. Espero que nos veamos más a menudo a partir de ahora.

Y dicho lo cual, se despidió de ellos y se dispuso a cumplir con su ronda de preguntas frente a las cámaras.

—¿De qué iba eso? —le preguntó

Miriam mientras Julian le rodeaba la cintura con un brazo y la conducía al interior del teatro.

Ella se recogió la falda del vestido para no tropezar al subir los escalones y Julian entrelazó los dedos a la mano que a ella le quedaba libre.

—Tom siempre intenta levantarme a mis chicas. Y esta vez no pienso permitirlo.

—¿Tom? —y entonces Miriam recordó por qué le sonaba tanto la cara afable del inglés—. ¡Pero si ese era Loki! ¡No puedo creerlo! ¡He conocido a Loki!

El resto de la velada fue como un sueño para Miriam. Había leído *Romeo*



y *Julieta* durante todos los cursos que duró su etapa en el instituto, pero nunca hasta ahora había tenido oportunidad de ver la obra representada en teatro. Lo que sintió al ver a los actores moverse sobre las tablas, cuando el joven Romeo proclamó su amor por la hija de los Capuleto y cuando ambos perecieron en el final, fue algo tan intenso que cuando Julian le preguntó si le había gustado ella no pudo encontrar las palabras que describieran lo que había experimentado. Y aunque él hubiera decidido que no acudirían al ágape posterior a la representación, para ahorrarle a Miriam el acoso a preguntas indiscretas, a ella no le importó en absoluto. Julian le había regalado la

noche más mágica de su vida y atesoraría su recuerdo hasta que fuera una abuelita con bastón y pudiera contársela a sus nietos.

Al dar la medianoche, la limusina se convirtió en calabaza cuando su motor se detuvo frente a las puertas de la que Miriam ya consideraba su casa, y ella se sintió como Cenicienta, solo que esta vez era el príncipe quien cargaba sus zapatos de tacón.

—¡No me siento los pies! — exclamó, dejándose caer de forma poco elegante en uno de los taburetes de la cocina—. ¡Bendito dolor!

Julian se arrodilló frente a ella, tomó una de sus piernas a la altura del

tobillo y besó su empeine arqueado. Miriam tuvo que dejar caer el cuerpo hacia atrás y sujetarse al taburete para no caer; en aquella posición, la falda del vestido se le había subido hasta casi la rodilla, y Julian aprovechó la desnudez de su pierna para acariciarla usando los dedos.

—Se me pone la piel de gallina cada vez que haces eso —le confesó ella.

Y sintió el roce de los dientes de él en la piel cuando sonrió.

—Siempre me ha gustado esa expresión española. Y me encanta ponerte la piel de gallina.

Miriam le sonrió y se extendió hacia adelante para enterrarle los dedos

en el pelo. A Julian no le importó que lo despeinara, todo lo contrario; cerró los ojos y dejó caer la cabeza en el regazo de Miriam. El suspiro que él lanzó le hizo saber que estaba disfrutando.

—Vámonos a la cama.

Julian levantó la cabeza para mirarla. En los ojos de Miriam había prendido la chispa del deseo e incluso podía verse reflejado en sus pupilas dilatadas. Lo deseaba tanto como ella a él, y en aquellos últimos días había comprobado que Miriam era una mujer apasionada a la que no le importaba experimentar. Tal vez si...

Sin darle opción a replicar, la tomó entre sus brazos y la sentó sobre la isla

de la cocina con tanta habilidad que aprovechó también para subirle la falda.

Miriam se quejó cuando sintió el frío mármol bajo sus nalgas descubiertas.

—¿Se puede saber qué haces?

—Acabar con lo que habíamos dejado a medias esta tarde.

La lengua de Julian no mostró piedad alguna cuando se introdujo en su boca. Miriam apenas podía corresponderle, tan borracha estaba de él, tanto como la excitaba. Lo quería a él, sin reservas, sin tener que esperar para gritar a los cuatro vientos que él era suyo, que lo había elegido a él como el hombre con el que compartir su vida.

Cuando se apartó para tomar una

bocanada de aire, Julian aprovechó la efímera tregua que se daban sus bocas para bajarle la cremallera del vestido. Luego la alzó por las caderas y Miriam tuvo que sujetarse de su nuca para no caer mientras él la desnudaba. En esta ocasión, sentía a Julian mucho más pasional, con su instinto animal a flor de piel, y así se lo hizo ver cuando enterró la cabeza entre sus pechos descubiertos.

—Julian...

Su boca le devoraba los pezones sin piedad; era tanto su deseo que asió ambos senos con las manos y lamió los dos pezones a la vez. Verlo tan fuera de sí casi le provocó un orgasmo.

Pero Miriam tampoco se quedó

atrás; decidió que se entregaría tanto como él y le provocaría tanto placer como él le estaba dando a ella. Extendió una mano mientras Julian se mantenía entretenido con sus sensibles pezones y palpó la dureza que crecía dentro de sus pantalones.

—Por Dios... —susurró en el oído de él, sosteniendo el lóbulo de su oreja entre los dientes—. Vas a explotar.

Si Julian se excitaba un poco más, pensó, acabaría rompiendo la bragueta de los pantalones de esmoquin. Entre sus gemidos y los besos que él le daba, logró bajar la cremallera, despacio para no lastimarlo, y cuando abrió el botón y su mano se adentró más allá de los apretados *boxers*, el suspiro de éxtasis

que se escuchó fue de los dos. Cada vez que Miriam deslizaba los dedos a lo largo de su pene inflamado, Julian se creía morir, y ella disfrutaba como una niña con su juguete favorito. Allí abajo su piel era cálida y sedosa, y Miriam la hacía resbalar entre sus dedos para provocarle un placer aún mayor. Se inclinó un poco hacia atrás para disfrutar del rostro contraído por la excitación del hombre que amaba.

—No finjas que esto no te vuelve loco —masculló; y para provocarlo un poco más, se mordió el labio de manera descarada—. ¿Qué tal si hago esto?

De la garganta de Julian surgió un gruñido cuando Miriam deslizó su



delicada piel hacia atrás y descubrió su glande hinchado. Las caderas del hombre comenzaron a mecerse de atrás hacia adelante cuando Miriam utilizó la yema de su dedo pulgar para acariciarle el centro y esparcir una gota de semen por toda la longitud del miembro.

—Puedo ser mucho más mala si me llevas a la cama —le susurró junto a la oreja—. ¿No te gustaría? No me has llevado a cenar y... me muero de hambre.

La sangre acudió presta al falo hinchado de él cuando Miriam lo apretó en su mano.

—Quiero que sea aquí —le contestó Julian entre jadeos—. Y quiero que sea ahora.

Prácticamente le arrancó el tanga y le separó tan rápido las piernas que Miriam no pudo negarse a complacer sus deseos. Ella también estaba loca por él, así que decidió dejarse llevar y tumbó su espalda sobre la fría encimera mientras él sujetaba su erección y la introducía poco a poco entre sus piernas.

—Estoy lista, Julian —farfullaba Miriam—. ¡Entra!

Pero él había decidido torturarla al igual que ella había estado haciendo minutos antes. Mientras sujetaba uno de los blancos muslos de Miriam, su otra mano asía con firmeza su pene erecto y deslizaba la hinchada cabeza una y otra

vez sobre el clítoris inflamado.

—Julian...

Los espasmos del placer acudían a ella cada vez más rápido, y Julian no quería que Miriam terminara sin él. Colocando las manos sobre los hoyuelos que se formaban sobre el trasero femenino, Julian la atrajo hacia sí, clavándose muy en el fondo de su cuerpo.

Lo que vendría después de la pasión no les importaba. Lo único verdaderamente importante era que, de entre miles de millones de habitantes del planeta, ellos dos se habían encontrado.

## CRAZY, STUPID, LOVE

*El amor no es algo que se pueda parar.*

Julian sostenía entre los dedos el pequeño y delicado aro de platino y diamantes como si se tratase de una granada a punto de estallar. Lo había comprado siguiendo un impulso, pensando que estaba preparado para dar el paso, pero ahora que sentía sobre las yemas de los dedos el frío tacto del

solitario se encontraba completamente paralizado.

Aquella pequeña joya significaba fidelidad y compromiso, un para siempre para el que no estaba seguro de estar preparado. En cambio, sí que pensó estar listo para dar el paso cuando traspasó las puertas acristaladas de la joyería Tiffany and Co. de la calle Oxford, situada en el corazón de Londres. Nada más ver la intrincada forma de la alianza expuesta en el escaparate, toda recubierta de pequeños diamantes y coronada por tres más de color amarillo que triplicaban el tamaño de los otros, Julian supo que estaba diseñado a la medida de su chica. Porque ¿qué mujer no se enamoraría de

una joya como aquella que además provenía de una de las joyerías más prestigiosas del mundo? Haciéndose con ese anillo, tenía el sí asegurado.

Sin embargo, nada más salir de la tienda le embargó una incómoda sensación de vértigo e intentó acallar la vocecita en su cabeza que le decía que había cometido un error.

Al llegar a casa, Julian guardó la pequeña cajita de color celeste adornada con un lazo blanco en la cómoda de su dormitorio. Se dijo que esperaría el momento adecuado, que crearía la situación perfecta para que cuando le pidiera matrimonio, ni él ni ella pudieran olvidarlo, pero en el fondo

sabía que se engañaba. Y ahora que volvía a encontrarse con el anillo tenía la sensación de ser algo así como un peregrino cuando su camino se bifurca.

Tenía dos opciones: una era hacer lo correcto y ponerle un anillo en el dedo a la chica; la otra, la que de verdad le pedía su corazón, era el impulso de salir corriendo y no volver la vista atrás.

Él, que de alguna manera era un hombre un tanto chapado a la antigua, ahora tenía dudas acerca del matrimonio. ¿Y si sus dudas recaían realmente sobre la chica? Un hombre tenía que pensar muy seriamente en sus opciones, poner sobre la mesa sus más íntimos deseos antes de arrodillarse

frente a una mujer.

Con Miriam todo había sucedido muy rápido. Desde que la conoció en el aeropuerto, sola y perdida en una fría noche de invierno que Julian veía ahora tan lejana, podía decirse que lo suyo había sido amor a primera vista. La española había despertado en él el sentimiento, la necesidad de ser impulsivo y dejarse llevar por lo que realmente le apetecía; y en aquella ocasión lo único que quería era cuidar de ella y ofrecerle el refugio y el apoyo que sabía que necesitaba.

Convivir con Miriam lo había llevado irremediablemente al deseo por ella, y una vez que la hubo probado, que



conoció el sabor de sus besos, el calor de su cuerpo, ya no pudo ni quiso renunciar a ella. El deseo dio lugar a la pasión, y lo que ahora sentía por ella, si no era amor, era algo muy parecido.

Pero...

Aún existía Maggie en su vida.

La actriz apareció en su vida como un torbellino. Quedó encandilado por ella cuando los presentaron un año atrás en una fiesta. Ella era una estrella, una diva, le gustaba ejercer como tal; pero en la intimidad, cuando pudo quedarse a solas con ella, reconoció a una muchacha joven y asustada a la que el mundo de la fama le venía grande. Maggie disfrutaba con la actuación, su sueño siempre había sido ejercer como

actriz, y lo había conseguido, aunque tal vez aún estuviera tratando de encontrar su registro. Lo pasaban bien juntos, le hacía reír y, sin embargo, nunca había sentido que su corazón dejaba de latir cuando ella aparecía en la habitación donde él la esperaba.

¿Sería Maggie la elegida, la mujer adecuada para él? ¿Podrían disfrutar de una vida sencilla, lejos de los focos, de las cámaras, y dedicarse a vivir su amor hasta hacerlo florecer?

Julian sabía que tenía que tomar una decisión y que debía hacerlo más pronto que tarde. Pero no quería herir a ninguna de las dos mujeres. Desgraciadamente, aquello resultaba inevitable. Había

llegado el momento de tomar una decisión.

Respiró hondo y dejó la cajita que contenía el anillo sobre la cómoda de su dormitorio, dispuesto como estaba a devolverlo al día siguiente.

—Aquí está la chica con estilo, la sensación del momento, la mujer misteriosa, la...

—Vale, ya. Lo he pillado, ¿contento? ¿Cómo te has enterado?

Miriam desenrolló la bufanda multicolor con la que se protegía la garganta del frío invierno inglés y la dejó de cualquier manera sobre la barra

del pub. No había hecho más que poner un pie en el local cuando Daniel la recibió con esa bonita sonrisa que lo caracterizaba al tiempo que la piropeaba sin cesar. ¿El motivo? A Miriam no se le ocurría otro que su noche en el teatro con Julian hubiera sido descubierta. Y si la había descubierto él, ¿quién sabe quién más se habría enterado a aquellas alturas! Y aquello le molestaba; tanto que incluso ella misma se sorprendió al descubrir lo enfadada que estaba.

Daniel sacó de detrás de la barra el periódico de la mañana y lo dejó a la vista de Miriam abierto por la sección de sociedad. Ocupando toda la página izquierda había una fotografía a color en la que aparecía junto a Julian, los dos

cogidos de la mano mientras entraban en el teatro. A su lado, un artículo titulado «LA MISTERIOSA AMIGA DE JULIAN COLE» especulaba sobre su identidad y la relación que la unía al modelo.

—Oh, joder...

Después de sentarse en uno de los taburetes, Miriam dejó caer la cabeza sobre la barra, encima del periódico, aun a riesgo de que su frente quedara impregnada de tinta, y sollozó lastimeramente. ¿Por qué tenía que pasarle todo a ella?

—No seas así. —Daniel le sirvió un vaso de agua para que ahogara sus penas—. Tampoco es para tanto, ¿no?

Miriam levantó la cabeza y fulminó a su amigo con la mirada.

—¿Que tampoco es para tanto? ¿En serio? ¡¿Estás de coña, Daniel?! — explotó.

—¿Sabes? Nunca he entendido muy bien esa expresión española, pero no. No estoy de coña. —Y le sonrió—. Vamos, Miriam. Eres una mujer independiente y valiente como he conocido pocas. ¿Por qué te importa tanto salir en el periódico con ese tío?

Ella volvió a desplomarse sobre la barra.

—Porque esto es un lío, Daniel. Un lío y de los gordos.

—Explícate.

Miriam sollozó de nuevo, y cuando casi se atragantó con su propio quejido de angustia, decidió beberse de un trago el agua que le había servido su compañero.

—Pues es que... —El hecho de que estuviera mordiéndose los labios, como una adolescente que se ha fumado las clases para salir con su chico, no favorecía a su confesión, y Miriam lo sabía; pero estaba tan nerviosa que no podía evitarlo—. Julian y yo estamos...

Daniel la miraba con una de sus rubias cejas levantadas, esperando.

—Estamos... Eso...

—¿Qué? ¿Liados? ¿Teniendo un *affaire*? ¿Una aventura? ¡Buen Dios,

Miriam! —Y se rio—. ¿Cómo lo decís en España? ¿No fui nacido el día anterior?

—No nací ayer —le corrigió ella—. ¡Que te estoy hablando en serio, tío!

—A ver. —Daniel extendió los brazos sobre la barra y sujetó las manos heladas de la chica—. No soy tonto, ¿vale? Admito que al principio, cuando te conocí, me deslumbraste. Pero reconozco las señales cuando una chica me da largas, y es evidente que tú siempre has estado colgada de ese tío.

Miriam hizo una mueca con la cara y arrugó la nariz.

—¿Te hice mucho daño?

Daniel le quitó importancia encogiéndose de hombros y sonriéndole



una vez más.

—El suficiente como para que mi ego quedara un poquito tocado y me diera cuenta de que tengo que trabajarme a tu hermana.

—¡Por Dios, Daniel! —Miriam rompió a reír cuando Daniel dijo eso de «trabajarse» a su hermana en un español muy de guiri—. Se dice «currártelo» con mi hermana, no «trabajártela».

—Como sea. Lo que quiero decir es que la única que importa en todo esto eres tú y lo que sientes por ese tal Julian.

Miriam agachó la cabeza. ¿Por qué demonios le daba tanta vergüenza admitir sus sentimientos? Daniel era un

buen amigo, el único que tenía ahora que se encontraba tan lejos de casa, ¿por qué no se sinceraba con él?

—Creo que estoy enamorada de él, Daniel.

—¿Y él lo sabe?

Sonrojada como pocas veces lo había estado en su vida, Miriam negó con la cabeza.

—¿Y a qué esperas? Te diré una cosa, chica: los hombres somos imbéciles por naturaleza y hasta que una mujer no nos dice que está enamorada, ni siquiera lo sospechamos.

—No creo que Julian sea de esos. Creo que él lo sabe.

—¿Y dónde está el problema, entonces? ¿Es porque la prensa os ha

pillado juntos? Cariño, sales con el modelo más famoso de toda Inglaterra; tarde o temprano os cazarían y lo sabes.

—No es por eso, es...

Volvió a dudar. Lo que estaba a punto de contarle a Daniel la iba a dejar fatal ante los ojos de su amigo. ¿Qué pensaría de ella? Pero de perdidos al río, ¿no? Y ella estaba ya más que perdida desde el día que cruzó su camino con el de Julian.

—La he liado, Daniel —confesó—. A decir verdad, me he liado yo con un hombre comprometido.

Una vez lo hubo dicho, Miriam esperó la reacción de Daniel, pero el chico pareció no haberla comprendido

del todo, pues su rostro no mostraba la más mínima expresión de asombro o reprobación.

Respiró hondo hasta que los pulmones le dolieron de tanto aire como había cogido; luego lo soltó rápidamente, al igual que su confesión.

—Julian tiene novia y no soy yo, ¿lo entiendes? Por eso todo esto es un error, un fastidio, un tsunami, una... ¡Una hecatombe de tamaño desproporcionado! ¿Lo pillas ahora? Si tú has visto esas fotos y has leído lo que dicen sobre nosotros, ¡a saber quién más lo ha hecho!

—A ver, espera... —Daniel le acarició los brazos que Miriam había alzado hacia el techo para manifestar la

enormidad de la catástrofe en la que ella había transformado sus fotos con Julian —. ¿Me estás diciendo que él no cortó con su novia antes de empezar contigo?

Miriam negó con la cabeza.

—No es culpa tuya —sentenció Daniel—. Es más, diría que no tienes nada que ver.

—¿¡QUÉ?! —explotó; se levantó del asiento y comenzó a dar vueltas frente al pobre Daniel, que la miraba incrédulo —. ¿Cómo puedes decir eso?! ¡Claro que tengo que ver! ¿No te das cuenta? Siempre seré la otra.

—¿La otra? —Cabe señalar que, para un extranjero, la pronunciación de la letra te junto a la erre no resulta nada

fácil, y el pobre Daniel temió que su lengua se le trabara para siempre.

—¡La amante! —exclamó Miriam—. Y además, esa chica, Maggie, ¿te das cuenta de lo que va a sufrir por mi culpa?

Para su sorpresa, Daniel tan solo se encogió de hombros.

—No veo por qué. Tú no eres la amante, no es responsabilidad tuya. El que tiene que asumir la culpa es Julian, no tú.

—Pero yo me he enamorado de él sabiendo que no era un hombre libre. —Suspiró—. Nos acostamos, Daniel.

—Como la mayoría de parejas enamoradas.

La tranquilidad con la que Daniel le

habló y la sonrisa que le regaló acabaron por desarmar a Miriam. Rendida, se enjugó un par de lágrimas, y cuando Daniel vio que su preocupación era real, salió de detrás de la barra y le ofreció el consuelo de su abrazo.

—Si tanto te preocupa, háblalo con él —le aconsejó—. Dile lo que me has dicho a mí. Lo quieres, pero también quieres que seáis solo dos en vuestra relación. Es lo justo, ¿no te parece?

Miriam asintió con la cabeza al tiempo que sorbía por la nariz.

—¿No crees que la haya cagado de verdad?

Daniel le sonrió.

—Puede que un poco. Pero no

serías tú si no la cagaras de vez en cuando. Y a lo mejor no te ha visto en el periódico tanta gente como tú piensas, ¿no?

Pero Daniel se equivocaba, y poco después del mediodía, Miriam recibió la llamada de su madre, que le pedía explicaciones sobre su relación con el modelo.

—Te puedes imaginar la sorpresa que nos hemos llevado todos —le decía su madre—. Sentados a la mesa y tu padre y yo vemos que nuestra hija sale en un programa de corazón cogida de la mano de un famoso.



—Se llama Julian, mamá.

—Ya sé cómo se llama. ¿No te dijo tu hermana que nos presentó por el ordenador? Y no me mientas más, ¿quieres? Carol nos lo ha contado todo.

—Mamá, yo...

—¿No tienes la suficiente confianza conmigo como para decírmelo, hija? —le recriminó su madre, compungida—. ¿Creías que no lo iba a entender?

—No es eso, es que...

—Puede que me esté haciendo vieja —volvió a interrumpir la señora Blasco —, pero aún tengo ojos en la cara, ¿sabes?

Que su madre estuviera admitiendo que Julian le parecía guapo y que

además le daba su aprobación, arrancó una sonrisa a Miriam.

—¿Te hace feliz?

¿Qué podía decirle a su madre? Ya bastante preocupada estaba teniendo a su hija lejos como para hablarle de la novia de Julian. Al final, acabó por ceñirse a lo que sentía de verdad.

—Mucho, mamá. Julian es diferente al resto de chicos que he conocido.

—Por supuesto que es diferente. ¡Vaya, vaya! ¡Un famoso en la familia! Tienes que traértelo a casa para que todos podamos conocerlo. No te lo quedes solo para ti, ¿de acuerdo?

Miriam sonrió al otro lado; escuchar la cálida voz de su madre hizo que le entraran ganas de llorar.

Necesitaba su consejo de madre, pero sobre todo necesitaba sus abrazos.

—Se lo diré, mamá. Y perdona que no te lo contara antes.

—Te lo perdono si no vuelve a pasar. Que no tenga que insistirle otra vez a tu hermano para que te busque en internet, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Te quiero, mami.

Después de hablar con su madre, Miriam se encontraba mucho mejor. Tanto ella como Daniel tenían razón; había sido una tonta preocupándose demasiado.

Lo primero que haría al llegar a casa sería poner las cartas sobre la mesa. Le diría a Julian lo que sentía por

él y le expondría las razones por las que no estaba dispuesta a que siguieran escondiéndose. Sería como darle un ultimátum, pero no tenía alternativa. Si la quería —y Miriam estaba segura de que la quería—, tendría que aceptar sus condiciones. Después de que hablaran todo sería mucho más fácil para los dos.

Sin embargo, nunca contamos con que nuestros planes pueden no salir tal y como hemos ideado y la realidad está ahí, a la vuelta de la esquina, a la espera de desbaratar todas nuestras ilusiones. Al llegar a casa, nada saldría tal y como Miriam había planeado.

## LA CRUDA REALIDAD

*Los hombres son completamente indignos de confianza. Los hombres no son fuertes. Los hombres no son valientes. Los hombres tienen miedo.*

Nada más abrir la puerta de casa, Miriam supo que algo no iba bien. Aún con la llave metida en la cerradura, la mirada desesperada que Julian le lanzó

la atravesó de tal modo que acabó por clavársele en el corazón. ¿Un accidente? ¿Sería su familia? ¿La madre de Julian? ¿Qué habría ocurrido? Sentía que las manos le temblaban mientras cerraba la puerta y las llaves tintineaban entre sus dedos; cuando trató de acercarse a él para exigirle que le contara qué era lo que le atormentaba, Julian cerró los ojos y negó con la cabeza. Era más grave de lo que parecía, y Miriam se temió lo peor.

—Julian, ¿qué...?

—¡No puedo creer que todo esté saliendo tan bien!

La voz de una mujer resonó desde el piso de arriba, silenciando así a Miriam, que no llegó a formular su

pregunta.

—¡Estoy tan contenta que me voy a poner a gritar! —exclamaba la mujer, y Miriam se preguntó si la chica estaba algo sorda, pues ya estaba gritando—. ¡Julian! ¿Me has oído, Julian?

Miriam lo miró en busca de una explicación; Julian parecía abochornado, y cuando reunió el valor suficiente para mirarla a los ojos murmuró un «Lo siento» que resquebrajó el corazón de Miriam.

La misteriosa mujer bajó corriendo las escaleras y Miriam pudo ver entonces de quién se trataba. Frente a sí apareció un torbellino rubio vestido a la última moda y cuyo rostro estaba

cubierto por varias capas de maquillaje. Aun así, la mujer estaba radiante y así lo demostró cuando se sujetó del cuello de Julian con las dos manos y le plantó un apasionado beso en la boca. Miriam tuvo que apartar la mirada para no ver cómo Julian y su novia se besaban. Y aunque ella no los estuviera mirando, él se apresuró por terminar cuanto antes con ese beso y zafarse de los brazos de Maggie.

—Miriam —comenzó a decir él, con la voz entrecortada—, te presento a...

—¡Por fin nos conocemos!

Exultante de felicidad, Maggie se acercó hasta ella y sorprendió a Miriam con un caluroso abrazo. La chica



española se quedó petrificada, y cuando buscó a Julian con la mirada, este se giró hacia otro lado.

—Cobarde... —masculló Miriam y supo que Julian la había entendido.

—Julian me ha hablado muy bien de ti —le aseguró la chica cuando decidió soltarla—. ¡Española! —dijo a gritos y en castellano—. ¿Hablas mi idioma? Yo Maggie. —Y se señaló el pecho—. La prometida de Julian.

¿Prometida? Cuando Maggie levantó la mano izquierda, Miriam pudo ver el enorme, excesivo y brillante anillo de compromiso que la actriz llevaba en el dedo. Y su corazón se paró; o al menos así es como lo sintió

Miriam durante el largo minuto que transcurrió desde que Maggie lanzara su bomba. Miró a Julian, que se paseaba nervioso junto a ellas, con las mejillas sonrojadas de vergüenza y los ojos azules cargados de preocupación.

¿Prometidos? ¿Desde cuándo? ¿Y por qué ella era la última en enterarse? La chica parecía tan feliz que Miriam se sentía una miserable por haber estado acostándose con Julian mientras su novia lo esperaba, feliz y enamorada. Ahora las palabras del modelo cada vez que le decía que su relación con Maggie era prácticamente un cadáver resonaban con intensidad en su cabeza, y se daba cuenta de que, una vez más, la habían engañado. Lo que era peor: se había

dejado engañar. Por segunda vez en apenas dos meses, la habían estafado en Inglaterra. Solo que esta vez dolía más, mucho más.

Sacando fuerzas de donde ya no las tenía, Miriam se recompuso como pudo, llenó de aire sus pulmones y forzó a sus labios para que formaran una sonrisa.

—Hablo y entiendo el inglés —le aseguró Miriam, luchando para que su voz sonara suave y que no se le notaran las ganas de llorar—. No tienes de qué preocuparte. Y enhorabuena, no tenía ni idea de que vosotros estabais...

—¡Me lo acaba de pedir! —Maggie acompañó su grito de alegría con un pequeño saltito y se sujetó del brazo de

Julian—. ¿No te parece increíble? Decido venir a darle una sorpresa y al final la sorprendida soy yo. Eres increíble, cariño.

Otro beso; otra puñalada en el corazón. «Te lo mereces —le dijo una vocecita en el interior de su cabeza—, te lo mereces por haberte enamorado de un hombre que no era para ti». En el fondo, Miriam siempre lo había sabido. ¿Cómo iba a enamorarse el hombre más atractivo del planeta, el modelo más famoso y considerado, de una chica como ella? Nunca había tenido ninguna posibilidad con Julian, y ella siempre lo había sabido, a pesar de haber intentado ocultárselo a sí misma.

Lo que debía hacer era marcharse a

casa y afrontar la realidad. Siempre había sido una mujer valiente, y no le asustaba empezar de cero. Lo que realmente le daba miedo era afrontar la vida sin Julian, pero ese sentimiento era mejor obviarlo y hacer como si no existiera.

—Deseo de verdad que seáis muy felices —dijo al fin—. Si me disculpáis, he de recoger unas cosas.

—¡Espero que vengas a la boda! —le gritó Maggie mientras Miriam subía a toda prisa las escaleras—. Julian, debes convencerla para que venga. ¡No puede faltar!

Y una mierda, pensó Miriam, y cerró su habitación con un portazo. Y

una jodida mierda. Se moría de ganas por tirarse en la cama y romper a llorar, pero eso podía esperar. Debía salir de aquella casa cuanto antes. Alejarse de Julian de una vez por todas. Para siempre.

—¿Cómo has podido ser tan estúpida? —se recriminaba—. ¡Imbécil! Deberías haberlo visto venir. ¡Capulla!

Y mientras iba de un lado a otro, recogiendo y metiendo sus cosas de cualquier manera en la maleta, insultándose a sí misma al mismo tiempo que se convencía de que la culpa de lo ocurrido era toda suya, Miriam sorbía por la nariz y se la enjugaba de forma poco elegante en la manga del jersey.

—¡A la mierda! Ojalá pudiera

meterme yo también en la lavadora.

Le dolía el pecho y apenas podía respirar. Lo único que quería era estar en casa y que su madre la abrazara. ¿Por qué todo tenía que ser tan difícil? ¿Por qué no podían salirle las cosas bien por una vez en la vida? Hacía apenas unas horas estaba celebrando su amor por Julian y ahora...

—El muy cabrito me ha tenido bien engañada.

Unos nudillos llamando a la puerta la distrajeron de la tarea de tratar de cerrar la maleta. Miriam sabía quién estaba al otro lado, y lo último que quería era ver el rostro del hombre del que estaba enamorada y que la había

traicionado.

—Lárgate —le espetó en voz lo suficientemente alta como para que él la escuchara.

—Miriam, por favor. Déjame que te explique.

La voz de Julian sonaba tan angustiada que Miriam a punto estuvo de claudicar, abrir la puerta y lanzarse a sus brazos. En realidad, Julian parecía tan devastado como ella e incluso podía imaginárselo con la cabeza apoyada contra el marco de madera y... ¿Se estaba volviendo loca o qué? Aquel capullo endiabladamente guapo acababa de hacerle pedazos el corazón, ¡y sentía compasión por él! Definitivamente, tenía que apartarse de él cuanto antes.



El clic que hizo la maleta al cerrarse activó su enfado y dio rienda suelta a la rabia e impotencia que Miriam sentía. En apenas un parpadeo, se bajó de la cama y abrió la puerta con un gesto tan rápido que Julian perdió el equilibrio y tuvo que sujetarse a los brazos de ella.

—¡No me toques! —Miriam se apartó de él como si Julian fuera portador de alguna enfermedad contagiosa—. Y ni se te ocurra darme ninguna excusa barata inventada a última hora. Ya he escuchado suficiente.

—Solo te pido un minuto. Un momento para poder explicarte que... Espera, ¿qué estás haciendo?

Miriam le había dado la espalda para evitar tener que hacer frente a aquellos ojos azules que la enamoraron una noche en la que se encontraba sola y perdida. Ahora se movía de un lado a otro, recogiendo un sombrero olvidado y una foto en la que aparecía su familia.

—¿A ti qué te parece? Me largo de aquí. Deberías reconocer el gesto, ya que tú hiciste lo mismo la primera vez que tú... que nosotros...

—No puedes marcharte.

—¡Y un cuerno que no! — Aplicando toda la fuerza que le quedaba, Miriam logró arrastrar la maleta hasta dejarla caer al suelo con un fuerte ruido—. No pienso quedarme

aquí a esperar que tu prometida me pida que sea su dama de honor. ¡Y déjame pasar!

Julian le estaba bloqueando el paso y ella lo maldijo mentalmente, pues si seguían estando tan cerca acabaría por hacer el ridículo de su vida rompiendo a llorar delante de él. Como pudo, hizo de tripas corazón y lo miró directamente a los ojos.

—Hemos terminado, Julian. En realidad nunca ha habido nada que terminar, así que me voy.

—No puedes irte —rebatío él, y Miriam pudo ver que en sus ojos había dolor—. Miriam, se presentó sin avisar. Yo ni siquiera sabía que pensaba venir, hacía semanas que no hablábamos y...

—Me da igual lo que digas. ¿Y qué me dices del anillo? ¿También se lo puso ella solita en el dedo?

—A decir verdad...

—¡No quiero oírte! No quiero más mentiras. Solo quiero alejarme de ti y no volver a verte. No me puedes obligar a que me quede aquí y lo sabes.

Julian lo sabía, por supuesto, por eso le dolía tanto. Hacía tan solo unas horas, por la mañana, mientras pensaba en su futuro, jamás se hubiera imaginado que al final del día su vida se convertiría en algo parecido a una tragedia griega. ¿De verdad iba a perderla?

Al mirarla a los ojos, Julian

comprendió lo mucho que la había herido, y su dolor no hacía sino incrementar el suyo propio. Tal vez si le daba un poco de tiempo, un poco de espacio... Puede que quisiera hablar con él al día siguiente.

Sin decir una palabra, se apartó a un lado y la dejó pasar, pero Miriam no había alcanzado la escalera cuando Julian gastó su último cartucho para intentar detenerla.

—No le he propuesto matrimonio a Maggie. —Y se giró para ver la reacción de Miriam—. Encontró el anillo y sacó sus propias conclusiones.

El crujido que resonó en mitad del pasillo no fue otro que el sonido que se produjo en el pecho de Miriam cuando

Julian pisoteó los pedazos de su corazón resquebrajado.

—¿No dices nada?

Ella, ya con lágrimas en los ojos, se encogió de hombros y tiró de su maleta hasta que Julian ya no pudo verla.

El sonido de la puerta al cerrarse y la silueta de Miriam cuando la vio deslizándose al interior de un taxi a través del cristal de la ventana fue la última imagen que Julian tuvo de la española.

## LO MEJOR DE MÍ

*El amor, después de todo,  
siempre dice más de  
aquellos que lo sintieron que  
de quienes amaron.*

Llorar a moco tendido mientras miraba cómo se despedían para siempre los adolescentes protagonistas de la película que Daniel y ella estaban viendo en la televisión era justo lo que Miriam necesitaba. La vida era tan

injusta... Cuando los chicos habían reconocido que su historia de amor era verdadera y que no habría nunca otra persona que pudiera ocupar el lugar del otro, el destino decidió separarlos y ni él ni ella sospechaban que, para cuando volvieran a cruzarse sus caminos, ya sería demasiado tarde. ¿Por qué todo tenía que salir siempre mal? Cuando más feliz se encontraba, cuando creía haber encontrado a la persona adecuada con la que compartir su vida..., ¡iba él y se casaba con otra! La congoja instalada en su pecho fue a más y Miriam utilizó el último clínex que quedaba en la caja que su amigo le había ofrecido.

El pobre Daniel estaba aguantando el chaparrón como un campeón. Miriam



no sabía qué habría hecho si Daniel no la hubiera acogido en su casa. Daba gracias a que el chico aún no hubiera encontrado un compañero de piso. Sin Julian estaba completamente sola en un país que no era el suyo; ahora Miriam agradecía más que nunca la compañía de un buen amigo que no la juzgaba y que tampoco le había pedido que le contara qué había pasado.

Al abrirle la puerta de su casa, Daniel comprendió que lo que Miriam necesitaba era desahogarse y llorar hasta que se calmara en parte su pena y pudiera hablar de lo sucedido. ¡Bendito fuera él!

—La vida es tan injusta...

Mientras dejaba vagar libremente los últimos espasmos del llanto, Miriam agradeció con un sollozo la mano que Daniel le colocó sobre la rodilla. Sabía que estaba preocupado por ella, pero también sabía que él la entendía. Y en aquel momento Daniel no podía hacerle mayor regalo que su comprensión y su compañía, aunque estas fueran en silencio.

Cuando Miriam estuvo segura de que ya no le quedaban más lágrimas, se sonó la nariz de forma ruidosa y consiguió calmarse lo suficiente para poder hablar.

—Gracias por dejar que pase la noche aquí, Daniel. No sabía adónde ir

y... —Un nuevo acceso de lágrimas la sorprendió, pero consiguió contenerlas antes de que sus ojos las derramaran—. Debo de tener un aspecto horrible, ¿a que sí? ¿A que parezco un sapo?

A pesar de lo delicada que era la situación, Daniel no pudo evitar sonreírle. Extendió una mano y enjugó las lágrimas de Miriam.

—Tienes los ojos tan hinchados que sí, pareces un sapo. —Al escucharlo, los labios de Miriam se curvaron en un puchero—. Pero con gusto besaría a este sapo porque se convertiría en una princesa.

—Oh, Daniel...

—Eh, ven aquí. No llores más. — Daniel le ofreció su pecho para que

descansara sobre él y se sintiera protegida—. ¿Quieres contarme lo que ha pasado?

Miriam se aferró a su camiseta y negó con la cabeza, pero justo después cambió de opinión y asintió.

—Te he mojado la camiseta.

—No importa —le aseguró él—. Es por el modelo, ¿no es así?

Miriam volvió a asentir y sorbió por la nariz al tiempo que se enjugaba las lágrimas usando la manga de su jersey.

—Va a casarse con otra —soltó, sin más.

Él se apartó y la miró con los ojos tan abiertos como si no hubiera

comprendido lo que Miriam le decía, como si ella hubiera pronunciado la frase en español y no en inglés.

—Ya ves... —suspiró ella, y se encogió de hombros—. Todo me sale mal, y ahora Julian ni siquiera me quiere.

—Espera, espera... ¿Qué quieres decir con que se casa con otra?

—Quiero decir exactamente eso, Daniel. ¿Recuerdas que te dije que Julian no había roto del todo la relación con su novia? —El chico la miraba con el ceño fruncido, como si estuviera haciendo grandes esfuerzos por entender la situación; esperó hasta que Daniel asintió con la cabeza—. Pues eso —finalizó—. Julian se casa con su novia,

no conmigo.

—Pero eso es imposible. Esta mañana me pareció que los dos estabais mejor que nunca. Miriam, ¿estás segura de lo que dices?

—¡Pero bueno! ¿Ahora qué soy? ¿La española loca?

Pasando de la tristeza al enfado, Miriam se levantó del sofá y le lanzó a Daniel el cojín al que hasta ahora había estado abrazada.

—No te enfades conmigo —le pidió él.

Ella resopló; estaba despeinada, tenía los ojos hinchados, la nariz roja como el reno de Papá Noel y tenía el corazón destrozado, pero no podía ser

injusta con Daniel. Más calmada, Miriam se dejó caer nuevamente a su lado.

—Intentó explicármelo, ¿sabes?

—¿El qué?

—¿Qué va a ser? —Miriam le puso los ojos en blanco y movió las manos en un exagerado gesto como para hacerlo evidente—. Todo esto; me dijo que Maggie se había presentado sin avisar y que él no me había pedido matrimonio.

—Entonces, ¿dónde está el problema? Puede que él tenga razón, Miriam. Puede que él fuera el sorprendido y, en un malentendido, se formara todo este lío.

—¿Y qué si tiene razón, Daniel? Ella llevaba un pedrusco enorme en el

dedo y Julian no negó que él hubiera comprado el anillo.

Los dos resoplaron al mismo tiempo y se dejaron caer contra el respaldo del sofá, mirando sin ver la escena que se desarrollaba en la pantalla del televisor.

Fue Daniel el que rompió el silencio en el que estaban sumidos desde hacía un par de minutos.

—Pues... es jodido.

—Dímelo a mí. Tengo la misma sensación que cuando vas de escalada y, después de muchos esfuerzos, consigues rozar la cima con los dedos, pero por mucho que lo intentes nunca llegas a coronarla.



—No sabía que te gustaba la escalada.

Miriam ladeó la cabeza para mirarlo, con una ceja levantada.

—¿Tú me ves a mí haciendo cualquier tipo de deporte? Hablaba en sentido metafórico. Lo que quiero decir es que puede que Julian se haya llevado lo mejor de mí. Te parecerá una locura, porque ha pasado muy poco tiempo, pero me he enamorado de él, Daniel. Y ahora no sé qué hacer.

Daniel se acercó a ella y le rodeó los hombros con un brazo.

—Lo arreglaremos —le aseguró él—. Y aunque ahora no lo veas, no estás sola. Me tienes a mí.

—¿Aunque sea una pesada que no sabe callar que se pasea como un fantasma lloroso por tu casa?

Daniel le sonrió y la besó en la sien.

—Aunque seas todo eso. Además, perdería un montón de puntos con tu hermana si no te ayudara.

Al escuchar el nombre de su hermana, Miriam se apartó de golpe y lo miró preocupada.

—No le digas nada a Carol de todo esto, por favor. Estoy segura de que se presentaría aquí y le patearía el culo a Julian.

—No me importaría ver cómo tu hermana le patea el trasero a ese

capullo, pero de acuerdo. Prometo no decir nada.

—Gracias. Prefiero ser yo quien le diga a mi familia que esta aventura se ha terminado antes de volver a casa.

—Espera, ¿vas a volver?

Por primera vez en toda la noche, los labios de Miriam lograron formar una tímida sonrisa.

—¿Qué otra cosa puedo hacer si no? Mi aventura inglesa ha terminado. La decisión está tomada, Daniel. Vuelvo a casa.

Sin embargo, pasaron varios días hasta que Miriam pudo hablar con su jefe para

despedirse sin que el pobre hombre se sintiera ofendido ni abandonado, y en todo ese tiempo tuvo que hacer de tripas corazón y fingir no ver las portadas de las revista de corazón en los quioscos que anunciaban el compromiso de Julian con Maggie, su prometida.

Si había dudado en algún momento de su decisión, albergando la más mínima duda y dándole credibilidad a la explicación que Julian le había dado, todas esas dudas se esfumaron al ver en la prensa la fotografía de la pareja cogida de la mano y el titular que recogía las palabras de la actriz afirmando que estaban muy felices.

Julian la había traicionado, había jugado con ella a pesar de que Miriam

hubiera pensado que lo suyo era especial. Se había equivocado por completo con él y ahora se reafirmaba en su decisión de regresar a casa, por ello le pidió a Daniel que cubriera su turno mientras ella utilizaba uno de los ordenadores que ofrecía la biblioteca pública para tramitar el pasaje de avión que la llevaría de vuelta a España. Tenía mucho que agradecerle a su compañero, que se había convertido en su paño de lágrimas en los últimos días; Daniel era un buen chico y Miriam se alegraba de que se hubiera fijado en su hermana. Estaba segura de que él era justo lo que Carol necesitaba y que, gracias al inglés, ella moderaría su

carácter alocado e impulsivo.

A pesar de que le había prometido a Daniel que estaría de vuelta enseguida, lo cierto fue que Miriam tardó más de dos horas en aparecer de nuevo por el pub. Las nuevas tecnologías y ella nunca se habían llevado del todo bien, y reservar un vuelo por internet, abrir su cuenta de correo electrónico para acceder a la tarjeta de embarque y tratar de convencer a la bibliotecaria para que le imprimiera el pasaje había supuesto una odisea para Miriam. Por eso se sintió un poco culpable cuando se cruzó con la mirada de reproche de Daniel al llegar al local.

—Lo sé, lo sé... Llego tarde.

—Llegas muy tarde —le confirmó

él mientras le lanzaba el mandil—. Pero si has conseguido sacar el billete de avión te lo perdono. ¿Lo has conseguido?

—Lo he conseguido. Mañana a estas horas estaré volando a casa.

—¿Tan pronto?

Miriam se encogió de hombros y le dedicó una tímida sonrisa. Había captado la tristeza en la voz de Daniel, pero no podía cambiar de opinión ahora. Echaría de menos a su rubio compañero, pero si su relación con Carol seguía adelante a pesar de la distancia y el idioma, Miriam sabía que nunca llegaría a perder su amistad.

—No pongas esa cara, hombre. Te

prometo que hablaremos por teléfono. Y además, tienes que hacernos una visita a España.

Daniel le sonrió, convencido de que su amistad con la española no se terminaba ahí.

—Cuenta con ello.

Los abrazos de Daniel eran abrazos de oso, pensó Miriam con una sonrisa en los labios. Siempre la hacían sentir mucho mejor de lo que en realidad estaba, por eso le agradeció más que nunca el abrazo que el chico le dio. Sin embargo, el agradable momento duró poco, ya que cuando Miriam levantó la cabeza vio a Julian acercándose al pub, a dos pasos de alcanzar la puerta.

—¡Mierda! —exclamó; se apartó



rápidamente de Daniel y se agachó para ocultarse detrás de la barra—. ¡Escóndeme, escóndeme!

El chico la miraba sorprendido, sin entender su extraño comportamiento.

—Pero ¿qué...?

—¡Shhh! Di que no estoy. ¡No estoy!

La puerta de The White Lion se abrió para dejar paso a Julian, que, como siempre, iba impecablemente vestido con unos pantalones claros de vestir y una camisa vaquera bajo una chaqueta de aviador. Llevaba las gafas de sol en la mano, a pesar de ser un día gris en la capital inglesa, y se apreciaban unas sombras oscuras bajo

sus ojos azules. Para ser el modelo mejor pagado de la historia, lo cierto era que Julian Cole no tenía buen aspecto.

—¿A qué has venido?

Daniel no se preocupó por ocultar la molestia que le causaba ver allí a Julian. Él sabía mejor que nadie que el modelo era el causante de la tristeza de su amiga y que debido a él Miriam había decidido marcharse de forma apresurada. Si venía a poner más excusas, Daniel no pensaba ponerle las cosas fáciles.

—Creo que no nos han presentado.

—Con aparente calma, Julian dejó las gafas de sol sobre la barra y extendió una mano para estrechar la de Daniel; el

chico, por el contrario, cruzó los brazos a la altura del pecho—. Bien, veo que sabes quién soy. Yo, en cambio, estoy en desventaja.

—No creo que te importe mucho quién soy ni qué relación me une a Miriam —contestó Daniel, e intentó zafarse del puñetazo que Miriam acabó dándole en plena rodilla—. Lo que importa es que no eres bien recibido aquí. Así que ya puedes marcharte por donde has venido.

Julian se movió hasta dejar que todo su peso recayera sobre una de sus piernas; en lugar de sentirse intimidado por Daniel, se impacientó aún más.

—Eres Daniel, ¿verdad? —Pero no

dio opción a que el chico respondiera —. Mira, Daniel, me parece muy honorable que quieras proteger a tu amiga, pero he venido a hablar con Miriam y no pienso marcharme de aquí sin haberla visto.

—Miriam no está, así que ya puedes irte.

La sonrisa que mostraba los dientes perfectos y alineados de Julian no pudo ser más irónica.

—No me vengas con esas — resopló—. Miriam, te he visto. Ya puedes salir de ahí.

«¡Mierda!», masculló Miriam. La situación no podía ser más ridícula y bochornosa. La habían pillado, a pesar de que ella seguía teniendo la intención

de fingir que no la habían visto. No quería ver a Julian y no quería tener que hablar con él; pero cuando su ex se inclinó sobre la barra, su mirada azul penetrante se cruzó con la de ella, que estaba a cuatro patas a los pies de Daniel.

—No me obligues a sacarte de ahí.

Aquello era lo último que le faltaba. Con aquella frase, Julian había conseguido cabrearla del todo, y no iba a dejar que él se saliera con la suya. Ayudada por la mano de Daniel, Miriam salió de detrás de la barra, y de sus ojos verdes saltaban unas peligrosas chispas que apuntaban directamente hacia Julian.

—O si no, ¿qué, eh? ¿Ibas a

sacarme a rastras como el troglodita que eres? No tienes vergüenza ni decencia, Julian Cole.

—¿Puedes, por favor, escuchar lo que tengo que decir antes de juzgarme?

—¿Y qué si no quiero? —Miriam colocó los brazos en jarras y levantó el mentón para hacerle frente—. ¿Cómo tengo que decirte que no quiero verte, que no quiero hablar contigo?

Julian suspiró. Al menos no había clientes a la vista a los que dar un espectáculo, pensó. Lanzó una mirada de súplica a Daniel, pero esta no fue correspondida.

—¿Puedes dejarnos unos minutos a solas, por favor? —le pidió.

—¡Ni lo sueñes! —interrumpió

Miriam antes de que Daniel pudiera hablar—. Lo que tengas que decirme puedes hacerlo delante de Daniel. Tienes un minuto.

—Vamos, Miriam. ¿No podemos hablar como personas civilizadas?

—No sabía que los mentirosos fueran personas civilizadas. Te quedan cincuenta segundos.

Él resopló. Miriam estaba siendo muy dura con él, pero sabía que se lo tenía merecido. Le había hecho daño y ahora no sabía cómo arreglar la situación. Lo único que se le había ocurrido era buscarla para intentar contarle la verdad.

—Lo que te dije el otro día era

cierto —comenzó él—. Todo es cierto. No tenía ni idea de que Maggie tenía intención de venir a verme. Hacía semanas que no hablábamos, desde que estuvimos juntos en París.

—Qué romántico...

Julian hizo como si no hubiera escuchado su sarcástico comentario y continuó su historia.

—Compré el anillo en navidad pensando que sería un buen regalo. Maggie y yo llevábamos unos meses saliendo y pensé que era el siguiente paso en nuestra relación. Lo natural en estos casos.

—¿Y crees que eso me consuela?

—Por favor, Miriam —le suplicó él—. Lo que intento decirte es que no



conseguí reunir el valor para declararme. Algo dentro de mí me pedía tiempo, me decía que no era el momento adecuado, que no era la chica adecuada. Quise devolver el anillo, estaba decidido. Pero entonces apareció Maggie y lo encontró. Dio por supuesto que le estaba pidiendo matrimonio y de pronto la vi con el anillo en el dedo gritando que quería casarse conmigo.

—¿Esperas que me crea esa historia?

Julian suspiró, y sus hombros se hundieron hacia adelante. Estaba claro que Miriam no le creía.

—Es la verdad —respondió—. Cuando tú apareciste, Maggie acababa

de llamar a su agente, de ahí que la noticia se haya filtrado a la prensa. Tienes que creerme, Miriam, por favor. Yo no le he pedido matrimonio. No estoy enamorado de ella. Estoy enamorado de ti.

Escuchar que la quería fue como si Julian hubiera tomado un puñal y se lo hubiera clavado directamente en el corazón. A su lado, Daniel notó su nerviosismo y le colocó una mano en la espalda para ofrecerle su apoyo. Miriam se lo agradeció en silencio.

—Pongamos que te creo, Julian. Digamos que tu historia es verdad y que todo ha sido un malentendido. Sin embargo, no es excusa para todo lo demás y lo sabes.

—¿Qué es lo demás? Miriam, no hay nada más. Yo no quiero casarme con Maggie, quiero casarme contigo.

Miriam levantó una mano para pedirle silencio. No quería seguir escuchándolo.

—La cuestión es, Julian, que compraste ese anillo de compromiso para ella. Tenías intención de pedirle matrimonio porque querías casarte con Maggie.

—No, yo...

—Déjame terminar —pidió—. Además, han pasado dos días desde entonces. Has tenido tiempo para hablar con ella y contarle la verdad, ¿no te parece?

—No quería decirle nada hasta haberlo aclarado todo contigo —le confesó él.

—Pues ya está todo aclarado.

Miriam le dedicó una triste sonrisa. Le creía, sí, pero también le había hecho mucho daño. No es que toda la culpa fuera de Julian, pero él debía haber aclarado su relación con Maggie antes de empezar una historia con ella. Ahora ya era demasiado tarde, se habían hecho demasiado daño.

—Vuelve a casa, Julian. Cásate con Maggie si es lo que quieres, pero tú y yo hemos terminado.

—Miriam, por favor...

Julian intentó rozarle la mejilla con

los dedos, pero ella se apartó hacia atrás y Daniel, al ver su intención, sujetó la muñeca del modelo para evitar que la alcanzara.

—Será mejor que te vayas y no vuelvas —le aseguró—. Ella ya no es asunto tuyo.

Julian la miró una última vez antes de marcharse. Había lágrimas en los ojos de ella y un fuerte dolor en el pecho de él, pues en el fondo sabía que podía haberle dado mucho más, tanto como Miriam se merecía. Sin lugar a dudas, no le había ofrecido lo mejor de sí mismo y ahora pagaba las consecuencias. La había perdido para siempre.



## ARMAS DE MUJER

*Es la primera mujer que veo aquí que se viste como una mujer y no como una mujer cree que se vestiría un hombre si fuera mujer.*

—Ahora o nunca.

Esa era la frase que Julian llevaba repitiéndose desde la noche anterior, cuando apenas había conseguido pegar ojo. Desde que abandonara el pub no

había hecho más que pensar en su conversación con Miriam y en las palabras que ella le había dedicado. Como siempre desde que la había conocido, la española tenía razón. Él había comprado aquel anillo con la intención de casarse con Maggie; no importaba que no estuviera seguro al cien por cien de su decisión. El hecho de haber entrado en la joyería con aquella idea en la cabeza ya lo condenaba. Pero ahora que Miriam se había cruzado en su camino, que había llegado a conocerla en profundidad, no se veía compartiendo su vida con otra mujer que no fuera ella.

Así, pues, y como decían los españoles, tenía que coger el toro por



los cuernos y hacer frente a la situación. Si sus palabras no lograban convencer a Miriam de que era a ella a quien quería, entonces tendría que demostrárselo con sus actos. Si quería recuperarla, primero tendría que poner las cartas sobre la mesa y hablar seriamente con Maggie, aunque eso significara herirla a ella también.

A pesar de que Maggie afirmaba que había viajado hasta Londres para estar con él en exclusiva, lo cierto era que Julian apenas veía a su no deseada prometida. La chica estaba tan ocupada planeando una boda que nunca se celebraría, haciendo huecos en su agenda y atendiendo a los medios de

comunicación que no tenía tiempo para estar con Julian, algo que él agradecía. Pero no podía postergar por más tiempo la charla que ambos tenían pendiente. Iba a romper el compromiso, por muy duro y decepcionante que fuera para ella.

La luz natural que entraba a través de las numerosas ventanas de la casa acababa de desaparecer junto con los últimos rayos de sol del día justo cuando Maggie decidió regresar, y lo hizo cargada de infinidad de bolsas y paquetes fruto de su productiva jornada de compras.

—Ayúdame con esto, ¿quieres? El taxista se ha negado a cargar con las bolsas, y tengo más en la entrada.

Sintiéndose nervioso como un adolescente a punto de cortar con su novia, Julian hizo lo que le pedía y descubrió que no se trataba solo de un par de paquetes; había al menos media docena de bolsas y otras tantas cajas que él metió en la casa sin rechistar.

—Veo que te has hecho con la mitad de Harrods —comentó.

Con un gesto elegante y al mismo tiempo desenfadado, Maggie se dejó caer sobre el sofá, encima del periódico que Julian había estado leyendo hasta hacía escasos minutos.

—No seas ridículo. —Al darse cuenta de que sus bonitos pantalones podrían quedar manchados de tinta, Maggie arrojó el diario al suelo—. Yo nunca compraría en Harrods. Ya sabes que esos almacenes son solo para los turistas, cariño.

Julian puso los ojos en blanco. Miriam se había enamorado de los conocidos almacenes ingleses nada más llegar y sabía que visitaba las tiendas siempre que tenía un hueco libre. Irremediablemente pensó en lo que diría Miriam si hubiera escuchado el comentario de su prometida y sonrió al darse cuenta de que probablemente utilizaría alguna palabrota en castellano.

—¿Qué te parece tan divertido?

De regreso a la realidad, Julian sacudió la cabeza y tomó asiento a su lado.

—En realidad estaba pensando — contestó, y su mirada se clavó en el pedrusco brillante que él mismo había comprado.

—¿Sobre nosotros?

Había entusiasmo en la voz de Maggie, y Julian se maldijo en silencio por lo que estaba a punto de hacer.

—Sobre nosotros, sí. En concreto, pensaba en nuestro compromiso.

—¡Oh, Julian! —Maggie le lanzó los brazos al cuello y consiguió besarlo en la boca antes de que Julian pudiera

apartarse—. Es la sorpresa más maravillosa que podrías darme. ¡No tenía ni idea de que quisieras casarte! Me refiero a que pensaba que nuestra relación era de esas pasajeras, para pasarlo bien, ¿entiendes?

Al escucharla, Julian se apartó de ella y la miró no con poco disimulado espanto. En realidad estaba más impactado que asustado. ¿De verdad Maggie le estaba confesando que pensaba que no iban en serio?

—¿Quieres decir que nunca has creído en nuestra relación?

—Bueno... Si te soy sincera, la verdad es que no. Al menos al principio, claro.

Al mirarla, Julian supo que no

mentía. Mientras hacía girar alrededor de su dedo el anillo exclusivo, Maggie estaba siendo del todo sincera con él, y Julian pensó que así había sido siempre: Maggie era de esas mujeres que siempre iban de frente, sin mentiras ni secretos.

—Por eso me sorprendió tanto encontrar el anillo en tu habitación — continuó ella—. Cuéntame más, ¿quieres? ¿Desde cuándo lo tenías planeado?

A pesar de que la escuchaba, Julian no oía ni una sola de las preguntas de Maggie. Su mente se había desconectado en el mismo momento en que ella le confesó que pensaba que lo suyo era una relación abierta, sin compromisos, y que

no esperaba recibir un anillo por su parte. ¿Acaso había sido él el único en apostar por su romance?

Desde que empezaron a salir siempre había tenido muy claro que eran solo ella y él. Pasaron unos meses divertidos juntos antes de disfrutar de unas navidades de ensueño en las Tierras Altas; Julian sabía que aquella había sido la ocasión perfecta para proponerle matrimonio y, sin embargo, no lo había hecho. Tal vez en el fondo de su corazón siempre había sabido que Maggie no se tomaba su relación en serio.

—¿Me oyes, Julian?

—¿Cómo? Perdona, estaba...  
distráído.



Ella le perdonó de inmediato y le regaló un cariñoso gesto acariciándole la mejilla.

—Te estaba preguntando cuánto tiempo llevas planeando pedirme que me casara contigo.

«Ahora o nunca», se repitió mentalmente. Era el momento perfecto para soltar la bomba.

—Me he acostado con Miriam.

La primera reacción de Maggie fue parpadear varias veces, forzar una sonrisa y murmurar un agudo «¿Qué?» que hizo pensar a Julian que la tormenta estaba a punto de estallar. Sin embargo, una vez recuperada de la sorpresa, Maggie colocó una de sus manos de

bonita manicura sobre la rodilla de Julian y le dio un ligero apretón.

—Oh, no pasa nada. Te perdono, cariño.

Esta vez el sorprendido fue él.

—Creo que no lo has entendido. —  
Y para hacerse comprender mejor, Julian se puso en pie y miró a Maggie directamente a los ojos—. Me he acostado con Miriam, con la chica española que vivía aquí conmigo —y añadió—. Varias veces.

—Te he entendido perfectamente, Julian —le aseguró ella—. Además, no es algo que no hubiera esperado. Ya te he dicho que te perdono, no te preocupes.

Julian resopló, un tanto frustrado

por la buena reacción que estaba teniendo Maggie. Cualquiera otra mujer en su situación le hubiera gritado, pegado o arrojado cualquier objeto punzante a su alcance. Maggie, en cambio, se lo había tomado con tanta calma que parecía más preocupada por su manicura que por el hecho de que él le hubiera sido infiel.

Decidió intentarlo una vez más, esta vez arrodillándose frente a ella.

—He tenido sexo con otra mujer ¿y me dices que no te importa?

Para su asombro, Maggie se encogió de hombros.

—No es que no me importe —le aclaró—. Ya te he dicho que pensaba

que la nuestra era una relación abierta y... ¡Caray! No eres el único que se ha estado acostando con alguien más.

—¿Qué?!

—¿De verdad nunca has sospechado nada, Julian? Pasábamos semanas, meses incluso, sin vernos. Ni siquiera nos llamábamos todos los días. Es perfectamente normal entre personas adultas.

—¿Perfectamente normal? Maggie, ¿por qué nunca me lo has dicho?

—Pensé que estaba claro.

—Es evidente que no estaba tan claro como pensabas, ¿no?

Julian se incorporó y comenzó a caminar de un lado a otro por la habitación. Estaba tan nervioso que la

barba que se había afeitado aquella misma mañana ya le picaba, y acabó por dejar sus cabellos tan revueltos que casi provocó un ataque de risa en su prometida.

—Así que todo este tiempo he sido un cornudo.

—Esa palabra es horrible. —La chica arrugó la nariz para manifestar su disgusto—. Técnicamente no ha sido así. Los dos nos hemos acostado con otras personas, ¿qué importancia tiene eso? Ahora vamos a casarnos, y si tan importante es para ti, tendremos una relación exclusiva entre nosotros. ¿Te parece mejor así?

—¡No puedo creerlo!

Era todo tan surrealista que Julian acabó por reír a carcajadas. Sabía que Maggie y él eran distintos, pero nunca imaginó que estuvieran tan alejados el uno del otro. Eran buenas personas que se habían empeñado en hacer que funcionara algo que estaba abocado al fracaso.

Cuando estuvo más calmado, volvió a tomar asiento junto a ella y sujetó las delgadas manos entre las suyas.

—No puedo seguir, Maggie.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que lo nuestro no funciona ni lo hará en el futuro. Yo quiero algo que tú no puedes darme: compromiso. ¿Puedes comprometerte

conmigo de por vida?

Ella lo miró a los ojos, tratando de descifrar sus palabras. Lo que Julian le pedía era algo que, por el momento, ella no estaba dispuesta a entregar. Frunciendo los labios, Maggie negó con la cabeza.

—Bien —susurró él, y al cabo se llevó el dorso de la mano de ella a los labios—. Nuestro compromiso queda roto, entonces. Quédate con el anillo, véndelo si quieres —le sonrió—. Eres una buena mujer, Maggie, pero no hemos sabido entendernos.

Ella asintió. En el fondo, desde el principio, siempre había sabido que por muy guapo y conocido que fuera Julian, no era el hombre adecuado para ella.

—¿Puedo preguntarte por qué me has pedido matrimonio?

Él ladeó la cabeza y le sonrió.

—¿Llegué a hacerlo realmente?

Julian sabía que tenía muchas posibilidades de no encontrar a Miriam trabajando en el pub. Después de la conversación con Maggie y tras haberla acompañado a un hotel, al mirar el reloj se había dado cuenta de lo tarde que era, y muy probablemente Miriam hubiera terminado su turno de trabajo. Pero sabía que acabaría pasando su segunda noche en vela si no conseguía hablar con ella. Esta vez estaba decidido a hacerla



entrar en razón. No había comprado ningún anillo, pero con gusto se arrodillaría frente a ella y le pediría que fuera su compañera de vida si con eso la hacía entender su grado de compromiso.

A pesar de lo entrada que estaba la noche, The White Lion estaba a rebosar de clientes que aprovechaban cualquier hueco libre para ocupar un espacio o unirse a alguno de los corrillos que ya estaban formados. La mayoría de ellos eran extranjeros ansiosos por descubrir la cultura de los pubs en Inglaterra, pero también había algún compatriota con ganas de ligarse a alguna de las italianas que celebraban una despedida de soltera en el rincón más alejado de la puerta.

Como pudo, Julian se abrió espacio

entre la multitud hasta que consiguió llegar a la barra. Un rápido vistazo le bastó para saber que Miriam no se encontraba allí. Por el contrario, sí reconoció a su compañero, el tal Daniel.

—¿Otra vez por aquí? —lo acusó el joven rubio—. Creí haber dejado muy claro que ya no eras bienvenido.

—Lo sé, lo sé. Créeme, no estaría aquí hablando ahora contigo si no se tratara de algo urgente.

—¿Cómo de urgente?

Ambos hombres se miraron. Los ojos azules de los dos, de diferente tonalidad, desprendían preocupación por la misma mujer, pero mientras que los de Julian rogaban compasión, los de

Daniel refulgían de advertencia.

—¿Dónde está Miriam?

—Pregunta incorrecta, tío. Acceso denegado. Y ahora, ya puedes marcharte.

—Dame un minuto para explicarme, ¡maldita sea!

Frustrado, Julian dio un puñetazo en la barra y atrajo la atención de la mitad de los clientes. Al ver que ninguno de los dos hombres tenía intención de enzarzarse en una pelea, cada cual volvió a ocuparse de sus asuntos.

—Necesito verla, Daniel. —Y le suplicó—: Sé que la he cagado, que le he hecho daño; yo en tu lugar haría lo mismo, créeme. Pero, por favor, necesito hablar con ella.

Daniel lo miró a los ojos mientras valoraba la situación. El hombre parecía verdaderamente desesperado, y si se ponía en su lugar, probablemente él estuviera haciendo lo mismo por la chica que quería.

—Me temo que no va a poder ser, amigo.

—Tú no lo entiendes —resopló Julian—. Me pidió que aclarara mis sentimientos, que solucionara mis problemas. Y lo he hecho. Estoy siendo sincero contigo y lo seré con ella, pero necesito que me digas dónde puedo encontrarla.

—Dime una cosa, Julian... — Colocando los antebrazos sobre la

barra, Daniel se acercó al modelo—. Si te digo dónde está, ¿prometes no volver a cagarla?

—Te lo juro. Si me perdona, haré cuanto esté en mi mano por ganarme cada una de sus sonrisas. Hace unas semanas no me imaginaba que acabaría suplicando por una mujer, pero aquí me ves. Esa española ha puesto mi mundo del revés y sin ella ya no soy nada.

Satisfecho con su respuesta, Daniel asintió.

—A mí me vale, pero no creo que tengas la oportunidad de decírselo a ella.

—¿Qué? ¿Por qué dices eso?

El chico se encogió de hombros como si nada y se concentró en deslizar

la bayeta sobre la superficie de madera para hacer desaparecer unas manchas.

—Porque Miriam ha vuelto a casa.

Aquello era lo último que Julian había esperado. Miriam había cumplido con su palabra: se había marchado y él la había perdido para siempre.

—Si de verdad la quieres —continuó Daniel—, dale un poco de tiempo. Si lo vuestro está destinado a ser, será.

—¿Y tú cómo sabes eso?

Daniel volvió a encogerse de hombros y sonrió.

—Porque yo tengo la misma enfermedad que tú por otra española.

—¿Crees que debo llamarla?

—Si eres paciente, será ella quien acuda a ti. Ahora debo volver al trabajo. ¿Tendré que preocuparme por ti?

Julian le sonrió.

—Le daré espacio..., pero no demasiado.

## EN BUSCA DE LA FELICIDAD

*No permitas que nadie diga que eres incapaz de hacer algo, ni siquiera yo. Si tienes un sueño, debes conservarlo. Si quieres algo, sal a buscarlo, y punto. ¿Sabes?, la gente que no logra conseguir sus sueños suele decirles a los demás que tampoco cumplirán los suyos.*



Dos semanas. Un corto espacio de tiempo para muchos, pero que si lo separamos en días, horas y minutos representa una inmensidad cuando se espera por alguien. Catorce días, trescientas treinta y seis horas, veinte mil ciento sesenta segundos... Julian se subía por las paredes de tan larga como le estaba resultando la espera. ¿Cuánto tiempo necesita una mujer para analizar sus sentimientos y poner en orden sus ideas? Necesitaba a Miriam; necesitaba verla, necesitaba su cariño, su contacto, su lengua malhablada y viperina, sus bromas, su risa... La necesitaba a ella.

Se había enamorado como ni siquiera lo había hecho en su etapa adolescente ni tampoco cuando tenía desnudas a las más hermosas mujeres pegadas a su cuerpo durante el punto álgido de su carrera. La quería a ella, la quería en su vida. La quería para siempre.

Daniel le había aconsejado que fuera paciente. Había hecho mucho daño a la chica, y aunque sus sentimientos fueran sinceros, Miriam tenía que recomponer por sí misma su corazón roto. Pero Julian sufría su ausencia día y noche. No sabía nada de ella; había sostenido el teléfono en la mano infinidad de veces con la firme intención de llamarla y suplicarle que regresara a su lado, pero al final siempre optaba por

ser consecuente y concederle un poco más de tiempo. Pero ¿cuánto más? ¿Dos semanas serían suficientes para ella? Lo único que tenía claro era que, para él, estaba resultando una tortura.

Julian se había ganado incluso una reprimenda por parte de Margot, su agente, cuando los productores del proyecto cinematográfico para el que él era el candidato principal para el papel protagonista insistieron en hacer una prueba con Julian para elegir a su *partenaire* femenino. Él, sin embargo, se había negado a colaborar. Estaba demasiado preocupado pensando en Miriam como para memorizar un guion, y aunque amenazaron con sustituirlo,

Julian no dio su brazo a torcer y, finalmente, la compañía decidió pasar por alto su desplante y darle una semana más para que se hiciera con el personaje. Después de aquella prórroga no habría más oportunidades, le dijeron. Y a él ni siquiera le importaba.

Le resultaba más fácil evadirse durante las mañanas, cuando la ciudad de Londres, tan viva y cosmopolita como siempre, le ofrecía una gran cantidad de distracciones. Por las noches, en cambio, acudía a él la soledad. Tumbado sobre la gran cama de cuatro postes, Julian no podía evitar pensar en Miriam. Si se sentía tan dolida, aquello querría decir que lo amaba tanto como él a ella, ¿no debía

ser así? Era él quien lo había estropeado todo y a él correspondía dar el gran paso, llevar a cabo el gran gesto masculino para conseguir a la chica. La vida no es una película de amor ni tampoco una novela romántica. La vida son hechos, y él tenía que buscar el suyo, el que hablara por él.

Al levantarse por la mañana encontró los formularios que Miriam había rellenado para entrar a formar parte del Instituto Cervantes. Se marchó tan deprisa que olvidó entregarlos en el centro y tampoco se los había llevado consigo. Julian recordó lo ilusionada

que se la veía el día que llevó los papeles a casa. Se estaba planteando una vida con él, un futuro a su lado; estaba dispuesta incluso a abandonar a su familia en España por él, y Julian sabía lo importante que eran para Miriam sus padres y hermanos. Él estaba seguro de que Miriam sería una gran profesora, y si se le permitía impartir clases de castellano, de algún modo sería como si ella no hubiera abandonado del todo sus raíces. Si hubiera entregado los papeles y hubiera presentado su candidatura a examen, Julian estaba seguro de que la habrían aceptado. Aunque tal vez...

El corazón se le aceleró y, llevado por un impulso que no sabía muy bien de dónde había salido, relleno los campos

que Miriam había dejado en blanco, se vistió a toda prisa y corrió por las calles del selecto barrio de Belgravia hasta entregar la solicitud de ingreso de Miriam en el centro de enseñanza. Tendría que decírselo si aceptaban su candidatura y debía presentarse al examen, pero, si no, Miriam jamás se enteraría y ni siquiera podría enfadarse con él. Julian pensaba realmente que su sitio estaba en Inglaterra, y, si no con él, al menos que parte de sus sueños se hicieran realidad.

A pesar de que la primavera estaba a la vuelta de la esquina, el tiempo en Londres era traicionero, y tan pronto aparecían unos tímidos rayos de sol,

unas nubes oscuras se ocupaban de ocultarlos y el frío viento soplaba en compañía hasta meterse en los huesos. Al meter la mano en el interior del bolsillo del abrigo, los dedos de Julian se encontraron con algo frío y metalizado, algo que él no recordaba haber puesto allí. Al extraer el objeto y reconocer el reloj de bolsillo que Miriam le entregó la primera noche que hicieron el amor, el corazón se le aceleró hasta acompañar el suave tictac de la elaborada esfera.

—La felicidad no entiende de tiempos... —murmuró.

Ni él tampoco, pensó. Si no actuaba pronto se arrepentiría toda su vida y, además, corría el riesgo de perder para



siempre a la única mujer a la que había amado.

Aferrado al antiguo reloj, Julian se apresuró por llegar a casa cuanto antes, con la intención de recoger algo de ropa y poner rumbo hacia el mismo aeropuerto donde un día comenzó todo.

## SERENDIPITY

*Fue como si en ese momento  
el universo solo existiera  
para que estuviéramos  
juntos.*

—¡Mamá! ¡Álvaro ha vuelto a robarle la pata a Johnny!

—¡Eso es mentira! —gritaba el susodicho para indignación de su hermano—. ¡Miguel es una nenaza y además es un mentiroso!

—¡Yo no soy eso! ¡Devuélvele la pata a Johnny!

Y vuelta empezar. A pesar de los gritos de sus hermanos pequeños, el ruido que hacía Alberto practicando con su nuevo teclado, las conversaciones a gritos por Skype de Carol y Daniel y las peleas de sus padres con Sofía, que reclamaba más libertad, Miriam se alegraba de estar de vuelta en casa. Aunque apenas hubieran estado separados unos meses, Miriam se daba cuenta de cuánto los había echado de menos ahora que había regresado. Y aunque el dúplex en el que vivía la familia fuera una auténtica batalla campal durante prácticamente todo el

día, lo cierto era que las peleas, los gritos y las risas la ayudaban a no pensar en Julian.

No había contado mucho a su familia acerca de su decisión de volver a casa tan pronto. Únicamente Carol sabía la verdadera razón por la que estaba de vuelta y, tal y como Miriam había previsto, su hermana había querido volar a Londres para patearle el trasero a Julian. Por suerte, Miriam contó con la ayuda de Daniel para calmarla. Verla tan feliz con un chico al que apenas había visto durante sus días en Londres alegraba en parte a Miriam, que incluso llegaba a olvidar a Julian mientras se centraba en que sus hermanos pequeños no se mataran entre

sí, como estaba pasando en aquel preciso momento.

Como hermana mayor que era, Miriam decidió intervenir.

—¿Queréis contarme los dos qué es lo que ha pasado esta vez?

—¡Álvaro se ha cargado la pata de Johnny! —se quejó Miguel.

—Eso no es verdad —replicó su mellizo—. Yo solo quería guardarla en la mochila para enseñársela a Lucía mañana en el cole.

—¡Lucía no es tu novia!

—¿A que sí? —le retó su hermano—. Me lo dijo hoy en el recreo, me mandó una notita.

—¡Mentira, mentira! Miriiiiii, dile

que le devuelva la pata a Johnnyyyyyyy...

Johnny era la tortuga de su hermano Miguel. La pobre había quedado coja después de que Álvaro, su mellizo, la tirara escaleras abajo hasta el recibidor. Por suerte para Johnny, su caparazón no había sufrido daños, pero una de sus patas traseras se quebró y Miguel decidió crearle una prótesis con piezas de Lego para que Johnny pudiera moverse a su antojo por el terrario. Al parecer, Álvaro era el culpable de la desaparición de la pata y de haberle levantado el ligue a su hermano.

—Álvaro, si has escondido la pata de Johnny ya puedes devolvérsela a Miguel o si no...

—Tú no puedes castigarme. No eres mamá.

Le había salido espabilado aquel mellizo. Armándose de paciencia, Miriam se puso a su altura y retó a su hermano con la mirada.

—Tienes razón, ¿pero sabes qué? Puedo chivarme y decir que fuiste tú quien se comió el sándwich que le guardábamos a papá.

—¡Eso es mentira!

—¿Quieres probarme? Si en cinco minutos no ha aparecido la pata sufrirás las consecuencias.

Indignado, Álvaro infló los carrillos y pateó el suelo de pura rabia.

—Bruja... —masculló, y salió

corriendo escaleras abajo.

Al quedarse a solas con Miguel, Miriam miró fijamente a su hermano. Aunque no lo reconociera muy a menudo, ese crío era su debilidad. Tal vez fuera porque Miguel había sido el último de sus hermanos en nacer, porque sus gafitas de plástico azules le dieran un aire enternecedor o porque siempre había sido el más inocente y cariñoso de sus hermanos, pero lo cierto era que Miguel tenía conquistado su corazón.

—No te preocupes, ¿vale? Encontraremos la pata de Johnny —le aseguró.

—Quería llevarla al cole para que la viera Lucía...

Y así podía resumirse la pelea,



comprendió Miriam: Miguel había montado una pataleta porque su hermano le había levantado la chica. Su primer desengaño amoroso y por culpa de su hermano. ¡Pobrecito, lo que le quedaba! Agachándose a su altura, Miriam le acarició la mejilla y luego le revolvió el pelo.

—¿Te gusta mucho esa chica? — Miguel asintió con la cabeza—. Pues entonces pelea por ella. Estoy segura de que Lucía no sabe que fue idea tuya ponerle una pata ortopédica a Johnny, ¿verdad? —En este caso, el chico negó—. Pues a por ella, campeón.

—Pero es mi hermano...

—Y los dos sabemos que Álvaro

encontrará pronto otra chica. Si Lucía te gusta de verdad, entonces tienes que luchar por ella.

Después del discurso, Miriam besuqueó la mejilla de su hermano. A pesar de haber cumplido ocho años, Miguel no se quejaba cuando su hermana le daba besos y abrazos.

—Miri, ¿por qué tu novio inglés no luchó por ti?

Y por eso estaba loca por su hermano. Miguel era como una hormiguita; parecía que nunca estaba en la habitación de tan silencioso como era, pero siempre se enteraba de todo.

—Bueno, yo creo que los dos fuimos un poco cobardes. Yo no quise escucharlo y él no insistió demasiado.

—¡Pues vaya! ¿Y si lo llamas por teléfono o hablas con él por el ordenador como hace Carol?

—¡Qué listillo eres! A lo mejor me lo pienso. Ahora vamos a buscar esa pata, ¿de acuerdo?

Nombraron la misión «Operación Lego Turtle», y acabaron por reclutar a filas a su hermana Sofía. Álvaro era un caso perdido, y no habían vuelto a verlo desde que se escaqueara después de recibir la reprimenda de su hermana. Escucharon sonar el timbre de la puerta varias veces, pero no se preocuparon demasiado. En una casa con una familia numerosa siempre había alguien que ejerciera de portero.

—¡Aquí está! —anunció Miriam a sus hermanos cuando inspeccionaba las macetas de su madre—. He encontrado la pata de Johnny.

—Está asquerosísima.

Miriam le puso los ojos en blanco a la remilgada de su hermana adolescente.

—Solo es un poco de tierra, Sofía. La laváis y punto.

—Yo no pienso tocar eso.

Álvaro se acercó a la cocina donde se encontraban sus hermanos y soltó una carcajada al ver la pieza de construcción cubierta de tierra.

—Tendría que haberla enterrado mejor. Parece que esté manchada de caca.

Molesta con su hermano, Miriam le dio un tirón de la oreja.

—¿Se puede saber qué haces aquí?  
¿Quieres que me chive a papá?

Su hermano se encogió de hombros.

—Mamá me ha mandado a buscarte. Dice que te diga que vayas al salón. Y vosotros —señaló a sus otros hermanos— también. Ha llegado un hombre muy grande que sale en la tele.

—¿Que sale en la tele?

Al instante, Miriam supo de quién se trataba la misteriosa visita. Tan solo había conocido a un famoso en toda su vida y acabó enamorándose de él. Sintiendo cómo le temblaban las piernas, Miriam consiguió sacar a sus

hermanos de la cocina, y para cuando llegó al salón la escena que se desarrollaba ante sus ojos le resultó tan irónica y surrealista que casi acabó por romper a reír con nerviosas carcajadas.

Sentado en uno de los sofás estaba Julian, visiblemente incómodo. Frente a él, en la pareja de sillones, se encontraban sus padres, y Alberto y Carol esperaban de pie junto a la puerta. Ahora que había llegado ella acompañada de Sofía y de los mellizos el cuadro estaba al completo. Nada más verla, Julian se puso en pie, y Miriam lo vio guardarse en el bolsillo de los vaqueros el reloj que ella misma le había regalado.

—¿Qué haces tú aquí?

La típica frase que la chica le dice a su ex cuando este se presenta en su casa para pedirle perdón, Miriam lo sabía, pero era lo único que se le había ocurrido decir. Estaba tan nerviosa que Miguel tuvo que soltarse de su mano y limpiarse el sudor en la camiseta con un gesto de asco.

—¿Ese es tu novio? —le susurró su hermano.

—He venido a verte —le respondió Julian.

Ahí estaba su voz, tan ronca y sensual como ella recordaba. Julian era capaz de provocar el deseo en una mujer susurrándole el prospecto de un medicamento, pero en aquel momento su

timbre de barítono le temblaba, delatando así su nerviosismo.

—¿A verme? —Su voz, una octava más alta de lo normal, sorprendió a su familia, y Miriam sintió los siete pares de ojos que había en el salón clavados en ella—. Creí que habíamos terminado, Julian.

—Miriam, yo...

—Creo que será mejor que nosotros os dejemos a solas.

Su madre, bendita fuera, había decidido interrumpir a Julian antes de que este soltara su discurso delante de toda su familia. Hubo protestas de todo tipo: los pequeños querían saber lo que Julian iba a decir, Sofía necesitaba un babero y Carol le lanzaba miradas de



odio al modelo.

—Si me necesitas, grita —le dijo su padre al pasar a su lado.

—Joder, hermanita... —Alberto le pellizcó la mejilla antes de salir—. Cómo te lo montas.

Miriam reprimió las ganas de darle un capón a su hermano. Todos salieron del salón a excepción de Carol, que en lugar de ofrecerle su ayuda, le habló directamente a Julian:

—Si le haces daño me aseguraré de que a tu minúsculo bañador no le quede nada que guardar. ¿Entendido?

Julian asintió y Miriam sintió que sus mejillas se ponían del mismo color que un tomate maduro cuando al fin se

quedó a solas con él. El silencio ahora entre ellos era tenso e incómodo, y ninguno de los dos se atrevía a hablar primero hasta que Miriam se sentó en el sofá y lo invitó a que la imitara.

—¿Cómo has sabido dónde encontrarme?

—Daniel —le respondió él, y rehusó sentarse en el sillón. Por el contrario, tomó asiento junto a ella.

Miriam se apartó un poco para interponer algo de distancia entre ellos.

—Menudo bocazas. Le pedí que no te dijera nada.

—Pero yo insistí y él me creyó cuando le dije que no quería hacerte daño.

—Un poco tarde para eso, ¿no te

parece?

Estaba a la defensiva, los dos lo sabían, pero ella no podía evitarlo. Con la perspectiva del tiempo y ahora que estaba más calmada, se daba cuenta de que quizá su dolor y su resentimiento habían primado sobre su capacidad para razonar. Debía haber escuchado a Julian cuando quiso explicarse, pero estaba tan enfadada, se sentía tan traicionada, que no había querido escucharlo.

Ahora que Julian había volado más de dos mil kilómetros para verla, al menos debía darle la oportunidad de hablar.

—Miriam, yo nunca he querido hacerte daño. No de forma premeditada,

al menos.

Su voz profunda y serena, pero con un matiz de inquietud comenzaba a hacer tambalear las defensas de Miriam.

—Lo sé —respondió ella, centrada como estaba en sus propias manos; aún no podía mirarlo a los ojos—. Y yo siento no haberte escuchado cuando quisiste explicarte.

—No te culpo. Yo en tu lugar hubiera hecho exactamente lo mismo. Solo quiero que sepas que mi relación con Maggie se ha acabado. En realidad debía haber acabado hace mucho tiempo, antes de que tú y yo nos conociéramos.

—¿Qué quieres decir con eso?

Él le dedicó una sonrisa amarga

cuando Miriam se decidió por fin a mirarlo a la cara.

—No importa ahora. Pero tienes que saber que tú no has tenido la culpa de nada de lo que ha pasado. El único responsable he sido yo. No he sabido llevar bien nuestra relación y no importa lo que yo sienta ahora. Lo único que de verdad me importa eres tú. Por eso me tomé la libertad de presentar tu solicitud para que puedas enseñar español en Londres, porque creo que puedes hacerlo. Creo en ti, Miriam.

Miriam consideró sus palabras. Debería enfadarse con él por haberse tomado la libertad de decidir por ella, pero no se sentía ni siquiera un poquito

cabreada. Enseñar había sido siempre su sueño, y hacerlo en español en un país extranjero era más de lo que podía soñar. Decidió dejar aquel tema para más adelante y se concentró en lo que de verdad le importaba en aquel momento. Ahora que él estaba a su lado, que podían hablarse con calma, llegaba a creer de verdad la versión de Julian. Un hombre chapado a la antigua, una chica guapa a su lado, un futuro asegurado... Era lógico y normal que él hubiera pensado en el matrimonio. Había llegado a conocerlo lo suficiente como para saber que Julian no era de esa clase de hombres que juegan con las mujeres. Había querido hacer las cosas bien con las dos y, al final, había metido la pata

hasta el cuello. No era justo crucificarlo por tratar de ser un caballero.

—Me has hecho daño —murmuró al final—. Me ilusioné contigo y... Joder.

—¿Qué? —A pesar de lo seria que era su conversación, Julian no pudo evitar sonreír.

—Me enamoré de ti, estirado inglés —le confesó—. ¿Era eso lo que querías oír?

—Lo sospechaba.

—Bien, pues ahora ya lo sabes. Me has hecho daño y no pienso dejar que vuelvas a hacerlo.

Los hombros de Julian se hundieron al escucharla y todas sus esperanzas por

recuperarla se desmoronaron para siempre. El viaje sí había sido en vano después de todo.

—Lo entiendo. —Miriam lo vio ponerse en pie y caminar hacia la puerta —. Te deseo lo mejor, Miriam. De corazón.

Iba a marcharse. Otra vez. Iba a dejarla tirada y Miriam se enfadó por ello.

—Espera un momento. ¿Se puede saber adónde vas?

Con dos grandes zancadas, Miriam llegó a él y le señaló el pecho acusándolo con un dedo.

—No puedes irte. Todavía tienes algo mío.

—¿Que yo tengo...? ¡Ah, sí!



Perdona, yo... Lo había olvidado.

Julian sacó del bolsillo de sus vaqueros el reloj que Miriam le había dado. Durante el vuelo que lo llevaba a España, él lo había considerado su amuleto, como si los siglos que habían visto pasar sus agujas pudieran ayudarlo a recuperar a la chica. Ahora le costaba desprenderse de él.

Tomó la mano de Miriam por última vez y depositó el reloj y la cadena sobre su palma.

—No era esto a lo que me refería —le susurró Miriam, y colocó la mano sobre el pecho de Julian, a la altura del corazón. El tictac del reloj se acompañó con los latidos del hombre—. Todavía

tienes mi corazón, Julian. ¿Piensas devolvérmelo o no?

La enorme sonrisa con la que ella lo miraba y el brillo de sus ojos provocó temblor en las rodillas del modelo, que tuvo que sujetarse a la cintura de la chica para no perder el equilibrio.

—¿Significa eso que...?

—Mira que sois cabezotas los ingleses, ¿eh? Cuando te digo que no pienso dejar que vuelvas a hacerme daño quiero decir exactamente eso. Si me prometes que no vas a volver a cagarla, dejo que te quedes con mi corazón para siempre.

—¿Y si no?

—Si no seré yo la que cumpla con

la amenaza de Carol. ¿Lo pillas, Sherlock?

Él dejó caer la cabeza hacia atrás al mismo tiempo que de su garganta salía una ronca carcajada. Por un momento había pensado que la perdía y ahora la tenía entre sus brazos, dispuesta a entregársele otra vez. Sin reservas. Después de todo, sería verdad aquello de que estaban predestinados.

—Quiero que te cases conmigo — le susurró él, y apoyó la frente sobre la de Miriam.

Ella, al escucharlo, se apartó un tanto y lo miró con los ojos muy abiertos.

—Eso sí que no. No quiero

casarme, no quiero hacer planes. Solo... Quiero ser feliz, Julian. ¿Puedes hacerme feliz?

—Tanto como tú me has hecho a mí desde el día que nos conocimos. No me importa si es aquí, en Londres o en los confines de la tierra. No me importa el lugar que elijas mientras estés a mi lado.

—¡Qué poético! Pues entonces, lo prometo. Ahora voy a besarte, señor Cole, y no pienso volver a dejarte escapar jamás.

Con aquel beso, y con los muchos que vinieron después, Julian y Miriam sellaron su promesa de amor, asegurando así un futuro que, por muy incierto que se presentara, ambos sabían que lo afrontarían juntos.



# EPÍLOGO

*«El verdadero amor solo se presenta una vez en la vida... ¡Y luego ya no hay quien se lo quite de encima!».*

*(Groucho Marx en El hotel de los líos).*

*Dos navidades más tarde...*

Hasta que Julian no comenzó a salir con Miriam, el modelo nunca había entendido la importancia que tenía para

los españoles el día veintidós de diciembre. Por supuesto que en Inglaterra existían los juegos de azar, pero no eran nada comparado con el acontecimiento que reunía frente al televisor a las familias de España dos días antes de Nochebuena, todas rezando por que el número que jugaban fuera el ganador. Para la familia Blasco —su propia familia desde que viajó dos mil kilómetros para obtener el perdón de su chica—, el día de la lotería era uno de los más importantes del año, después de los cumpleaños de los seis hijos.

Las primeras navidades que Julian pasó con los Blasco en calidad de novio formal de la primogénita le sorprendió lo concentrados que estaban todos en el

boleto que jugaban. Incluso los hermanos pequeños de Miriam estaban expectantes, ansiosos de oír a su madre gritar de alegría, pues eso suponía que habían sido premiados y ellos conseguirían bicicletas nuevas en lugar de contentarse con las heredadas. Lola, su suegra, le había regalado una participación aun sabiendo que él no necesitaba ganar más dinero del que ya poseía, pero Julian la había aceptado gustoso, y acabó por contagiarse del entusiasmo de su familia política. Incluso aprendió a cantar los números y premios tal y como lo hacían los niños uniformados que salían por televisión.

Así pues, ahora que había



transcurrido un año desde su primera experiencia con la lotería de Navidad, Julian no entendía muy bien por qué los Blasco habían elegido precisamente esa fecha para viajar a Londres y pasar así las navidades junto a ellos. Eran unos días muy señalados para todos y no solo por la cercanía de las fiestas. Aquel año la navidad sería especial para él y para Miriam.

Hacía tres días que se habían convertido en padres primerizos con la llegada de la pequeña Rose, una preciosa niña de mejillas regordetas y sonrosadas y una espesa mata de pelo negro que se había adelantado unos días a la fecha prevista para su nacimiento. Después de que Miriam y Julian

decidieran que su relación estaba lo bastante consolidada como para traer un hijo al mundo, la primogénita del inglés y la española no tardó demasiado en llegar una vez que sus padres se lanzaron a la placentera tarea de buscarla. Ahora formaban una bonita familia y Julian estaba completamente loco por su hija; de hecho, fue él quien eligió el nombre de la pequeña, puesto que durante el embarazo se obsesionó tanto con la conocida canción de Bette Midler titulada *The Rose* que Miriam acabó por acceder a su capricho.

La llegada de la primera nieta —y, por ende, también la primera sobrina de los Blasco— fue el motivo principal por

el que toda la familia decidió viajar a Inglaterra. Al principio tan solo los padres de Miriam tenían pensado viajar para conocer a su nieta, pero Julian insistió en que el resto de hermanos también estaban en su derecho de pasar unos días junto a Miriam y el modelo decidió ejercer de Papá Noel para regalarles a todos una estancia preciosa en la capital inglesa. En el *pack* no entraba Carol, ya que esta había decidido seguir los pasos de su hermana e instalarse en Londres junto a su novio Daniel, un excamarero convertido ahora en un prometedor publicista.

De modo que así estaban las cosas. Tenía a su chica recuperándose en casa después de un parto fácil pero muy

largo, a una recién nacida que comía y dormía como una bendita, un décimo de lotería española en el bolsillo trasero de sus pantalones y la obligación de recoger a sus suegros y cuñados en el aeropuerto. Y lo único que a Julian le apetecía era pasarse el día en casa cuidando de sus mujeres.

Estaba terminando de arreglarse para conducir su nuevo —y práctico— monovolumen en dirección al aeropuerto cuando Miriam apareció en el baño con una expresión de triunfo pintada en el rostro.

—Fíjate, Julian —le pidió, exultante de alegría—. No hace ni tres días que una cabeza del tamaño de un

balón salió de mi vagina y mis antiguos vaqueros ya me valen. ¿No es increíble?

Julian la miró a través del espejo y arrugó la nariz en una mueca de desagrado, aunque no pudo evitar sonreír.

—¿Tienes que ser tan gráfica?

—No te quejes, ¿quieres? —Y Miriam le revolvió el pelo que él con tanto cuidado acababa de peinar—. Te recuerdo que estuviste presente durante el parto.

—Y por eso no volveremos a tener hijos. —Al verla revolver en su bolsa de maquillaje, Julian le preguntó:—. ¿Qué se supone que haces?

Miriam eligió un lápiz de ojos negro, abrió la taza del váter y le sacó

punta; después hizo a un lado a Julian y comenzó a trazar la raya en un ojo.

—¿A ti qué te parece? Y sí que tendremos más hijos.

Julian resopló mientras volvía a peinarse. Tenía planeado volver a ser padre pasados un par de años, pero después de vivir la experiencia de un parto no estaba tan seguro de querer repetir.

—No creerás que vas a salir, ¿verdad?

—¡Anda! ¿Y por qué no? —Miriam se giró cuando aún no había terminado de maquillarse—. ¡Mierda! Se me ha torcido la raya por tu culpa y ahora parezco un mapache.

—No digas tonterías. Ni siquiera te hace falta maquillaje.

—Eso lo dices porque estás profundamente enamorado de mí.

Él le sonrió, le rodeó las caderas con los brazos y aprovechó para besarla en los labios.

—Por eso y porque me has dado lo mejor de mi vida. Esa es la razón por la que no vais a salir de casa ninguna de las dos.

—Pero...

—Nada de peros. Ahí fuera hace un frío propio de los polos para un bebé de tres días y tú aún estás convaleciente.

—Julian, he sido madre. No me estoy muriendo. —Pero, a pesar de su

molestia, Miriam acabó por claudicar —. Supongo que tienes razón. Si no los encuentras en el aeropuerto, deja que los gritos te guíen hasta ellos. Así los encontrarás seguro.

De camino al aeropuerto, mientras en la radio sonaba por enésima vez el *All I want for Christmas* de Mariah Carey, Julian tamborileaba los dedos en el volante mientras pensaba que era un tipo con suerte. Aquellas navidades no necesitaba ningún regalo material, puesto que su hija era en sí un pequeño milagro. Siempre había sido muy niñoero, pero no tenía reparos en admitir que



antes de conocer a Miriam nunca se había planteado la paternidad. Aunque era un hombre chapado a la antigua, acabó por compartir la opinión de Miriam acerca del matrimonio. Podía ser que algún día decidieran pasar por el altar, pero en el presente ninguno de los dos necesitaba ningún otro compromiso que no fuera su hija Rose. Julian estaba deseando que también su madre y su hermano conocieran a su pequeña, pero habían decidido que ellos pasarían en Londres la semana de fin de año. De otro modo, tendrían que alquilar el castillo de Windsor para que entraran los familiares de Miriam y los de él.

Como siempre, Miriam tuvo razón, y para cuando llegó a Heathrow, los

Blasco estaban discutiendo mientras esperaban para recoger sus maletas en la cinta transportadora. Cuando al fin se reunieron, todo fueron saludos, besos y abrazos cariñosos. Julian sonrió al ver que Miguel había conseguido convencer a sus padres para que Johnny viajara con ellos.

—¿Habéis tenido un buen vuelo?

—Habría sido genial si Álvaro no me hubiera tirado encima su zumo —se quejó Sofía, y aprovechó para sujetarse del brazo de su cuñado.

—No lo habría derramado si tú no me hubieras empujado, listilla —se quejó el aludido.

—Ya basta, niños —intercedió

Lola, la madre—. Estamos dando el espectáculo. Llévanos a casa, Julian. Me muero por conocer a mi nieta.

—Y gracias por los billetes — aprovechó Juan, el padre de Miriam—. Ha sido un detalle por tu parte ponernos en primera clase.

Julian estrechó la mano del hombre y le quitó importancia con una palmada en la espalda.

—Ha sido un placer. Y ahora todos al coche. Hay una personita que está deseando conocer a su familia.

Lo que se vivió una hora después en la casa de Belgravia resulta difícil de explicar con palabras. Hubo gritos de alegría, lágrimas de emoción y felicidad, abrazos infinitos... Y como

era habitual entre todos los Blasco, también alguna que otra disputa.

A pesar del momento de excitación y de las nuevas caras y voces que la rodeaban, la pequeña Rose ni siquiera se quejó. Con sus ojitos grises que aún no enfocaban bien, miraba curiosa a sus nuevos parientes y movía sus piernas y bracitos de manera compulsiva cada vez que sus abuelos y sus tíos le decían lo bonita que era. A todos se les olvidó el día que era, el premio que se estaban jugando a la lotería o si su número resultaba el ganador. La residencia Cole-Blasco se tornó en una alegre fiesta de reencuentro en la que la protagonista era un bebé de tres días.

Nadie quería separarse de la pequeña, que pasaba de mano en mano como si se tratase de una moneda en un mercado. Todos estaban total y absolutamente enamorados de la pequeña Rose.

La diversión le duró poco a Julian cuando recibió la llamada de su agente, requiriéndolo para una sesión de fotos exprés prenavideña, puesto que la firma de ropa para la que Julian prestaba su imagen había decidido a última hora que sería buena idea presentar al modelo luciendo una prenda exclusiva de ropa interior para fin de año.

—¿Y tiene que ser ahora? — resopló Julian. Lo último que le apetecía era tener que separarse de Miriam y de la niña.

Al verlo de morros, su chica se acercó a él y lo abrazó por la espalda mientras intentaba escuchar la conversación.

—Está bien —claudicó, resoplando nuevamente—. Un par de horas, Margot. Nada más, ¿de acuerdo? Bien, allí estaré.

Y colgó.

—¿Qué es lo que pasa?

Julian acarició las manos de Miriam, que se sujetaban a su estómago plano. Luego giró la cabeza y la besó en la sien.

—Tengo que escaparme un par de horas para una sesión de fotos. —Al ver que ella hacía un puchero, se arrepintió

de haber aceptado—. Lo sé, es una mierda. Pero tengo que hacerlo.

Miriam se rio y lo soltó para ponerse de puntillas y besarlo en la boca.

—Julian Cole diciendo tacos. Me gusta. Anda, vete. Pero no tardes, ¿de acuerdo?

—Lo prometo.

Julian ya estaba poniéndose el abrigo mientras se despedía de todos desde la entrada cuando Miriam volvió a llamarlo.

—¿Te importaría mucho si mi hermano te acompaña? Está un poco decaído y a lo mejor se anima contigo.

Era cierto que Alberto, que era tres años más pequeño que Miriam, había

estado algo ausente mientras su familia se deshacía en cariños con su hija y que apenas había hablado desde que Julian los recogiera en el aeropuerto. Además, por su chica haría cualquier cosa, de modo que acabó aceptando la propuesta de Miriam.

Su representante le había enviado un coche para que Julian llegara cuanto antes al estudio, pero no habían contado con que el tráfico en Londres cuando apenas quedaban dos días para Navidad era lo más parecido a una estampida mecánica dentro de la ciudad.

—¿Adónde vamos?

Julian miró a su cuñado. Alberto era un joven de pelo castaño y ojos



tristes que tenía fama de enamorar a las chicas sin apenas proponérselo. Como músico que era, las mujeres caían rendidas a sus pies cada vez que sus dedos acariciaban un piano, una guitarra o cualquier instrumento que estuviera a su alcance. A Julian siempre le había caído bien a pesar de que el muchacho siempre había sido algo reservado.

—Me han pedido unas fotos para una campaña navideña y tu hermana ha pensado que sería buena idea que me acompañaras. No te importa, ¿verdad?

El joven se encogió de hombros a su lado y se concentró en mirar por la ventanilla. Julian, en cambio, trató de sacarle conversación.

—Estás algo callado hoy. Una

rareza entre los Blasco.

Y aunque Julian hubiera pensado que el chico no lo escuchaba, Alberto le recompensó con una sonrisa.

—Estoy bien.

—Ya... Es por una chica, ¿no?

—¿Y tú cómo sabes que...?

Julian le sonrió y se encogió de hombros.

—El instinto. ¿Te han dado plantón?

Alberto resopló.

—Hace unos días. Habíamos pensado que tal vez podríamos pasar unos días juntos mientras los demás venían a pasar unos días con Miriam y contigo. Pero luego nació la niña y...

—Y tú querías conocer a tu sobrina  
—acabó por él.

Su cuñado asintió.

—No le gustó que cambiara  
nuestros planes y se enrolló con otro la  
misma tarde después de dejarme.

—Joder...

—Justo eso.

Julian se alegraba más que nunca de  
no estar en el mercado del amor. Aunque  
entendía cómo debía de sentirse el  
chico, lo cierto era que aún era  
demasiado joven y tenía toda la vida por  
delante para encontrar el amor. De modo  
que intentó animarlo.

—Ella se lo pierde. Y, además,  
algo me dice que te lo vas a pasar muy

bien esta tarde...

Julian no volvió a ver a su cuñado en lo que restaba de día. Nada más llegar al estudio, Alberto se vio rodeado de altísimas modelos vestidas únicamente por minúsculos conjuntos de ropa interior de color rojo, y mientras Julian posaba para la cámara, tal y como le habían pedido, el joven Blasco se olvidó de que su cuñado existía.

Cuando le tomaron la última fotografía, cuatro horas más tarde, Julian trató de localizar al chico para decirle que era hora de volver a casa. Para cuando lo encontró, sentado junto a las puertas de emergencia al lado de una belleza de piel de ébano, supo que le tocaba hacer el viaje de regreso en

soledad. Ya encontraría alguna excusa para Miriam y su familia por el camino.

Al llegar a casa, Julian descubrió que su salón se había convertido en una pista de carreras para los mellizos, que estaban haciendo competir a Johnny, la tortuga de Miguel, con el caracol que Álvaro había encontrado durante su paseo por Hyde Park. En la cocina, sus suegros veían un programa culinario en inglés e intentaban descubrir qué ingredientes debían utilizar para rellenar el famoso pavo de navidad. Al pasar por su despacho, vio que Carol y Sofia lo habían tomado para mejorar el español de Daniel, que se estaba esforzando por repetir el nombre de los ríos españoles

que las hermanas señalaban en un mapa. Pero no había ni rastro de Miriam y de la niña.

A riesgo de que lo expulsaran de su propio despacho, Julian se atrevió a interrumpir.

—¿Habéis visto a Miriam?

—Arriba —contestaron Carol y Sofía al unísono, señalando hacia el techo.

—¿Puedo ir contigo?

El pobre de Daniel le suplicaba que lo salvara de las garras de las chicas Blasco, pero, en el fondo, Julian sabía que estaba encantado de formar parte de la familia.

—La próxima vez, amigo. ¡Sé valiente!

Julian subió las escaleras saltándose los peldaños de dos en dos, ansioso como estaba por encontrarse con sus mujeres. Encontró a Miriam de pie junto a la cuna que habían colocado junto a la cama de matrimonio que ambos compartían. La pequeña Rose descansaba en una postura extraña que a Julian le recordaba a una ranita: tenía la cabeza ladeada y miraba a su madre, cuyos ojos destilaban amor por su hija. Julian se emocionó al contemplarlas.

Se acercó con sigilo hacia ellas y rodeó a Miriam desde atrás, acariciándole las aún redondeadas caderas, vestigio del embarazo. Ella se relajó en sus brazos.

—Has tardado —lo acusó.

Él la beso en la cabeza.

—Lo sé.

—Te perdono. ¿Y mi hermano?

—Ligándose a una de las modelos de la campaña.

Miriam se apartó un poco para mirarlo con la boca abierta. Él simplemente le sonrió.

—Confía en mí. Le vendrá bien —le tranquilizó—. Los Blasco han tomado mi casa, ¿qué voy a hacer ahora?

—Aguantarnos por el resto de tu vida —se rio ella—. ¿No estás contento?

Julian miró a su hija, dormida ya en su cunita, y suspiró antes de contestar.



—Mucho —dijo al fin.

—Bien. —Miriam extendió una mano y le acarició la mejilla—. Ahora somos una familia y debemos estar juntos. Por eso he hablado con tu madre y hemos decidido que ella, tu hermano y su familia volarán mañana desde Barcelona para que podamos celebrar juntos la Nochebuena.

—¿Que has hecho qué?

Miriam se encogió de hombros, le sonrió y se sujetó de su cuello para darle un profundo y apasionado beso.

—¿No te alegras de tenerme en tu vida? Lo quieras o no, Julian Cole, tienes que admitir que te gusta tanto como a mí que estemos juntos.

—¿Tengo otra opción?

—A ver, déjame pensar. Mmm...

No, me parece que no.

Julian la alzó unos palmos del suelo y le devolvió el beso.

—Te quiero, española. Lo que tenga que venir, que sea contigo.

—¡Qué romántico! —Le sonrió—. Ya verás que estas serán las mejores navidades de nuestra vida.

Y realmente lo fueron.

# AGRADECIMIENTOS

La mayoría de la gente se sorprende cuando digo que, como escritora, me resulta siempre mucho más difícil escribir el argumento de una novela y los agradecimientos que la propia historia. La verdad es que es desde hace un año me siento tan afortunada que no sé por dónde empezar a dar las gracias.

Como digo, hace un año que comenzó esta aventura. ¡Quién me iba a decir a mí que algún día publicaría una novela! Por eso debo dar las gracias a

todos aquellos que han confiado en mí desde el principio: mis padres, mi familia, mis amigos... Pero sobre todo, mi mayor agradecimiento va siempre al lector. Gracias a ti, que estás leyendo esto, por elegir esta historia y permitir que los personajes te introduzcan en ella. Si Julian y Miriam ya forman parte de ti, entonces el trabajo ha merecido la pena.

Esta novela comenzó sin la pretensión de convertirse en un libro. Los que vivimos en Sevilla sabemos de las noches de insomnio en pleno verano, y *Érase una vez en Londres* fue fruto de una de esas noches. Lo que al principio comenzó siendo tan solo unas cuantas imágenes de una chica española perdida

en un aeropuerto inglés y que se encuentra de manera inesperada con un hombre que es clavado al modelo David Gandy acabó convirtiéndose en una novela que fue entusiasmándome cada vez más a medida que rellenaba sus páginas.

No puedo dejar de dar unas GRACIAS enormes y en mayúsculas a Patri, mi mejor amiga, que pasó sola un verano entero trabajando lejos de casa y que a pesar de todo sacaba un hueco para leer el primer borrador de esta novela y darme su opinión.

Gracias a mi madre, que leyó el manuscrito con tanto cariño que cuando me miró supe que de verdad le había

gustado, a pesar de que era su hija quien lo había escrito. Gracias a mi padre; como ya he dicho, un hombre valiente y mi ejemplo para seguir. Gracias por empujarme y animarme a continuar cuando me paro en mitad del camino. No me olvido de mi hermana, por esa sesión de fotos; y de mi hermano, que, aunque se mantiene al margen, sé que está ahí.

Gracias a Aitor; si esto sigue adelante voy a tener que contratarte como guardaespaldas. Gracias a Laura por hacerme de maquilladora para ofrecer mi mejor cara y a su hermana por hacerme de fotógrafa. Gracias también a mi amiga Darryl, que, a pesar de la distancia y los países y el idioma que nos separa, te alegras y compartes

conmigo cada nueva novela que escribo. Thank you so much for your unconditional support! No puedo olvidarme de mis tíos, de Yolanda y su familia, de mis chicas incondicionales en Facebook..., ¡hasta de mi peluquera!

Gracias a Carlos, mi editor de Pàmies, y a Conchi. Gracias a la editorial por apostar por mi novela, por darme tantas facilidades y por ayudarme a cumplir mi sueño.

Gracias a todas aquellas personas que, de una manera u otra, sin saberlo, dan vida a los personajes que forjan cada una de mis historias.

No puedo olvidarme de todos aquellos que han tenido que hacer las

maletas y marcharse en busca de una oportunidad en otros países. No perdáis la esperanza, pues, a veces, los sueños como los de Miriam se cumplen. Esta novela es para vosotros.

Sigue la lista de canciones de *Érase una vez en Londres* en:

<https://play.spotify.com/user/lamagaNRgzxDMEIDVQxJHr>